

“ ... por los labios de la poesía
habla el mundo y por ellos
recibe su razón ”.

Jaime García Maffla

LOS POETAS DEL PARQUE

(BREVE ANTOLOGÍA)

JAVIER TAFUR GONZÁLEZ

LOS POETAS DEL PARQUE

(BREVE ANTOLOGÍA)

**EDICIONES LA SÍLABA
COLECCION GORRION**

LOS POETAS DEL PARQUE

c JAVIER TAFUR GONZALEZ
Ediciones La Sílabas
Apartado Aéreo 1919, Cali - Colombia
Diagramación : El Bando Editorial

Cali, Colombia, 2006
Sur América

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN

POETAS MODELADOS

(Breve Antología)

Jorge Isaacs

Ricardo Nieto

Carlos Villafañe

Antonio Llanos

Octavio Gamboa

LOS POETAS DE LAS PLACAS

Adolfo Valdés

Cornelio Hispano

Mario Carvajal

Los Gamboa

POETAS POR DECISIÓN

Gilberto Garrido

Helcías Martán

Eduardo Carranza

BIBLIOGRAFÍA

ILUSTRACIONES

POETAS MODELADOS
(Breve Antología)

Jorge Isaacs

Ricardo Nieto

Carlos Villafañe

Antonio Llanos

Octavio Gamboa

JORGE ISAACS

Nació en Cali, el 1o. de Abril de 1837; y murió en Combeima, el 17 de mayo de 1895.

Desempeñó cargos en la Administración Pública. Hombre de vida inquieta y accidentada, se destacó como poeta, novelista, traductor, periodista, político, parlamentario, guerrero, explorador, descubridor, etnógrafo y lingüista.

Participó en las célebres reuniones de El Mosaico (1864).

Autor de la inmortal **María**.

Siguiendo al maestro Armando Romero Lozano, en su antología de las poesías de don Jorge Isaacs, según edición de la biblioteca de la Universidad del Valle (1967), podemos distinguir tres épocas, no solo cronológicas, sino cualitativas “que sirven para dibujar un proceso de inspiración lírica y evolución ideológica y literaria. Se han designado estos períodos: Primera Parte, Poesías de la Consagración, 1860-1864; Segunda Parte, Poesías Coetáneas de María; y Tercera Parte, Poesías del Político y el Explorador”. Y agrega el maestro Romero Lozano: “todas las ediciones acumulan, sin transición, ese material poético de que cada editor echó mano”.

Este mismo autor, refiriéndose a su obra dice que Isaacs, como los seguidores de Ruskin y Rosetti, insiste en una adjetivación clara, donde la hierba es siempre, fresca; el río, claro; la maternidad, dulce; dando a entender una única emoción y sugiriendo una forma única, según un proceso inmediato y continuo que huye de la prodigalidad metafórica. Estas mismas consideraciones las extiende respecto de la novela *María*, considerándola una novela poemática.

Dice Romero Lozano que *María* está compuesta musicalmente como una fuga en que un mismo tema melódico se repite sobre tres o cuatro registros; “así la realidad existencial de la niña prodigiosa fusiona por lo menos tres figuras reales de mujer; la prima de Jamaica, la enamorada

veraniega y la prometida esposa. Lo que pasó felizmente fue que la orquestación del paisaje armonizó genialmente ese triple motivo, engendrando una criatura musical de la más viva realidad humana, que no se confunde con los ángeles y solo se distingue de las jóvenes de su tiempo en que la naturaleza del Valle del Cauca la compendia y absorbe”. Y dice: “de ahí que, María -libro y mujer – se mantenga viva sin temor a la marchitez de los siglos, con una realidad personal, no histórica sino estética”.

Las hadas

Soñé vagar por bosques de palmeras
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras,
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul,
y a sus orillas garzas y palomas
posábanse en los sauces y bambús.

Muda la tarde ante la noche muda
las gasas de su manto recogió;
del indo mar dormido en las espumas
la luna hallóla y sus pies el sol.

Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd;
ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú.

¡Ten piedad de mi!

!Señor! si en sus miradas encendiste
ese fuego inmortal que me devora
y en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a las palomas de tu selva diste,

perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

La corona del bardo

Desata de mi frente esta diadema
de rojos mirtos y lujosas flores,
que ya mis sienes fatigadas quema
y emponzoñan el alma sus olores.

De fugitiva gloria vano emblema,
valióme de la envidia los furores;
de los del oro vil adoradores,
el rencor y sacrílego anatema.

Mas, ¿por qué tristes a la tierra inclinas,
muda ante mí, los ojos virginales
inundados de lágrimas divinas?

El amor inmortal hace inmortales;
y, al llegar del sepulcro a los umbrales,
coronas !ay...! me sobrarán de espinas.

La vuelta del recluta

La tarde se apaga, y abajo la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve;
rebaños que bajan al valle, vadean
el río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
que dá el campanario llamando a oración,
y aquel caminante descúbrese y ora,
la frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
a un digno soldado disfrazan quizá:
es Pablo el recluta: partió bello y joven;
los soles le han vuelto morena la faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
mojaron los campos natales al ver...
Su amor y una madre dejó a la partida;
¡ ni madre ni amada le esperan tal vez!

Risueño y gozoso saluda encontrando
al joven amigo que nunca olvidó
!Ay! !cómo los soles del Sur le cambiaron!

tan sólo responde: “!bendígate Dios!...”

Teresa, la niña que tanto le amaba,
que en lágrimas tibias bañóle al partir,
hilando a la puerta de alegre cabaña
jugar a su hijos contempla feliz.

Detiene el viajero la marcha, y ahogan
profundos sollozos su trémula voz;
Teresa, temblando, cree ver una sombra...
su tez ha perdido de rosa el color.

Fué sólo un recuerdo... Los niños la abrazan
mirando al mendigo con miedo infantil!;
dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
volviendo en silencio la marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
decubren. Es noche. Responde a su voz
el viento que cruza la estancia desierta:
la muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna, al ponerse, le vió solitario
subir la montaña, camino del Sur...
en torno del fuego medrosos aldeanos
que vieron su sombra refieren aún.

Eliveria

Si a voluntad del corazón pudiera
oir sus celestiales armonías,
como en las horas de mi edad primera,
los suspiros del viento en las umbrías;

Si luz que en sus miradas reverbera
 viniese a iluminar las noches mías,
 como argentó la luna placentera
 las noches !ay! de mis felices días;

!Cuánto que aquí en la mente grande y bello
 surge, y muere al nacer desconocido,
 brotara de sus ojos al destello,

¡Cuánto!... !Locura! Hiel... dolor, ruido
 fue la existencia, y tus umbrales huella,
 ¡Oh, muerte! ansiando desamor y olvido.

¿ SOÑE ?

He soñado feliz que a tu morada
 llevóme en alta noche amor vehemente:
 creí aspirar el delicioso ambiente
 de moribunda lámpara velada:

Sobre muelles cojines reclinada,
 dormir fingías voluptuosamente,
 la cabellera de ébano luciente
 sobre el níveo ropaje destrenzada.

Trémulo de emoción, tus labios rojos
 oprimí con mis labios abrasados...
 pudorosa y amante sonreiste;

! No bajas, por piedad, los dulces ojos;
 brillen por el placer iluminados
 haciendo alegre mi existencia triste !

RICARDO NIETO

Nació en Palmira, el 20 de Octubre de 1879; murió en Cali, el 21 de Agosto de 1952. Abogado, periodista, ensayista, cuentista y poeta.

Publicó un libro de cuentos, titulado “El Fardo”; “La Oración del Rocío” y “Cantos de la Noche”, poemas. También publicó sus versos en folletos como “Tierra Caucana”, y “La Montaña Gloriosa”.

De él dijo Antonio Gómez Restrepo, citado por Guillermo E. Martínez M: “En sus versos de una dulzura melancólica, se transparenta una inspiración honda y sugestiva, de matices crepusculares, y debe sus más felices momentos a la musa de la elegía.

En su mundo interior de emociones y de sueños en donde se mueve la inspiración del poeta, las más tenues impresiones de la realidad adquieren una fuerza sugestiva, un poder de evocación que las hace eminentemente poéticas”.

Armando Romero Lozano, en su estudio preliminar de la obra poética de Ricardo Nieto, realiza un diseño biográfico del autor Palmirano. Y relata como en 1914, Alfonso Llorente Arroyo a quien considera un joven de buen gusto “y de no escasas letras” se dio a la tarea de recoger, pasando los textos a máquina de escribir (la cual consideraba “el más moderno instrumento de escritura”), su producción fundamental.

Romero Lozano en la segunda parte de su estudio, denominado “color, luz y contraluz del romanticismo”, da cuenta de las características del movimiento y escuela denominados con el término histórico de el romanticismo. “Ricardo Nieto es un tardío, un persistente romántico de tendencia y escuela”. Romero Lozano hace claridad sobre la vaguedad y elasticidad del significado de este término “romanticismo”, y siguiendo a Guillermo Díaz Plaja, distinguido historiador español de esta corriente, subraya los siguiente temas y valores: importancia del yo; conciencia de soledad; victoria y predominio del sentimiento; supremacía de lo sentimental amoroso; voluntad de gloria; exaltación del hombre natural; la voluntad de lejanía en el tiempo. El maestro Armando Romero Lozano

agrega a la lista de temas, la valoración de los escenarios, ostensible en el teatro, naturalmente; y la nueva valoración de la naturaleza circundante que tiende el cuadro a lo pintoresco, y que obedece a un sentimiento vivo del paisaje con predilección por el nocturno, por lo sepulcral y por las ruinas. Así concluye que en tales contenidos temáticos “podemos reconocer en sus líneas esenciales ese inmenso fenómeno específico que largamente preparado en el siglo XVIII viene a culminar en la primera mitad del siglo XIX y prolonga su liquidación, aún con esplendores gloriosos, hasta 1914”.

Para Romero ese valor prismático es tensión y exaltación de los efectos; es el predominio de la emoción libre y fogosa sobre la razón serena y sumisa; es la emoción del paisaje, del recuerdo, de la patria, de la soledad y el silencio; de lo lejano y exótico; incluso la emoción suscitada por temas menospreciados o no, tenidos en cuenta por el clasicismo.

Refiriéndose específicamente al caso de Ricardo Nieto dice que el lector hallará en su obra los temas fundamentales del romanticismo, y enseguida pasa a distinguir tres etapas cronológicas para agrupar sus poesías, fijando por límite postrero de su producción importante, el año de 1935.

“La primera etapa se cerraría en 1914 con el cuaderno de Llorente Arroyo a que nos referimos en el comienzo de este estudio y en que se copió lo mejor, que es casi todo lo que el joven poeta compuso hasta ese año primero de la guerra europea. Al lado de ese cuaderno inédito colocamos el “Himno a la Bandera” que a esa misma época primaveral corresponde. Comprende la segunda época hasta 1924, año del centenario de Palmira, en que se dio a la estampa, en la editorial Cronos de Bogotá, con prólogo de Guillermo Valencia, la primera colección impresa de Nieto, bajo el título Cantos de la Noche, junto al cual colocamos también, un resonante poema suelto, Tierra Caucana, triunfalmente recitado y publicado en ese decenio. Y la tercera etapa se vence con la publicación en 1935 de la serie de poemas titulados La Oración del Rocío, editado por la escuela tipográfica Saleciana, en Bogotá “y a cuyo lado hacemos figurar a si mismo otro poema extenso, “La Montaña Gloriosa”, publicado aparte”.

Para Armando Romero Lozano, estudioso de nuestra literatura comarcana y uno de los conocedores calificados de la vida y obra de Ricardo Nieto, los tres períodos permiten ver que cada uno no hace sino repetir “con ligeras pero a veces notables variantes, las notas del anterior”; por ello concluye “que un análisis crítico no contempla en esta obra poética sino un solo proceso de inspiración dirigido, a uno y a otro, por las dos modalidades características de la inspiración poética de Ricardo Nieto: la ternura crepuscular y la actitud tribunicia”.

Al lector

- ¿Poeta?

- No, un hermano del viento y de las hojas...

En mí, lector amado, sólo un deseo anida:
cambiar por un puñado de clavellinas rojas
este puñado inútil de versos de mi vida ...

!Oh! musa de mi alma, ¿te miro y te sonrojas?...

Di, tú, que en medio siempre de salvias escondida,
como ellas al impulso del viento te deshojas
cantando los secretos de la ilusión perdida.

Y calla. Que las gentes ignoren que naciste
del eco de un suspiro, que vives siempre triste
mirando al sol que muere detrás de las montañas.

Que nadie, nadie sepa lo que pasó ese día
en que a mi cuarto entraste muy pálida y sombría
trayéndome dos gotas de llanto en las pestañas...

Libros

¿Para qué los libros, para qué, Dios mío,
si este amargo libro de la vida enseña
que el hombre es un pobre pedazo de leña
que arrastra en sus ondas fugaces un río?...
¿Para qué los libros, para qué, Dios mío?

Leí muchos libros. Leí tanto, tanto,
que al fin se cansaron de hacerlo mis ojos...
¿Qué resta de todo? ... Un poco de llanto,
una honda amargura y un hondo quebranto,
un bosque de espinas y un bosque de abrojos.

¿Qué sabio ha podido mecerse en la bruma?
¿Qué artista una gota formar de rocío?
!Oh pobres poetas, romped vuestra pluma!
Mirad cómo canta sus versos el río.

En vano con libros tu mente torturas;
en vano a las puertas cerradas golpeas;
no hay astro que alumbre tus noches oscuras;
si buscas en ellos capullos de ideas,
tendrás el veneno de las desventuras !

Lee sólo este libro: la Naturaleza.
Embriágate de aire, de luz y de rosas;
sé humilde, sé bueno, recógete y reza,
y pide a la augusta, serena Belleza,
te muestre tu imagen en todas las cosas.

¿ Estoy soñando acaso...?

- ¿Estoy soñando acaso? ... Soñé toda la vida...
 Mi alma pequeña y frágil vivió siempre dormida:
 la voy a despertar!
 para que acuda y mire lo que por ella se hace:
 tened piedad, vosotros, si al veros se deshace
 como un poco de espuma que rueda sobre el mar.

- Despiértate, alma mía, despiértate!...
 - No puedo;
 estoy mirando todo y tengo frío y miedo:
 me van a hacer llorar!
 Yo fui sobre la tierra como una mariposa
 que abre las tenues alas y no sabe otra cosa
 que volar y volar.

Volar por el espacio donde los astros duermen,
 volar entre las ramas llevando el rubio germen
 que hace nacer el árbol y hace brotar la flor;
 volar como un ensueño, volar a todas horas,
 y hundirse entre las nubes de todas las auroras
 y en todos los crepúsculos... Ser amor y dolor!

Amor! ...Dolor!...¿No es esto nuestra existencia, acaso?
 ¿La vida de los hombres no es sólo como un vaso
 en que se mezclan siempre el néctar y la hiel?
 Amor!... Dolor!...La vida entre los dos se esfuma
 como entre las montañas se evapora la bruma:
 la espina de la zarza está cerca al laurel!

Tierra caucana

Tierra, tierra caucana, tierra santa,
que llevas en tus venas el tesoro
del rubio pan; en donde todo canta,
desde el nido hasta el germen de la planta
que riega el sol con su ropaje de oro.
Tierra de los idílicos amores
donde florece cual rosal el día,
que cubres con tus ramas y tus flores
el sepulcro callado de María.

Tierra que ciñes a tu veste glauca,
formada por las lianas del bosque,
el transparente y delicado encaje
que ciñe en torno de tu cuerpo el Cauca.
Tú, a quien da sombra la gentil palmera
y te abanicas con las verdes hojas
de la guadua ondulante y altanera;
tú, que al sentir el beso te sonrojas,
y que, como las vírgenes sencillas
al escuchar los cánticos primeros,
sientes teñir tus jóvenes mejillas
con la sangre de rojos carboneros.

Tú, que tienes un traje a cada hora:
azul en las mañanas de verano
cuando rasga su clámade la aurora;
amarillo, si el sol desde el espacio,
como un monarca triunfador despliega
su manto real sobre la fértil vega
y en el cenit coloca su topacio;
y cuando cae el Rey desde su altura
tras el enorme farallón que austero
de los extraños tu virtud recata,
cubres tus flancos, Virgen Hermosura,
con un manto de vívida escarlata...

Tierra, tierra feliz, tierra caucana,
tú llevas en tu sol y en tus paisajes
la gloriosa bandera colombiana!

¡Aquí el torrente bramador que cruza
como una sierpe las ocultas frondas
y que lleva sus ímpetus salvajes,
a través de los plácidos boscajes
del turbio Cauca a las dormidas ondas!
Allá el tranquilo y sosegado río
que va entonando su canción de amores
recibiendo el pasar por el plantío
una lluvia de frutos y de flores;
y que al copiar con místico cariño
el purísimo azul de firmamento,
deja ver en el fondo su cimiento
como en los ojos tímidos del niño
el más hondo y oculto pensamiento!

!Aquí el naranjo de verdor vestido,
allá el cromo otoñal de los maizales,
aquí el rojo de un **písamo** encendido,
y allá con los arreos episcopales
el **gualanday** en su quietud dormido!

Y arriba el cielo azul; y abajo el verde
Valle que riega el Cauca silencioso
y que en las brumas del azul se pierde...
Al pie tendido de las suaves faldas,
hace pensar, al que de lejos mira,
en un machacamiento de esmeraldas...

Tierra, tierra caucana, tierra mía,
estoy hollando con mis pies tu suelo,
y no se si es verdad, o es fantasía,
que piso tu heredad o piso el cielo!

¡Tú al que llegó cansado y desvalido

de hondos quebrantos y amarguras lleno,
le diste en medio de tu fronda un nido
y las mieles sagradas de tu seno!

!Tú al infeliz y desdichado ilota
que los soles del Africa esculpieron,
arrancado a sus playas en remota
funesta edad, lo acariciaste pía,
y como Cristo el buen Samaritano,
lo llevaste triunfante de tu mano
a sentarlo al festín de tu alegría!

!Tú eres noble, eres rica y eres buena
como el sol que tus cármenes inunda;
y en medio de las fértiles montañas,
corona azul que tu perfil circunda,
tienes, oh madre, dócil y fecunda,
la eterna juventud de tus entrañas!
Eres dulce y sencilla como el río
que te murmura con su voz serena
reflejando en sus ondas el bohío,
que se desata en medio del plantío
como en medio de rosas la azucena.

Eres amable y generosa: el grano
que a tí arrojó, sin modular un ruego,
la encallecida mano del labriego,
nunca cayó sobre tu seno en vano.

Fue rama y flor y pétalos y fruto,
que sin esfuerzos grandes ni prolijos,
subió, cual sube la oración al cielo,
a convertirse en pan para sus hijos!

Y eres altiva como el sol; perdonas
todo, hasta el crimen, cuando va el Delito
de cara al sol; cuando su luz refleja
no el venablo traidor y aventurero,

sino la espada que al clavarse deja
limpia la frente y límpido el acero!

!Tienes algo del mar, algo, algo que atrae,
algo que es himno, o el rumor de olas;
que hace alzar a los cielos la cabeza
y quedarse pensando en la grandeza
de estar contigo o con el mar a solas...!

¡Cuando desde la altura se te mira
envuelta entre la luz del sol poniente
que sobre el torvo farallón expira,
en un divino éxtasis provoca
transformarte en mujer y con la boca
desgajarte las rosas de la frente!

Tierra, tierra caucana, yo quisiera
abrazarte, besarte, torturarte,
como a una amada infiel; hacerte agravios
y besarte después; hacerte heridas
y enjugarte la sangre con los labios!

!Tener contigo un ósculo de amores
y al estrecharte entre mis brazos muda,
arrancarte la túnica de flores
y que te mire mi pasión desnuda!

Amanece.

Sonríen los maizales.

en las ramas descuélganse las pomas,
se levanta un rumor en los panales,
y en los nidos se arrullan las palomas.
Pasa el polen dorado y misterioso
de una flor a otra flor; canta la fuente
una dulce canción; la luz resbala
sobre el cristal verdoso y transparente
del arroyo que rápido se aleja;
debajo de las ramas, azahares,

y entre los azahares una abeja...

Amanece.

En la vasta serranía
que limita el confín por el oriente
aparece una rosa de repente
sobre la gasa en que despierta el día.
Empieza a sonrojarse la corriente
a los besos del sol que con cariño
pone la flor con que ciñó su frente
en el pálido azul de su corpiño.
El cauca rueda manso. En sus riberas
una fila de sauces pensativos
humedecen sus blondas cabelleras,
en tanto que los cámbulos altivos
tremolan a los vientos sus banderas
tintas en sangre, y el gradual sombrío
extiende los plumajes de sus hojas
sobre la augusta soledad del río...

Entre las verdes cañas
flotan jirones de neblina; el viento
entre sus alas al pasar la arranca,
y sube por el amplio firmamento
como una tela vaporosa y blanca...

Se oye del buitre el áspero graznido
y el canto de las dulces chilacoas
que hacen en medio del juncal su nido.
A la orilla se mecen las canoas
sobre las aguas que parecen de oro;
una garza medita, un cuervo vuela
con un pez.
A lo lejos muge un toro.

En las playas desiertas y arenosas
se ven las garzas de plumaje rojo
como una enorme floración de rosas.

Unas meditan con el pico alzado
hacia el azul, las otras en el agua
meten el cuello largo y torneado
que hace visos al sol; otras dolientes,
como un símbolo rojo del hastío,
miran todo en silencio, indiferentes...
¿no son ellas la náyades del río?

Son los ensueños de color de rosa
de la ilusión; los besos que nacieron
de las bocas en flor, y se perdieron
entre las zarzas de la selva hojosa.
Son rubores de vírgenes; ternuras
de las jóvenes núbiles sencillas;
gotas de sangre diáfanas y puras
que se asoman temblando a las mejillas...

Como las ilusiones tentadoras
alzan de pronto el rumoroso vuelo,
y al batir de sus alas vibradoras
se sonrojan los ámbitos del cielo.
Una, delante de las otras, guía
la parvada de garzas que se pierde
sobre la copa de la encina verde
y entre la gasa en que despierta el día...

El Cauca rueda turbio.
De repente
se sonroja también tras la colina
como una colosal libra esterlina
acuñada por Dios, surge esplendente
el sol montado en su corcel de llamas,
y al besar a la tierra adormecida,
estremece los nidos en las ramas
y los gérmenes santos de la Vida!

La oración de los caballos viejos

Por los callejones y las alquerías
que el sol ilumina con vivos reflejos,
recordando siempre sus mejores días
pasan renqueando los caballos viejos,
llenos de amarguras y melancolías...

Por entre las cercas de palo y alambre
meten las cabezas, medio adormecidos;
les siguen de moscas zumbando un enjambre
y ellos -pobrecitos- transidos de hambre,
se quedan mirando los prados floridos...

Los prados floridos en donde nacieron
libres como el viento y como él veloces;
esos mismo prados en donde corrieron
lanzando felices relinchos y coces.

!Ya sus ilusiones todas se murieron!
Uno rememora cuando altivo y fiero
llevaba en sus lomos la alfombra escarlata
de algún valeroso e hidalgo guerrero
de casco dorado y espuelas de plata.
El otro recuerda que sobre sus ancas
llevó dulcemente, con gran donosura,
mujeres divinas, esbeltas y blancas,
de formas talladas como una escultura.

El otro medita: yo fuí en las carreras
el rey de los vientos, de sedosas crines,
y vi desplegarse las rojas banderas
y oí los saludos de roncós clarines...
Los viejos caballos meditan ahora
al pie de las cercas, cerrados los ojos.
Una flauta rústica a lo lejos llora:
“¡la vida esta llena de espinas y abrojos!”

Hermano caballo: mejor es tu suerte
que la de los hombres a quienes la vida
clavó con su zarpa despiadada y fuerte...
y van por el mundo cubriendo la herida
en pos de la dicha que obsequia la muerte...

Hermano caballo: igual es tu sino
al de los mortales;
a tí, cuando inútil, te arroja el destino
a morir de hambre a un negro camino.
! y a aquellos arroja a los hospitales!

Serviste. ¿Y ahora, qué pides?, ¿qué quieres?
Así son los hombres no solo contigo
que tan noble y dulce, que tan bueno eres;
en esta tragedia de todos los seres
es solo el sepulcro el único amigo.

Hermano caballo: como tú los parias
de la vida pasan horas de quebranto;
para sus oídos no fueron las arias
de los vencedores... Almas solitarias,
¡flores que se abrieron regadas de llanto!

Empleados oscuros de las oficinas,
músico ambulante, pobres artesanos,
artistas... poetas... que parecen ruinas,
del caballo viejo somos los hermanos...
¡como a él nos quedan solos las espinas!...

Cuando las arrugas surcan ya la frente,
y el alma tenemos llena de consejos,
la vida que todo lo ve brutalmente,
nos manda a morirnos dolorosamente,
!como mueren siempre los caballos viejos!

CANTOS DE LA NOCHE

De mis versos

Ha mucho tiempo que en los versos míos
hay una estrofa trunca...
y van los años, como al mar los ríos,
y no la acabo nunca.

A terminarla el alma se resiste;
la mano no se atreve;
y ha quedado tan pálida y tan triste
como un pájaro muerto entre la nieve...

Si no has de verla tú, si tus pupilas
no han de fijarse en ella,
soñadoras, risueñas y tranquilas,
como los oros de lejana estrella
deja que siga entre los versos míos
aquella estrofa trunca,
y al mar vayan los años con los ríos,
y no la acabe nunca...

Han tocado a mi puerta

Ha tocado a mi puerta...
¿Quién será?... ¿Por qué viene?... ¿Por qué toca?
¿Viene tal vez por la esperanza muerta
que ayer no más cantaba entre mi boca
como la alondra cuando el sol despierta?

Han tocado a mi puerta: lo he sentido.

Fue tan sutil y tan fugaz el ruido
que nadie más oyó que el alma mía.
Fue un rumor tenebroso que venía
de las cuencas oscuras del pasado
a turbar con su grito destemplado
la fe de mi alegría...

El pueblo solitario.
Una luna menguante y ojerosa
tiñe de blanco el viejo campanario.
Un perro aúlla en la extensión medrosa.
Nadie, nadie despierta...
Sólo mi corazón dice en la sombra:
“Han tocado a la puerta”
Y unos pasos se pierden en la sombra.

Pax

Señor, dame la paz, la paz que miro
esta tarde otoñal en mi ventana,
mientras se tiñe la extensión lejana
con la diáfana sangre de un zafiro.

A esta dulce quietud es cuanto aspiro:
ser el árbol que nace en la sabana
y no sabe por qué; que cae mañana
y no tiene en sus hojas ni un suspiro.

Señor, pon en mi espíritu la suave
serenidad de la naturaleza
que de la duda y del dolor no sabe...

Señor, ya nada quiero, nada ansío,
y sólo pido a tu gentil largueza
que me transformes en rosal o en río.

Como las hojas
(Fragmento)

Como vine me iré... calladamente...
en silencio y en paz, sin otra huella
que la que deja en la fugaz corriente
el fulgor tembloroso de una estrella.
Como vine, me iré, calladamente...

En silencio me iré: como he vivido,
sin esfuerzo mayor que el de una pluma
al caer a la tierra desde un nido,
o el que hace alegre al borbotar la espuma..
En silencio me iré: como he vivido.

Pesé tan poco sobre el mundo un día
que fuera de mi amor y mis canciones
ninguna cosa en el hogar había:
si hasta llegué a pensar en ocasiones
que era un poco de niebla que subía!

Cuando lleguen las ráfagas de octubre,
volaré con las hojas desprendidas
con que la tierra su dolor encubre;
me fugaré como ellas a escondidas...
¿Quién sus veredas y su amor descubre?

CARLOS VILLAFANE

I

El Hombre

Recuerdo su libro en la biblioteca de mi padre; él lo había mandado a empastar y mi madre siempre me hablaba de la hondura y belleza de la Vía Dolorosa.

La vía dolorosa

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y enjuagué de su frente de azucena
el líbido sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor... si era tan buena!
duerma en mi corazón... si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias,
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida;

y yo, de mi locura bajo el peso,
le puse el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida!

Ojos como dos claros madrigales
que abrieron en mi ser profundas huellas;
suaves a veces como dos estrellas,
a veces fieros como dos puñales.

Labios en flor; inolvidable acento
que fue para mi pecho peregrino
como el agua de Dios que da al sediento
de beber en las vueltas del camino.

Todo bajo la sombra y el misterio
en un árbol, y en la paz del cementerio,
fúnebre playa del eterno río;

pensad en el desangre de mi herida,
y decid si hay dolor en esta vida
que en algo pueda compararse al mío!

El corazón habla de sus ansiedades. Era propio de la época consultar con los pétalos.

Lo que dice la flor

Me quiere mucho, poquito y nada...
así me dice la blanca flor
cuando en la tarde junto a la Amada
yo le consulto cosas de amor.

Ella, la nena, dulce y bonita
por cuyas gracias suspiro y lucho,
también consulta la margarita,
le dice siempre; te quiero mucho...

Juntos a veces entre las flores,
frente a las matas de su vergel,
hablamos largo cosas de amores,
cosas de amores, de las mejores
como una rosa o algún clavel.

Pero si acaso mi amor deshoja
 la margarita recién cortada
 se aumenta el peso de mi congoja,
 pues siempre acaba la última hoja:
 me quiere mucho, poquito y nada...

Supe tempranamente que la poesía está ligada a los momentos cruciales de la vida del hombre y que constituye uno de los más hermosos caminos para buscar el sentido de la existencia.

Villafañe, pues, como Jorge Isaacs, Ricardo Nieto y Antonio Llanos, fueron nombres que aprendimos desde niños y que de alguna manera contribuyeron a nuestra formación. Eran otros momentos, era otro mundo. Ellos eran los últimos románticos. Nuestros poetas inmediatamente posteriores como Enrique Buenaventura y Marco Fidel Chávez, ya tuvieron otros acentos y otras preocupaciones y, enseguida, viene la tromba nadaísta.

Sólo Octavio Gamboa, depurado y prístino, permanecía en el alto del Mameyal con su canto de epifanía. Por esto cuando el profesor Carlos Vásquez Zawadski me propuso participar en este ciclo de conferencias sobre los poetas Vallecaucanos (Bellas Artes/1987, Cali) le sugerí el nombre de Carlos Villafañe, para volver a él, para reencontrarlo.

En casa del maestro Omar Rayo, ya sentía este deseo, cuando con ocasión del lanzamiento del libro del poeta Aníbal Manuel “Tiempo de Obstinación”, nos reunimos y vi en sus paredes copiadas a mano una selección de poemas del célebre Tic-Tac.

Aún no había terminado de reunir los textos de estudio cuando tuve la grata sorpresa de conocer a un hombre bueno, jovial y divertido, como alma de arrayán, que entró a mi oficina con un fajo de poemas de oro. Era Luis Carlos Espinosa, traía los versos del maestro, algunos de ellos

inéditos, con esa hermosa caligrafía de escribano medieval; pero no era sólo su letra lo que traía don Luis Carlos, traía la vida misma del poeta.

Pocas veces he conocido mayor fidelidad a la amistad que la de estas dos buenas personas. Para principiar, es del caso mencionar que compartieron en las buenas y en las malas y en el lapso, como vidas afines, hicieron muchas cosas, entre ellas escribieron cada uno sus poemas e incluso poemas redactados entre los dos, que nos recuerdan las consideraciones de Octavio Paz sobre el haikai no renga.

Con este testigo excepcional, presento a ustedes un breve esbozo biográfico del autor e incluso, una reevaluación histórica en el sentido de que varios libros referentes al maestro Villafañe, vienen errados en cuanto a las fechas y los lugares de su nacimiento y muerte.

Verificadas las partidas respectivas, vemos en el paréntesis vital que nace en Roldanillo, el 5 de abril de 1881, hijo de Josefa Villafañe y muere en Cali, el día 26 de noviembre de 1959. Para estas notas he tenido igualmente el apoyo de sus amigos Naín Estefan, Carlos Evelio Gómez y Mario Padilla, de cuya compañía he disfrutado y por medio de la cual he conocido mil anécdotas que trazan, en sus voces, el perfil y la figura del poeta, como en su tiempo lo hiciera el gran Rendón, que es también, valga el hecho, prueba de la fama que por esos días tenía.

Con ellos podemos decir: El poeta era confidente de don Marco Fidel Suárez, quien finalmente le nombró Cónsul en Tarragona (España). Cuando el viejo expresidente estaba despojado de todo poder y toda gloria, el poeta solía visitarlo y llevarle la infaltable botella de coñac con que acompañaban su indisoluble amistad. Otro benefactor suyo fue el expresidente Eduardo Santos.

Le gustaba bailar, era espontáneo, repentista, eglógico; en el campo era feliz. Sus amigos me dicen: "mezclaba lo solemne a lo trivial. La añoranza era su tono y cierta dolida queja hacia el destino del hombre, no desprovista de humor y hondo contenido metafísico".

Lo veían pasar en sus largas caminatas nocturnas apoyado en su bastón de verraquillo, regalo de don Evelio, como dijo Elías López “Solo bajo el cielo, amparado por su propio corazón”.

De España se vino trayendo el cadáver de Antonio José Restrepo, una de las mentes más lúcidas del país. Y Villafañe, a quien su tierra siempre le atrajo, volvió al Valle. Con innegable humor anotaba que fue Antonio Restrepo el que lo trajo a él...

El poeta a pesar de su inteligencia, cargos, honores y relaciones fue sencillo y sin vanas pretensiones. En Roldanillo vivía con su hermana Luisa y su sobrina Satura Ruiz Villafañe, en una casa ubicada en la misma manzana del museo; en Cali, en el hotel Alférez Real; la familia Caycedo le había cedido una habitación, y era frecuente verlo en una mesa, escribiendo o dialogando con uno u otro amigo.

Le gustaban las tostadas de plátano, como los patacones; era mecatero. Tenía cierta malicia sana, cierta alegre picardía que suelen tener los improvisadores y repentistas. Si algo se le decía, con algún apunte tenía que salir. En fin, era muy vallecaucano; un talento vernáculo, propio en la forma de interiorizar el Valle, en sus gustos y aún siendo trascendente fue sencillo y coloquial. Con todo el mundo conversaba. El poeta participaba en las reuniones de la Gruta Simbólica. Conviene recordar que la Gruta Simbólica fue la tertulia literaria formada por los años en 1912, en Bogotá, y a la que concurrían entre otros distinguidos autores los poetas Jorge Pombo, José Vicente Ortega Ricaurte, y el “jetón” Ferro.

Luego de su reconocida fama, en 1953, fue coronado por el también grande poeta vallecaucano don Ricardo Nieto. Fue aquello, recuerdan sus amigos, una avalancha de telegramas y felicitaciones y los clarines del éxito hicieron vibrar de orgullo a Roldanillo.

Francisco Fidalgo Hermida solicitó y obtuvo un partida de \$20.000 por parte de la Gobernación del Departamento del Valle para la publicación de un libro. La edición se llevó a cabo, pero luego sus amigos consiguieron que la partida se hiciera efectiva en cuotas de \$500 pesos, como una pensión para el escritor.

Luego cayó enfermo de la próstata y murió, cumpliendo el ciclo. Don Luis Carlos quedó con los materiales reunidos de ese proyectado libro, con numerosas cartas, telegramas, notas, apuntes y fotografías, incluyendo algunos vales a buena cuenta de esa entrañable amistad, a la que era innecesario cualquier abono por su infinita riqueza espiritual, pero que mencionó para ilustrar que nuestro vate pasaba sus dificultades económicas, pues la fama y el prestigio no acaban con nuestras diarias exigencias biológicas.

Recuerda el Dr. Antonio Cuéllar que al morir Carlos Villafañe fue con el odontólogo Juan E. Escarria y le solicitaron permiso a su sobrino Alfonso Ruiz Villafañe, cariñosamente llamado Morro, para tomarle con la cera y el yeso de su laboratorio dental, la mascarilla. Esa mascarilla la puso el escultor Mardoqueo Montaña, no obstante, el busto lo representa más joven, porque el artista quiso interpretar sus rasgos cuando aún era vigoroso; la figura que debía tener por los días de la gran Gruta Simbólica. La mascarilla aún la conserva el profesor Luis Carlos Espinoza.

Comentando con don Luis Carlos, conocemos la secreta entraña de la vía dolorosa. Venían juntos a Cali, a los funerales de una amiga de don Luis Carlos y en el camino el poeta le dijo que comprendía ese sentimiento porque a él también le había sucedido lo mismo; le contó, entonces, que había sido novio de Elvira Mazuera y que ella había muerto dando a luz un hijo del poeta. Y es ese grito el que quedó encerrado para siempre. Pero el poeta dejó su sangre entre nosotros y de él viene Célimo Mendoza y por Célimo, nuestro amigo Néstor Hugo Millán, nieto del poeta que nos acompaña en este día. Fue el segundo de dos hijos de una misma madre. Su hermana Luisa, tuvo siete hijos, sus sobrinos fueron Satoria, a quien cariñosamente llamaba Turín y donde vivía el poeta; María Luisa, Leonor, Luis Carlos, Antonio, Hernando y Lesbia. Su madre era la partera de Roldanillo y por feliz honor de la vida, podríamos llamarla “partera del verbo, de la Poesía”. Cuentan que cuando murió su hermana encendió una vela y se puso una boina vasca.

II

La Obra

Tras esta breve reseña biográfica detengámonos en hacer algunas consideraciones acerca de su obra.

De él dijo don Ricardo Nieto: “No es Villafañe ‘un juglar de rimas encantadas’ como se dijo de Rostand, ni es tampoco el artífice estilo de Benvenuto, labra pacientemente el mármol de los versos para sorprender con la pureza de las líneas y la armonía de los detalles; menos aún el vidente o el vate, como decían los antiguos que desde la trípode encantada agita los cabellos en desorden y levanta los brazos hacia el cielo... No, no es nada de esto; es algo más humano algo que está más cerca de nuestro corazón. Es el que nos interpreta, el que traduce el dulce sentimiento que nos embarga en ciertas horas melancólicas”.

Y el Maestro Londoño: “Carlos Villafañe pinta en verso de encanto primitivo los paisajes arcadences de su resonante y perfumado Valle natal. En el corazón del poeta caucano reflorece los afectos del autor de “María” pero su expresión se colora y matiza con otros tonos, porque los años pasan corriendo y la sensibilidad de las nuevas generaciones se precipita alterada como nuestra vida misma. Las rosas y los lirios del Zabalestas embalsaman el aire, como en los tiempos de Efraín, pero el amante los ofrece a su novia a manera de símbolos ardientes de otros amores”.

Por su parte Guillermo E. Martínez nos llama la atención sobre lo siguiente: “Carlos Villafañe es también célebre como cronista y sus escritos de este género se hallan recogidos en dos volúmenes: “Pathe Journal” y “De Sol a Sol”. Lo mejor de sus poesías fue publicada en el año de 1943, días antes al homenaje que su ciudad natal le rindió como excelso poeta, homenaje al cual asistió lo más notable de la intelectualidad colombiana, muy especialmente del Valle del Cauca.

Villafañe es un magnífico escritor de sonetos. Los que han escrito en este género es digno de todo encomio. La Vía Dolorosa, Nada, El Gesto de Garrick, Alma de Otoño, El Quebranto, La Agonía, El Día de Diciembre, Las Puertas del Golpe, etc., y las elegías, que dedicó a Jorge Pombo, Eduardo Ortega, Saavedra Galindo, son versos que le dan puesto distinguido en la lírica de Hispanoamérica.

Como periodista redactó con Federico Martínez Rivas el periódico “Comentarios”; y, con Clímaco Soto Borda, “La Barra”.

Y en verdad nuestra impresión personal es la misma. Examinados los temas y motivos de sus versos, o el repaso de los títulos de sus creaciones poéticas nos encontramos con la añoranza, el olvido, el reloj, la muerte, la nada, el amor, las dudas, las esperanzas, las garzas, las ventanas, las puertas de golpe, las emociones rurales, etc., etc.

En sus poemas encontramos escenas costumbristas, cuadros y paisajes, el pueblo, el Valle, la preocupación metafísica y el sosegado vaivén de su tono lírico o elegíaco a la vez alegre y desenfadado, todo embuído por el espíritu de la época. Si bien confesaba no participar del credo Piedracelista, sus versos no obstante se encontraban ordenados generalmente en forma de sonetos e incluso en sus versos libres predominan las terminaciones asonantes y consonantes. El poeta tiene una obra completa y no se ofende ni su trabajo literario se demerita al decir que ella es desigual. Creaciones elevadas de forma y contenido, exigidas en el lenguaje y otras más fáciles y ligeras, todo como expresión misma del hombre que las crea.

Pare este estudio he tenido en cuenta: Memorias de un desmemoriado, La Antología de Guillermo E. Martínez, La Antología realizada por el historiador Raúl Silva Holguín, y las recientes publicaciones del Museo Rayo. Me limito a su creación poética y dejo, para los entendidos de la materia, la obra periodística. Incluyo los siguientes poemas para presentar una muestra que creo representativa: Vía Dolorosa, El Vacío, Olvidanza, Tierra del Alma, La Dicha, Supervivencia, Bajo los Arboles, Nada, La Puerta del Golpe; una muy especial de acento lorquiano, La Tarde de Aquel Domingo; Agua del Cielo y Metafísica.

El vacío

Unos se van y vuelven y, al regreso
encuentran en el punto de partida,
un amor que les da la bienvenida
con un abrazo o con la miel de un beso.

Otros vienen y van y, bajo el peso
infausto de su cruz ensangrecida,
no encuentran sombra ni descanso en eso
que llaman la corriente de la vida.

Y yo, pobre viandante, en el camino,
cuando a mi propia soledad me entrego,
pienso, que en el vaivén de cuanto existe,

no encuentra mi ilusión de peregrino,
ni quién, cuando me voy, se ponga triste,
ni quien me abra los brazos cuando llego..!

Olvidanza

Ya fui y volví. Ya vengo del olvido
con más años y menos alegrías
y en un puñado de cenizas frías,
sólo traigo un carbón medio encendido.

Con la jornada del ayer vencido,
en el silencio de las noches mías,
siento que el reloj de mis días
va permitiendo su luz y su sentido.

Vivo al dolor y muerto a la esperanza,
de una mujer columbro la olvidanza
que al fin de cada sol sale a mi encuentro;

y tengo que sufrir, quiera o no quiera,
la farsa inútil de reír por fuera
y el hondo agravio de llorar por dentro.!

La dicha

Tornadiza y fugaz la dicha humana
sobre un abismo sus sueños mece
y es de la niebla y de la espuma hermana
por que hoy es mañana y no parece.

Carne del corazón que se estremece
de amor en una efímera mañana;
jardín que sus fragancias desvanece
en un ayer de claridad lejana.

Fugaz meteoro de la noche negra
con el iluso corazón se alegra
como abrevando en milagrosa fuente.

Lánguida estrella de contorno puro
que brilla en el pasado y en el futuro,
pero nunca jamás en el presente.!

Supervivencia

Yo ya no soy aquel que en otros días
amó y sintió; aún solo soy un pobre
que mira a solas convertido en cobre
el oro de sus viejas alegrías.

Montón infausto de cenizas frías,
cómo deshojas su añoranza sobre
mi frente y cómo siento de salobre
la frágil copa de las horas mías!

Yo ya no soy aquel ni aquel es éste
que más mentida que el azul celeste
fuera ilusión, orilla del abismo.

Y recelo en mi senda anohecida;
que he muerto muchas veces en la vida
y apenas soy la sombra de mi mismo!

Bajo los arboles

Aquí, bajo estos arboles se hermana
mi espíritu al amor de toda cosa
y corre como fuente rumorosa
en el áureo jardín de la mañana.

Aquí, cual flor sobre la tierra ufana
se habría su sombrilla donairosa
y era la Amada como esbelta rosa
al beso de la ardiente resolana.

Bajo un tibio crepúsculo de enero

me parece que surge en el sendero
como un diáfano ensueño vespertino...

Más ay! que del pasado y de sus luces
solo quedan las fechas como cruces
clavadas a lo largo del camino!

Nada

Nada me queda del ayer florido,
nada retoña en mi jardín y siento
la tristeza del árbol carcomido
sin hojas sin savia y sin aliento.

El ave infausta de remoto olvido
llegó a mis puertas y graznó su acento
y el ruiseñor que endulzó el oído
dejó la jaula y se perdió en el viento.

Hoy ya mi corazón es como un sauce
que en el árido soplo del verano
inclina a veces su ramaje umbrío

sobre la sed monótona del cauce
por donde en otro tiempo, ya lejano,
pasó la dulce claridad del río...!

Las puertas de golpe

En la mitad del llano donde pasta
la vacada y retozan los terneros
entre cercas de guadua, está la puerta
de golpe, limitando los potreros.

Es el anochecer y ya la sombra
se cierra sobre el monte y sobre el llano,
mientras diluye sus cenizas lentas
el hogar del crepúsculo lejano.

Dilata en el pavor de los caminos
la noche su melena destrenzada
y la puerta de golpe, en el silencio
gime bajo el tejlar de la portada.

Ah! la puerta de golpe! algún viandante
la empuja en la rústica tiniebla
un gemido espectral, trémulo y largo
de angustia y miedo los contornos puebla.

Es un gemido lastimero y hondo,
es un acento como de alma en pena,
algo que el misterio de las sombras
de una aguda zozobra el alma llena.

Qué sentirán las puertas empujadas
de la noche en el pávido letargo,
que se quejan tan trémulo y tan hondo
con tanta pena y con gemir tan largo!

Tal vez digan adiós a los viandantes;
tal vez lleven su voz al peregrino
a quien, lleno de sed y de cansancio
le sorprendió la noche en el camino.

Ay! de los que perdieron la jornada

de ensueño vanos en fugaz derroche
y vieron que en el reino de la nada
oscura y torva “les cogió la noche”!

Ah! las puertas de golpe tienen voces
para todo lo trágico y lo incierto,
voces tristes que vienen de las sombras,
voces largas clamando en el desierto!

Yo no sé qué será lo que les duele
al paso de los tristes peregrinos,
que pueblan de alaridos temblorosos
el silencio espectral de los caminos!

La tarde de aquel domingo

La tarde de aquel domingo
en la vereda del pueblo
hubo trifulca bravía
con dos heridos y un muerto.

La gresca fue en el estanco
entre rudos montañeros,
y dicen que fue terrible
y agregan que fue por celos...

Uno de esos camaradas,
de peligrosos arrestos,
dizque una chica tenía
por los ejidos del pueblo.

Y cuentan muchos testigos

que presenciaron los hechos
que después de algunas copas
se produjo un “cuerpo a cuerpo”.

Y del lance y de la lucha
después de breve momento,
uno de los contendores
quedó con el vientre abierto.

Y de la herida profunda
manaba un hilo sangriento
y el herido, bocarriba,
se quejaba sobre el suelo.

Y a pocos de sus quejumbres,
en esa calle del pueblo
ya no era un hombre, no era
un ser viviente; era un muerto!

Y como era un muerto pobre,
es decir, un pobre muerto,
le hicieron una camilla
con dos guaduas y tres leños.

Y sobre los anchos hombros
de dos fornidos cargueros
se lo llevaron “en guando”
al camposanto del pueblo.

Una sábana, ya vieja,
y un cobertor montañero
le sirvieron de sudario y
en ellos marchose “envuelto”.

Las guaduas se cimbreaban
al paso de los cargueros
y así, con ritmo macabro,
se fue de la vida el muerto.

La noche llegó enlunada
y en su profundo silencio
se lo llevaron “en guando”
camino al cementerio.

Y el muerto desconocido
se fue para “Tierradentro”...
Lo mataron por la tarde
y dicen que fue por celos!

El agua del cielo

Entre el pozo fugaz que hizo la lluvia
en una ondulación del pavimento,
como una espiga que segara el viento
tiembla un lucero de cabeza rubia.

Y el agua quieta en diáfano alborozo
parece que sintiera la fortuna
de ver que desde el reino de la luna
baja el lucero a la humildad del pozo.

Todo, desde las nubes hasta el cielo
tiene un fin en la tierra o en la altura;
todo, hasta el pozo de la calle impura
si lo ilumina un astro, se hace bueno!

Tú piensas que mi vida tiene sombras
inmensas, como el agua del camino
y por eso tu labio peregrino
me lastima, tal vez, cuando me nombras.

Y no sabes, mujer, no te lo explica
tu razón que, a medida que te pierdo,
mi linfa espiritual se purifica
en la mística luz de tu recuerdo!



Metafísica

El silencio en el alma de la noche
y la noche es un gesto de la muerte,
y de ausencia y de miedo hay un derroche
en el sigilo de la noche inerte.

Un enfermo se queja y su quejumbre
toda la noche en el silencio flota...
trémula voz que en lenta pesadumbre
supone un alma con el ala rota.

El dolor y el insomnio sobre el mundo...
trágica angustia de la pobre humana
que padece lo inmenso, lo profundo,
en la tarde, en la noche, en la mañana!

Mísera humanidad, carne maldita,
carne fugaz de sangre envenenada
en el ritmo interior, pena infinita,
y en lo demás, la sombra de la nada!

Y cada cual, palpándose la herida,
siente en su derredor –débil o fuerte-
en el hondo cansancio de la vida
el horror al descanso de la muerte!

El poeta reflejó su época pero fue discreto en sus influencias. Alude a Machado expresamente, se nota a Lorca, a Juan de Dios Peza, a Isaacs, y canta una elegía a Gardel.

Leer a Villafañe es encontrarse de frente al hombre, pero no circunstancial como lo estudiaba sociológicamente Ortega y Gasset, o desolado, como Sartre; es nuestro hombre del país vallecaucano, con una raigambre metafísica de cuño religioso no practicante, pero que alcanzó a penetrar el alma y que finalmente se resuelve como Pombo, en una meditación desesperada y resignada.

Rafael Posada Franco, en su estudio sobre nuestro poeta, comenta:

“La musa villafánica se tiñe de paisaje crepuscular que el poeta filósofo interpreta como la agonía de la vida. El misterio insondable, el desaparecer de los amigos, le arracan estrofas que sangran su llagado corazón. Asiste, al parecer impávido, a tantos funerales... pero la labor mecánica, sorda, indiferente del sepulturero le clava puntillas en el corazón... Su labio reseco confirma la realidad que sus ojos atónitos acababan de ver:

Un muro, un ataúd, cuatro ladrillos que un obrero ligó con cal y arena... y después... una lápida un nombre bajo el ciprés de larga cabellera!”.

Raúl Silva nos dice: “Era un soñador, pero de viva fantasía, de repentinos apuntes y de incisiva filosofía”.

Decía que era un representante del país vallecaucano de aquella época, y es que con él sentimos la pérdida del paisaje, como entorno del alma antes de llamarlo con su nombre científico de ecología. En efecto, si nos detenemos en sus poemas encontramos el tono nostálgico de las emociones rurales, pero no sólo es el poeta que regresa a la arcadia de la infancia a prender cocuyos en el patio de la casa, sino que es la sociedad que allí encuentra el paulatino distanciamiento de la naturaleza.

Nacido el poeta en 1881, otros fueron, ciertamente, los paisajes que columbraron sus ojos. Esa era la época de las grandes haciendas como las describe Isaacs con su inigualable pluma paisajista. Roldanillo escasamente llegaría a los 2000 habitantes y aún no tenía luz eléctrica. Las relaciones de producción y la mentalidad de la ganancia industrial aún no habían acometido decididamente contra la naturaleza. La planta eléctrica llegó a Roldanillo el 20 de enero de 1922. El poeta no alcanzó a ver llegar el hombre a la luna, pero si pudo asombrarse del viaje de Limbergh a París. Por eso en la lectura de sus textos encontramos referencias al entorno que nos parecen completamente bucólicas y era natural, porque el medio era distinto, pero de todas formas se alude a su pérdida individual y colectiva. Esto me ha llevado a un autor muy de su época, al peruano Mariano Ibérico, quien en su libro “El Sentimiento de la Vida Cósmica” nos recuerda cómo esta emoción era posible, gracias a la integración del hombre con las fuerzas de la naturaleza, el respeto por sus ciclos.

Dice: “Sin reverencia cósmica y lleno, por el contrario, de un sentimiento de propia suficiencia el hombre reemplaza la obra de la naturaleza por la obra de sus máquinas o lo que es lo mismo, sustituye a la creación en que la naturaleza se prolonga por la fabricación en que la naturaleza se destruye y se muere. Y en relación con este prurito fabril y con este olvido de las grandes oscilaciones cósmicas, el hombre moderno ha llegado a la nefasta convicción de que es posible construir una sociedad sometidas a reglas de precisión matemática...”.

Y agrega:

“y he aquí una de las más graves consecuencias de ese alejamiento constante y progresivo, no precisamente de la naturaleza misma por que la naturaleza esta en nosotros sino de una cierta fidelidad para con las intenciones profundas y los arcanos germinales de la vida: El alma popular es la que crea los mitos, las leyendas, forja los proverbios; el alma popular es el alma agraria primitiva, que ama trabaja y sueña al compás de las estaciones, de los ciclos; es el alma de los pequeños oficios primorosos; es, literalmente, el alma encantada y anónima donde habita con su poesía y su misterio y la maravilla del mundo”.

Nuestro autor supo encontrar estos secretos y la mayoría de sus textos conllevan un canto a la naturaleza con el toque personalísimo de lo suyo y de sus influencias. Así la flor es la flor y en ella debemos encontrar a veces el arquetipo romántico, la flor, como símbolo, y en otras ocasiones se refiere directamente a algunas especies de nuestra flora. Su temperamento, de igual manera, matiza toda su creación poética, como claramente lo subrayan sus paisanos Naín, Evelio, Mario, Lucarés; su carácter repentista, su ingenio lo llevó a ser considerado Maestro del Calambur y que es el responsable de lo espontáneo y de alguna ligereza en varios textos. Pero quisiera sorprenderlo en un momento muy suyo; en el poema Bajo los Arboles nos dice:

“Aquí bajo estos arboles se hermana mi espíritu del amor de toda cosa...”.

Esta frase, este pensamiento, es, en mi concepto, un momento poético que nos permite conocer su corazón. Es, diríase, una frase típicamente budista. Lo mejor del budismo para mí es esta hermandad con el mundo y toda criatura; esta solidaridad con los árboles, los cocuyos, las plantas lugareñas y toda manifestación de vida. El poeta experimenta el sentimiento de la vida cósmica y se hermana con todo lo viviente. Es un sentimiento poético por excelencia. No obstante podríamos concluir que predomina en él lo humano y de ello su obra tiene abundantes muestras; el estremecimiento del ser y el breve instante de una frase de humor mientras llega el tiempo de extinguirnos.

Los autores del libro La Gruta Simbólica dicen de él “Maestro del Calambur y de la risa en cuya vena frívola se descubre brillantemente la más límpida fuente de inspiración y sentimiento”. Ver como evidente prueba de esta apreciación, su elegía íntima, precisamente dedicada a su amigo Jorge Pombo.

Vi en la biblioteca el óleo que lo recuerda, su casa; dialogué con sus amigos, repasé versos suyos y conocí algunos inéditos y luego cuando caía la tarde y debía regresar, fui con Lucarés al cementerio. El amigo leal guarda las llaves de la cripta. Con respeto abrió la urna y me enseñó sus huesos. Ante sus despojos lo vi quejarse callado, y con un atrevimiento espontáneo, al verlo estremecerse ante su amigo, le pregunté:

-¿Qué siente poeta? –Y me contestó:
-Lo reconstruyó todito. ¡amor!
¡mucho amor!

Era una tarde que se dejaba querer mientras la brisa movía la vieja palma del cementerio.

ANTONIO LLANOS

Nació en Cali, el 11 de Julio de 1905; y murió en esta misma ciudad en 1978.

Se inició en las letras desde muy joven, casi adolescente, dicen sus biografos. Fue director de la Revista Occidente hacia el año de 1930, “publicación que promovió una intensa agitación intelectual en los poetas y escritores del Cauca Grande”.

Dirigió el “Diario del Pacífico”, y fue uno de los iniciadores del movimiento “Piedracielista”.

En 1942, editó su libro de sonetos: “Temblor bajo los Angeles”. De él dijo Silvio Villegas que su “Principado Poético”, era indiscutible.

Otros libros suyos son “La voz entre lágrimas” (1950); “Casa Paterna” (1950); “Rosa Secreta” (1950).

El poeta Octavio Gamboa realizó una aproximación a la poesía de Antonio Llanos, que por su profundo conocimiento del autor y de su obra, deseo imprescindible presentar en este libro, en reconocimiento de los dos maestros vallecaucanos.

La poesía de Antonio Llanos, por Octavio Gamboa:

“**M**uy penoso es para mí escribir estas notas sobre la poesía de Antonio Llanos, amigo del alma y de toda la vida, porque lo hago bajo la idea obsesionante de que él no podrá leerlas. Desde hace muchos años está recluido en un hospital para enfermos mentales, y tiene perdida la memoria, la inteligencia y toda facultad creadora. No obstante creo que a veces debe ser consciente de su pobre condición, y recordar con pena el ámbito vital y afectivo que perdió para siempre. Debe dolerse, como Rubén Darío, hablando de “la pérdida del reino que estaba para mí”.

El párrafo anterior explica por qué quiero ocuparme exclusivamente de su poesía. Me parece cruel hacerlo de quien la escribió, porque la vida de Antonio Llanos es la historia de una gran frustración, de un descenso permanente hacia la nada, hacia su propia aniquilación. Así como en los códigos aparece con su respectiva pena, el delito del robo continuado, propio de cierto tipo de neuróticos avanzados que hacen del masoquismo la piedra sillar de su conducta. Ese fue, en mi sentir, el caso de Antonio Llanos. Sus sentimientos de subvaloración y de autodestrucción, que aparecían de modo cíclico en sus grandes depresiones nerviosas, le ganaron la batalla a todo deseo de sobrevivir. En su descenso él quiso llegar al hospital de caridad.

Creo que en él debemos dejarlo vivir, y morir, tranquilo. Ojalá este libro y estas notas mejoren su condición de enfermo desahuciado y que la sombra de Paul Verlaine, otro poeta que siempre buscó la protección del hospital, ayude a hacerle amable y apacible sus largas horas de soledad.

De la persona misma de Antonio Llanos digamos solamente que fue de difícil acceso por la ambivalencia de sus afectos y por los brusco pasos de la depresión a la exaltación. Si se le encontraba bajo la influencia de los signos positivos, era un hombre lleno de vivacidad, de alegría y de agudeza mental; si predominaban los contrarios, era un ser oscuro, empecinado en el dolor, apoyado y vulnerable. Lo anterior tal vez puede decirse de todos los hombres, porque esa es la condición alterna de los humanos. Solo que en Antonio Llanos tales variaciones tenían valores dramáticos. Bien pudo aplicársele el bello verso de Porfirio Barba – Jacob: “*De simas no sondeadas subía a las estrellas*”. Y así lo recordaremos siempre, surgiendo de sus propios abismos al azul indeficiente de las altas montañas.

Temblor bajo los ángeles

A pesar de sentirla tan distante, por ser la poesía mística algo cuyo interés decrece día a día, como todas las ideas y los sentimientos relacionados con la religión, debemos cuidarnos de hacer a un lado fácilmente los sonetos que formaron el primer libro de Antonio Llanos, llamado **Temblor Bajo los Angeles**. No olvidemos que cuatro

siglos después de muerto, San Juan de la Cruz fue descubierto para la poesía universal nada menos que por Paul Valéry.

Recuerdo que la aparición de **Tembloir Bajo los Angeles** fue un gran fracaso para su autor. Una decepción que tuvo mucha influencia en la conducta suya con respecto a su poesía posterior. Él pensaba que esa veintena de sonetos endecasílabos le abriría los raudales de la admiración pública; y el magro resultado de la acogida le hizo llevar una bien amarga sorpresa. Sólo un periódico de Bogotá se ocupó del libro, al acoger un artículo de crítica a su pobreza verbal y a la secuencia de las rimas fáciles.

Por los detalles exteriores, el delgado ropaje de palabras que cubre la poesía contenida en esos sonetos, no puede impedir que tratemos de ver el fondo de la misma, separando las algas de la superficie. Leamos el titulado “*Soneto a la Voz*”:

Antes que en el principio estuvo ella
móvil en el silencio de la nada.
Y fueron por la luz de su llamada
el hombre, el agua, el pájaro y la estrella.

En la boca del párvulo descuella
como el alba en el cielo derramada
y por ella en la harina inmaculada
asume el ser su forma pura y bella.

Ni tiempo, ni accidente, ni sonido
maculan las virtudes de su esencia
que no gozan ni el ojo ni el oído.

¡Solo el vuelo del éxtasis lo sabe!
y de arcángeles hierven la presencia
que en su divino movimiento cabe.

Hay que admirar en este soneto la muy fina sutileza con que se describe la creencia bíblica (hay apenas una fábula) de que “en el principio fue el verbo”, y que fue la palabra de Dios la creadora de todas las cosas. Esa

palabra existía desde el origen de la eternidad, “móvil en el silencio de la nada”. Palabra inaudible e invisible, sin accidente físico alguno: sólo en la poesía tiene forma. Y de esta idea paso Antonio Llanos a un mito superior, a creer que Dios habla por la boca de los poetas místicos.

Al tener de sí mismo noción tan elevada, le pareció vano todo lo demás. El era el Heraldo de Dios, y no le importaba la suerte de los filisteos que andaban por la calle, trabajaban, amaban y dividían entre sí humildes panes nocturnos. Esa exaltación de la condición del poeta místico fue lo que más estrellas enajenadas lo hizo visitar. Repitió, acortando camino y repudiando su carnadura de mortal, el recorrido de Dante en el Paraíso y diciéndose así mismo, con frase de San Serafín de Sarof, que la mística es el triunfo sobre el estado de criatura.

Siguiendo ese orden de ideas, bien puede decir en el soneto llamado

“Entrega del alma a la belleza”:

Filtra el silencio música divina
y la noche entregada me ilumina
sin la hermosura de este cielo vano.

Es preciso reconocer (a más de la belleza de esos tres versos) la alienación poética del cristianismo, originados en la que San Pablo llamara “*La Locura de la Cruz*”. Porque se necesita estar muy fuera de la realidad para despachar el cielo estrellado con este solo adjetivo: **vano**.

La voz entre las lágrimas

O í hacer este libro, verso a verso. Fue como si estuviera a la orilla de un manantial. Corresponde a la mejor época de Antonio Llanos, y leyéndolo revivo la dura sucesión del sufrimiento y la exaltación: era como la noche cruzada de relámpagos. Entonces el poeta no estaba destruido y era capaz de responder con versos hermosos a los amargos zumos que el desamor goteaba en sus ojos.

La voz entre lágrimas en la dolorosa despedida de un vislumbre de felicidad. El poeta sabía que de allí en adelante seguía la desolación. Y

que cruzaría solo el desierto hasta la muerte. Por eso la culminación de este libro está contenida en una de las estrofas más trágicas y más bellas que se han escrito en la poesía española:

Arriba el cielo inmenso:
 pequeñez estrellada.
 Abajo el hombre oscuro:
 pequeñez desolada,
 confundidos y pávidos
 en esta noche callan
 y cada uno al otro
 le increpa su distancia.

Antonio Llanos se hizo maestro del verso heptasílabo. Dominó por completo su leve materia. Hizo que este metro fuera igual al poeta que lo moldeaba, como en su tiempo la arcilla se pareció a Rodin. Es difícil encontrar en nuestro idioma ejemplos comparables: las siete sílabas se convirtieron en la forma normal de la expresión de Antonio Llanos, y por eso la mayoría de los poemas que componen este libro fueron escritos con una envidiable felicidad.

Algunos de ellos, es cierto, pecan de facilidad. Tal vez fueron como la arena descuidada que el poeta dejó escapar entre las manos, una manera de medir su propio tiempo, sin tomarse el trabajo de comparar desigualdades. El libro tiene un solo tono, permanente y suspirante, hondamente humano, donde un hombre se duele de todo lo perdido y se inclina en el borde quemado de la tarde.

La voz entre las lágrimas contiene también algunos pocos poemas escritos en verso de nueve sílabas, metro que Antonio Llanos también dominaba con mano de maestro. Históricamente el enneasílabo es lo más reciente de los versos castellanos: José Eusebio Caro fue el primero en usarlo. Poco a poco, especialmente por la resonancia que le dio Rubén Darío, el enneasílabo adquirió las esencias del español, como el vino

recibe el sabor de la madera que lo contiene. Nada más propio de nuestro idioma que, por ejemplo, esta estrofa de la “Elegía nostálgica”:

Eras no más ligera sombra
 ¡y te quería, y te quería!
 porque adoramos lo que pasa
 la rosa, la nube y el día.

Casa paterna

Este es el libro más heterogéneo de los que publicó Antonio Llanos. Más que libro, es una colección de poesías dispersas, escritas entre 1932 y 1934; algunas de ellas de muy poco valor, como la larga “*Balada para decir cosas del corazón*”, en la que se siente el esfuerzo por configurar la estrofa, el titubeo joven de un verso eneasílabo aún no dominado, y la búsqueda de temas que estaban muy lejos de la realidad en que el poeta vivía entonces. Poemas como ese se acercan más a la literatura que a la poesía. Y recordando la frase de Neruda, tal vez están más cerca de la tinta que de la sangre.

Pero el grupo inicial de sonetos comienza con el llamado “*Oh Madre*”, el más difundido de todos, cuyo segundo terceto dice:

Si pienso en su niñez me inunda dulce llanto
 cuando niña, quién sabe si al mirar unas rosas
 su virginal entraña sintió crecer mi canto.

Hay que decir además, que todo el soneto es bello, y que tiene esa redonda plenitud de las cosas totalmente logradas; otra virtud que debemos señalar en él es su originalidad, el distanciamiento de las primeras influencias y la segura conformación de una voz nueva, y grande, en la poesía Colombiana. A partir de la escritura de ese soneto, el poeta ya sabía dónde podía llegar, si bien sus sueños ya estaban lastrados de melancolía. “*El reloj mide el hondo cansancio de mi vida*”, decía ya entonces, en plena juventud.

En el mismo metro de catorce sílabas escribió Antonio Llanos, el grupo de poemas finales de *Casa Paterna*, que comienza por el que le da nombre

al libro, en cuartetos asonantados, de una extremada fluidez; también fui testigo del nacimiento de esos poemas, y recuerdo que uno de ellos, “*La estancia*”, me lo dictó mientras paseábamos por la Avenida Colombia, a orilla del Río Cali.

En ese lugar Antonio gustaba decir, repitiendo la expresión de Darío, que tenía “*La Poderosa*” (o sea la inspiración) y se sentía dueño único del mundo. Tenía una extraña manera de hablar, sin hacer caso de sus interlocutores, y dejándose ir tras unos temas impropios de las conversaciones ordinarias. Recuerdo que una vez, en una reunión, hizo una curiosa disertación sobre las torcazas, que eran un alado poema en prosa pero que a sus oyentes les parecía cosa de locos. Situaciones semejantes las vivió don Alonso Quijano a lo largo de toda su historia y hacen parte del obligado tributo que la poesía tiene que pagarle a la falta de razón, y en último término, a la demencia.

En Alejandrinos escribió Antonio Llanos algunos de sus más bellos versos aislados, como éste, referente a la luz: “*Dios te hizo cantando como se escribe un verso*”.

Rosa Secreta

Rosa Secreta: qué bello título para un libro de versos. Este se compone de dos partes: una treintena de sonetos místicos, y el largo poema (dedicado a quien escribe estas notas) escrito en liras, y titulado “*Evasión del hombre*”. A más de ser místico, toda la poesía de este libro tiene otra raíz que une, bajo tierra de lo consciente, todos los poemas; es la tragedia del desamor, la pérdida del ser amado, y con ella, como ya lo dijimos, la única esperanza de felicidad que en toda su vida vislumbró el poeta.

Los sonetos místicos de Rosa Secreta son, indudablemente, los más bellos que en su género se han escrito en Colombia. Su lectura sin interrupciones deja la engañosa sensación de un mismo poema repetido, y también la impresión de que el drama del hombre ha sido proyectado a la bóveda celeste; o sea que les falta una honda convicción religiosa, ya que los problemas humanos se tratan en otro sistema de coordenadas, dejando la evidencia de los símbolos freudianos como prueba del amor

terrestre. Tema muy difícil de tratar es éste, no solo en Antonio Llanos sino en casi todos los místicos de todas las religiones. Pero lo que importa, en primer lugar es la belleza de la poesía. Veamos uno solo de estos sonetos, el llamado “*El Soneto del Instante Fecundo*”:

Fueron entonces las perdidas rosas
y antes de su existencia, la hermosura,
y así fue la mañana frente pura
y la luz madre virgen de las cosas.

En el aire un vapor de mariposas
probó en dormida miel otra dulzura
y el hombre con la sangre hacia la altura
ardió todo en las manos luminosas.

La noche de repente comenzaba
bajo el oscuro fondo de mi sueño
en la ceniza de la luz quemada

Volví al momento de belleza oscuro
y de la infancia de la lumbre dueño
súbito el corazón abrióse puro.

Qué difícil es seguir el pensamiento poético en estos catorce versos, y más difícil aún, tratar de simplificarlo o aclararlo en la prosa sencilla de la conversación ordinaria. Yo diría que los cuartetos tratan el tema de la creación según el Génesis, con el más alto idealismo platónico; la materia surge de la mente de Dios. Pero la intervención del poeta, su experiencia personal ante la creación, esbozada en los tercetos, es algo misterioso e inefable. ¿Y no será verdad que todo poeta digno de perduración, tiene que dejar tras sí no uno sino muchos misterios por descifrar? ¿No se requieren miles de libros para compilar las discusiones sobre los enigmas de la Divina Comedia?

La verdad es que este soneto tiene una secreta belleza que resalta, como lo hace la espuma en la cresta de la ola, en algunas de sus imágenes. Qué bello es decir que la luz es “*madre de las cosas*”, qué exactitud, qué

hallazgo el de este verso elemental. Y qué hermosura la descripción de las gracias que se daban en el Paraíso:

Y el hombre con la sangre hacia la altura
ardió todo en las manos luminosas.

Los sonetos de Rosa Secreta tienen un mismo nivel de perfección. Sin embargo, hay que señalar otro vértice de la poesía, en el terceto final del “*Soneto de la noche plena*”.

Y cuando bajo hasta el herido coro
ven los astros perplejos un oscuro
descendimiento de ceniza y oro.

Evasión del hombre

Este es un largo poema místico, escrito en liras, y por lo tanto, muy próximo a la “*Ascensión el Monte Carmelo*” de San Juan de la Cruz. Tiene algunas estrofas de muy lograda belleza y muchos versos aislados que son ejemplo de la perfección formal que había logrado el poeta en la tercera década de su vida, cuando escribió “*Evasión del Hombre*”. Sobre él me voy a permitir una divagación en predios de la psicología de las profundidades.

Siempre he creído que en esta clase de poemas no hay una ligazón clara y consciente de una estrofa con las siguientes. Me explico: en la poesía épica o narrativa las estrofas se suceden de acuerdo con los hechos descritos, tienen una especie de compromiso con el tiempo histórico en que ocurren los sucesos. Pongamos el ejemplo de las Octavas reales de don Juan de Castellanos o los de Julio Arboleda en su “*Gonzalo de Oyón*”. En ambos casos existe una obligación descriptiva que obliga el encadenamiento lógico de las estrofas.

En un poema puramente lírico, como “*Evasión del Hombre*”, esa obligación lógica no existe. Al terminar una estrofa, el poeta tiene entera libertad para escribir la siguiente. De esta reiteración de libertades resulta algo muy semejante a la llamada “*Asociación Libre*”, que hace posible el psicoanálisis.

Teniendo en cuenta que una sesión de psicoanálisis (en un paciente que ya haya conseguido la meta de la asociación libre), no es otra cosa que una fantasía inconsciente, creo que en un poema como el que tratamos se encuentra un resultado muy semejante. Como cada estrofa tiene su idea matriz, su palabra clave, o su símbolo evidente, se convierte en un elemento de la fantasía inconsciente, que es muy fácil de trazar en “*Evasión del Hombre*”.

Hablo de estrofas, porque ellas marcaron los mitos de la libertad creadora. Una vez iniciada la lira, como es nuestro caso, el poeta pierde esa libertad: está ya sometido a la cuadrícula de las rimas, las distintas longitudes del verso, la abolición de las asonancias, en fin, todas las normas que él mismo eligió al hacer la escogencia de la estrofa. Terminada una estrofa, se abre de nuevo el abanico de caminos que el poeta esta en libertad de seguir, y el libre ejercicio de este juego produce, inevitablemente, la fantasía inconsciente que un lector avisado puede percibir, no sólo en este, sino en todos los poemas semejantes.

Ahora bien, en este caso me detiene el hecho de sentirme en falta, mirando las cartas que el poeta pretende en vano ocultar. Internarse sin permiso en el cercado ajeno es una falta contra la ética. Pero quisiera dejar, aunque fuera un poco en el aire, esta hipótesis para que los profesionales o los aficionados de las doctrinas freudianas puedan abocar la pequeña (o grande) aventura de este tipo de interpretación, de indudable interés.

La madre muerta

Fue éste el último libro que escribió Antonio Llanos, poco tiempo después de la muerte de su madre. Recuerdo muy bien las circunstancias en que nació este agobiado conjunto de belleza. El poeta estaba recluido en la clínica psiquiátrica de un médico español que le hizo un fallido intento de Psicoanálisis. Después de este episodio la caída vertical de la salud del poeta ya no se detendría; de la clínica pasó a una pequeña casita de su propiedad situada cerca de la estación del ferrocarril, en un barrio humilde, en donde muy pocos amigos lo

visitábamos. Y de ese lugar pasó a la reclusión definitiva del asilo de San Isidro, en donde está en el momento de escribir estas notas.

“*La Madre Muerta*” es un libro paralelo, aún en el título a “*La Madre Inmóvil*” de Amado Nervo. Si es evidente la similitud, más aparente que real, en ningún caso puede hacerse el cargo de imitación y menos aún de plagio.

Todo poema tiene su predecesor: la absoluta originalidad es imposible, y en el caso de Antonio Llanos, su capacidad creadora casi siempre necesita una previa “incitación” exterior. A pesar de que numerosos poemas suyos tienen un origen fácil de trazar, la obra poética en su conjunto tiene la inequívoca marca de su personalidad, de su propia manera de expresarse, y de ahondar en su propia experiencia en busca de una forma que sólo a él perteneció.

En este libro esa forma comienza a romperse, como en la búsqueda final de la liberación, se alteran la métrica, la rima, la repetición de la estrofa deja de existir.

Señalo estos cambios porque los encuentro muy seleccionados, con la misma salud mental del poeta, muy próximo al deterioro final. Es posible que las alteraciones se deban también a la influencia del libro de Nervo, quien ya estaba en el trance de torcerle el cuello al cisne “*de engañoso plumaje*” de Rubén Darío.

Pero todas estas consideraciones son menores si se tiene en cuenta el fondo de la cuestión, la gran poesía que nació de un desesperado e inundó de belleza un libro extraordinario. Para mí tengo que el poema “*Si no fuera por Tí*” es el más bello de toda la obra de Antonio Llanos.

Dice así:

Si no fuera por tí, las cosas no tendrían
esa vaga ternura, esa luz de penumbra.
Si no fuera por tí, esta melancolía
de soñar y llorar no fuera la dulzura.

Si no fuera por tí, ¡oh muerte!, cuántas cosas
inadvertidas fueran.

Otorga tu silencio soledad a las rosas.
Por tí los ojos míos en el lucero esperan.

Si no fuera por tí, qué triviales serían
el amor y las manos que se unen, amor;
y qué triste también el sol de cada día
si en la tarde no hubiera muriente resplandor.

Si no fuera por tí, el amor no tendría
tanta dulce ternura, tan firme retener
de las cosas que amamos: nube, flor, poesía
!y este divino atardecer!

Solo un gran poeta lírico, después del descenso del monte nublado del misticismo, puede escribir versos tan hondos, tan bellos y tan sencillos. Sólo para él la muerte tiene el valor de exaltar la hermosura de las cosas pasajeras que nos rodean; sólo la muerte le da al amor su dimensión de eternidad, alejándolo de lo trivial; sólo la muerte del día hace divina la hora del crepúsculo.

En poemas como el transcrito es donde Antonio Llanos se nos muestra como un gran creador de belleza. Ha dominado las palabras. Su expresión no tiene secretos. Se ha alejado de toda vanidad. Está muy lejos de inscribir su alma en la rigidez formal de un soneto. Es como si se hubiera soltado del pie el grillo de la gravedad, que violenta al hombre contra la tierra. Además siente muy próximo su fin, al que se acerca conscientemente. Sabe que nada lo curará, que nadie lo detendrá en su descenso. Y antes del gran silencio dice su entera verdad, porque sabe que después será cubierto por afectos terrestres, oye muy próxima la marca de la nada. Y en medio del silencio de la tarde que cae, comienza a oír el palpar de las estrellas” (Bogotá, Octubre de 1978).

¡Oh madre!

Brinda arrullo y regazo como el árbol y el ave
a la desolación de mis días aviesos.
La miel de sus palabras desciende hasta mis huesos
con el blando rumor de una lluvia suave.

En su mirar profundo puso Dios con la clave
de la vida, honda urna de castos embelesos.
Se hace pura mi carne al calor de sus besos;
su plegaria es la estrella que dirige mi nave.

Me ha dicho alguna vez que fue triste su infancia,
!yo nunca le pregunto por las antiguas cosas!,
mas a su voz mi espíritu se llena de fragancia.

Si pienso en su niñez me inunda dulce llanto;
cuando niña, !quién sabe si al mirar unas rosas
su virginal entraña sintió crecer mi canto!

Melodía arcana

El soplo de frescura que desenvuelve el río
apacigua el ardor del agreste bochorno
y el numen melodioso que vigila el contorno
dialoga con el alma vegetal del plantío.

La abeja rompe el seno musical del estío,
con fulgores metálicos brilla el celeste horno
y en un cantar distante se insinúa el retorno
de la noche que infunde su misterio al bohío.

En núbil onda el viento sobre la flor se mece,
el rumor de las ráfagas en los árboles crece,
palmera, viento, río definen su armonía.

Y en los leves acordes del silencio suave
es tan hondo el suspiro de los montes y el ave
que Dios oye en el campo su propia melodía.

Canción para decirla siempre

Allí donde todos dicen
que el corazón es espina,
en donde la misma sangre
no oye el rumor de la vida,
olvido, si no lo sabes,
!allí la tengo escondida!

Canción casi sin palabras

!Tú, amor, no estás aquí...
y ya tu voz es polvo!
Sonido de la tierra
y polvo, polvo, polvo.
Aún oigo en mi sangre
tu recuerdo remoto.
!Los ríos siempre duran
y pasan poco a poco!

!Ay, yo también camino
entre luceros hondos
y la sal de mis lágrimas
es todo mi tesoro!

La lluvia, cae, cae.
!Mas he muerto en los ojos!
Para qué las violetas
y las tardes de oro,
para qué el corazón
si tu cielo es de otro.

Del otro, el enemigo,
!el tiempo rudo y loco!

Donación

Tomad ahora rosas
vuestra miel en mi acento,
porque esta misma noche
talvez no esté despierto.

Tomad mi corazón
tan parecido al vuestro:
luz entre las espinas
y panal más adentro.

A vuestro oído os digo
cómo fue mi silencio,
pero guardadme, amigas,
este último secreto...

Elegía trémula

Qué pronto ya en el aire
las cálidas palabras
como si nunca hubieran
callado entre las lágrimas.
Qué pronto este silencio
de los que otra vez aman
y de nuevo el olvido
les llena toda el alma.

Qué pronto fue el olvido
con su congoja vaga
y este tenaz empeño
por recordar su habla
y lo que no se olvida:
la secreta mirada.

Ahora que descende
esta tarde dorada
pienso que solo fuiste
una antigua balada
que aprendí de otros labios
que quizá me adoraban...
y un poco de ceniza,
de bruma y de nostalgia...
un poco solamente
!porque no queda nada!

Elegía Sollozante

Estrella que vi un día
soñando entre mi infancia,
con las sienes hundidas
en las manos de ámbar,
que en remotos países
de nieve y de nostalgia
te duermes a su lado
o le turbas el alma,
cuéntame si me quiere,
si es verdad que me ama,
como me amó esa tarde
en que tu honda mirada
nos sorprendió besándonos...
¡y no dijiste nada!

Estrella que en la noche
por mi sombra habitada,
junto al hombre que sufre
arrimado a su lámpara,
velas el seco llanto
de la vidas quebradas,
única luz que insiste
cuando todo se acaba,
si me ha olvidado, cállate
no quiero saber nada.

Estrella que en la hora
de su partida aciaga
alumbraste un clamor
de hieles reventadas,
oh lucero impasible
que no sabes de nada,
cómo es de triste verte
en la propia mirada.

El torrente salino

de los ojos me empapa,
Quizás cierre la muerte
otra puerta cansada,
quizás en esta noche
descuaje la montaña,
tal vez me sienta tuyo...
¡yo que ahora soy nada!

Arriba el cielo inmenso:
¡pequeñez estrellada!
Abajo el hombre oscuro:
¡pequeñez desolada!
confundidos y pávidos
en esta noche callan
y cada uno al otro
le increpa su distancia.

Yo sé que en las represas
soledades del alma
envejece una estrella
que casi es una lágrima,
yo sé que estoy más solo
que un dolor sin palabras,
que un niño a la intemperie
y una noche sin lágrimas.

Ahora apaga el viento
mi silencio de llamas
y a mi clamor responde
la boca de la nada.
Pregunto cómo fuiste
y los muertos se callan...
pavesa de mi amor,
ceniza de mi entraña,
contra el misterio grito
y de nada sé nada.
Pero sé cómo fuiste
porque sé de mi alma.

OCTAVIO GAMBOA

En 1981, al publicar “Regreso al Valle del Cauca” y “Poemas de Viajes”, dio la siguiente noticia de sí mismo: “Nací en el cerro de Los Cristales, al occidente de Cali, el 31 de diciembre de 1923. Bachiller del Colegio de Santa Librada. Ingeniero Civil de la Universidad del Cauca. Hice estudios de especialización en París. Trabajé en la construcción de la Central Hidroeléctrica de Anchicayá; después, durante diecisiete años, para el Lloyd’s Register of Shipping; y durante otros diez (...) a los japoneses. En 1.980 regresé a mi montaña original y en ella escribí este libro.

Es mi tercer libro de versos. Los anteriores son “Canciones y Elegías” (1963) y “La voz que llega del misterio” (1977). El próximo se llamará “La luz del mediodía”. Yo soy lo que son mis poemas, y lo que diga sobre ellos no tiene importancia: ni me aumenta ni me disminuye.”

Es grato y triste ver un amigo en una estatua.

De Octavio siempre me llamó la atención su silencio de orfebre, su callada solidaridad, su distancia del ruido. La afinidad en la admiración por Antonio Llanos. Su sencillez lo llevó a excluirse en su antología de la poesía en el Valle del Cauca. Era feliz en el Mameyal, entre carboneros y árboles nativos, junto a su perro, columbrando las distancias.

En 1995, en el cementerio Internacional de las estribaciones de esto telúricos Farallones de Cali, lo despedimos dejando caer al atardecer unos cuantos pétalos sobre su túmulo.

Vuelve el amor y necesito estrellas

Vuelve el amor y necesito estrellas,
 requiero la asistencia de la rosa,
 necesito tu mano, compañera.

Vuelvo al mundo precario que tenía,
una sola canción con que libraba
combate con el polvo y la ceniza.

Todas las que olvidé palabras leves,
necesito que vuelvan a mi boca
y repitan su música en mis sienas.

Necesito el auxilio de las cosas
que el hombre solo llama cuando ama:
los jardines, la tarde, la amapola.

Algo que me soporte cuando siento
que el corazón se muere y que la vida
se fuga en las canciones y el aliento.

Necesito el apoyo deleznable
que al silencio le ofrece la campana
que se murió de amor entre mis dedos.

Necesito que solo la ternura
me devuelva la fe que yo tenía
en la sombra voluble de la luna.

Necesito ordenar de nuevo el mundo:
hacerlo depender de una mirada:
solo en su luz descansará seguro.

Deseo hablar a solas con el viento
y mostrarle mis manos con las huellas
que me dejaron los primeros besos.

Vuelve el amor y necesito estrellas
que soporten mi dura desventura,
que me acompañen cuando voy a solas
llevando de la mano la hermosura.

La llamada

He recibido una llamada.
Alguien el hombro me tocó.
La casa estaba iluminada.
Pero sé que alguien me llamó.

No fue grito, no fue sollozo,
ni rumor, ni silbo, ni nada.
Ni ruido de piedra en el pozo.
La casa estaba iluminada
y alguien el hombro me tocó.

Sentí la orilla de la muerte,
su silencio de mar calmada.
Me volví en vano para verte.
la casa estaba iluminada.
Y el corazón se ensombreció.

Final

De vida y muerte, Amor,
todos estamos hechos
así como la música
de sonido y silencio.

De mentira y verdad
así como los sueños,

de lágrima y sonrisa
de sonido y silencio.

De mentira y verdad
así como los sueños,
de lágrima y sonrisa
en oleaje alterno.

De luz y sombra somos,
nos vamos repitiendo,
somos días y noches
efímeros y eternos.

Y como el agua somos
de la tierra y el cielo
y como el aire, Amor,
unidos y dispersos.

La mano

Vi el agua rizarse
sin razón. El tiempo
estaba dormido.
Ladraron los perros.

Oí que se hacía
más hondo el silencio
como si lo hubieran
pintado de negro.

Sentí que oprimía
mi hombro derecho
la mano de nadie,
la mano del viento.

Los amantes

Si por una ventana alguien se asoma
y mira nuestro amor
y si abrazados nos encuentra un ángel
y si se nota que la luz va y viene
de corazón a corazón.

Si sorprenden tus manos en las mías
y mi alma enredada en tu sonrisa
como una veranera en tu balcón
y si es el alba o el atardecer
el rojo resplandor que nace o muere
al este o al oeste del amor.

Si alguien llega en las plantas de los pies
y cruza el aire azul donde soñamos
y estamos tú y yo
bebiendo vino rojo y sonriendo
y oímos a lo lejos un rumor
(tú piensas en el mar y yo en el viento)
y el mar y el viento somos tú y yo
y entre el viento y el mar todo el amor...

Atardecer

La batalla que el tiempo nos gana cada día
la comprobamos al atardecer
cuando el viento nos dice con suave melodía
que muchas hojas muertas lloraron al caer.

Entonces nos invade honda melancolía
que diluye el recuerdo de un rostro de mujer
y la primera estrella, como la poesía,
otra vez iluminada lo que quisimos ser.

La batalla que el tiempo nos gana cada día
comienza al despertar, con el amanecer,
y termina en la orilla de la noche sombría.
Una campana dice que no hay nada después.

Hay un combate rudo perdido en cada instante.
La rosa nos repite que morirá también.
Todo lo que el silencio agrega al caminante
lo comprobamos al atardecer.

La roca

Cuando yo sea igual a la roca que alzo
y que debo subir a la escarpada cima,
cuando yo participe de su naturaleza
y que remotamente sienta mi infancia ígnea.

Cuando con ella rueda de la nieve al abismo
y seamos la misma sustancia en la caída:
granito gris, pórfido rojo, duro anfíbol,

o talvez cuando vuelva humana la diorita.

Cuando los dioses vean que es tan solo uno
el que sube y desciende sin temor y sin prisa
de la más alta y roja exaltación creadora
a la oquedad sin fondo de la melancolía.

Cuando el cielo se canse de repetir estrellas
y nazcan nuevos astros al fragmentarse el día
yo, Sísifo, estaré con mi roca en el hombro
iniciando en silencio otra sabiduría.

El paisaje

De tanto mirar nubes cambiando de colores
en los atardeceres apacibles del valle,
de tanto ver la luz rosada en el nevado,
lentamente el anciano se convirtió en paisaje.

Se despidió confuso de todos sus amigos,
dejó razones vagas para sus familiares,
quemó cartas que un día olieron a violetas
y se integró al proceso secreto de la tarde.

En la muerte de mi perro

En su casita del jardín
amaneció muerto mi perro.
Nueve años me acompañó.
Era mi sombra y mi silencio.

Aprendió pronto que yo callo
ante el rumor del firmamento
y formó su cosmos de olores
redondo, mínimo e inmenso.

Hondo a los ojos me miraba
y comprendía mi secreto.
Hay una sabia ligadura
entre los hombres y los perros.

En color de miel salvaje,
siempre humilde, nunca altanero,
y prolongaba mis sentidos
en los pastales y los cerros.

Caminaba siempre adelante,
ojo alerta y hocico enhiesto
y recogía en las orejas
lo que en los ruidos hay de cierto.

Porque en el campo hay que saber
descartar la farsa del viento
que mueve ramas con malicia
en disfraz de venado aéreo.

Cuando lo vi muerto volví
a creer en el padre Zeus
o en algún dios sencillo y mixto
para hombres y para perros

que guardara mi noble amigo
en un Edén verde y eterno
donde más tarde yo encontrara
mi sombra viva y mi silencio.

Sonata pastoral

Esta Sonata Pastoral me llega
de fruto más hondo
cuando los hombres hayan recreado
la vida en un paisaje luminoso.
Cuando el mundo concuerde
con lo que sueñan todos:
la rosa con la mano de la amada,
el viento con la forma de la vela,
el vino con la sed,
el campo con la lluvia
y el mar azul con el ocaso rojo.
Cuando todo poeta oiga una fuente
que le cante al futuro más remoto
y árboles sembrados por su mano
alcen para brindar sus copas de oro
a la hora del alba
cada día más bella para todos.
Cuando el amor y el pan no se separen
y cuando la Sonata Pastoral
distribuya su trigo de tal modo
que ningún hombre sobre el mundo
pueda sentirse dolorido y solo.

Sabiduría

Un solo verso es necesario
para toda la poesía:
el bosque inmenso está completo
en un puñado de semillas.

Como una amada interminable
en un beso cuenta su vida
y la mano abierta del alba
nos dice cómo será el día.

Yo sé cómo serán los ríos
por el arroyo en que principian
y por las piedras de su cauce
cómo será su melodía.

Presiento cómo será el vino
por lo que la uva me diga,
por la lluvia, el viento y la luna
en el tiempo de la vendimia.

En las barbas de los abuelos
está la blanca biografía
de los distantes descendientes
dicha en palabra de neblina.

Me lo dijeron las estrellas
en la niñez: la poesía
que será música primero
después será sabiduría.

LOS POETAS DE LAS PLACAS

Cornelio Hispano

Mario Carvajal

Adolfo Valdés

Los Gamboa:

Isaías y Mateo

CORNELIO HISPANO

Ismael López, su verdadero nombre, nació en Buga en 1880 el día 10. de Noviembre. Murió en 1962. Abogado, diplomático, fundó la revista “Trofeos”. El escritor y periodista caleño, don Jorge Zawadzki, anotaba: “En sus poemas -ya agrupados en tres hermosos libros- rebosa el clasicismo helénico, la blanda sugestión de las leyendas bíblicas y las reverberaciones quemantes del trópico”.

El maestro Rafael Posada Franco, en su libro “Comarca Lírica” (1954), citando a Baldomero Sanín Cano anota, recalcando el lugar del nacimiento de Hispano: “Cornelio Hispano es originario de Buga. Importa señalar la ciudad natal. Toda la obra poética de Hispano descubre las influencias de ese plácido ambiente sobre su corazón y su cerebro. El paisaje del Valle lo persigue en sus peregrinaciones por la corteza terrestre, y en sus excursiones de erudito al través de los tiempos. Buga delimita para él, en curvas y cifras armoniosas, la noción de la vida. Vuelve a ella los ojos cuando piensa en Renán. La ciudad de Is reproduce en el ánimo de este sabio cantor de los centauros y de la vida del desierto, en tiempos de Jerónimo, los campanarios de Buga y la piedad de los labriegos vallecaucanos”.

Y continúa el maestro Posada refiriéndose al poeta de Buga en un interesante ensayo que nos parece conveniente transcribir, para dar una semblanza más completa: “Cornelio Hispano es un hijo del Valle del Cauca y en su obra se refleja la hermosura total del paisaje paradisíaco. Su amor por la tierra natal, su predilección por los temas elementales del hogar y las cosas que nos rodean, su gratitud para los seres queridos, su sensibilidad de campesino elógico, lo acreditan ciudadano cierto en el Universo de Isaacs. Hispano no busca empolvados pergaminos que le den o resten brillo a su personalidad. Se sabe cuanto vale por su sencillez y su amor a la belleza. En las cosas inefables de lo Bello encontró su dominio y gobierna con pulcritud el cetro de la poesía. De una austera sencillez republicana son estas palabras de Hispano: “No creo que entre los antepasados de esos hijos de Galicia y de Navarra hubiera habido santos, reyes, grandes de España, ni siquiera caballeros andantes, pero estoy

seguro de que sólo fueron campesinos, pescadores y cazadores que hablaron galaico y vascuence, y así nunca se me ocurrió plantar en mi jardín un árbol genealógico. Soy un retoño de esos labradores, lo que fui siempre: un labrador en el silencioso campo de mi heredad y en el de la cultura humana, un pastor de sueños infantiles, un jardinero que cultivó su jardín”.

La prosa de Hispano es diáfana. No hay en sus palabras rebuscamiento ni cosas absurdas. Es una fuente pura, un hontanar humilde pero que vierte cristalinas aguas. Sus citas en idiomas universales, -griego, latín, francés, alemán, etc-, no muestran pedantería ninguna, sino por el contrario, revelan la universal cultura del esteta y del maestro.

La contemplación de la naturaleza es su deleite supremo. No cree en absurdas filosofías abstractas ni en la filosofía de la razón pura, que estima utópicas y conducen al absurdo, a la demencia o la superstición. Gusta de las cosas directas y positivas, “carne de las cosas”, “eterna maestra de verdad y de sabiduría”, “Filosofar, es, pues, -dice Hispano- arruinar la espontaneidad, la naturalidad, la ingenuidad, que son energías creadoras. Los filósofos son serios y tristes, no saben sonreír, y la sonrisa es amor”.

El amor es uno de los puntos básicos en la vida de Hispano. La vida sin amor no la concibe el poeta y sienta el postulado **el hombre vale por su corazón**. El amor es una parábola de total energía y descarta la tristeza de su vida y le parece absurda en la vida de los hombres. La divina alegría preside todos sus pasos y él se complace en cantarla en las cosas más triviales.

Pero el amor y la belleza serían cosas vanas en el poeta si éste no rindiese culto total a su majestad la libertad. Hispano la define como postulado de toda actividad creadora y agrega: “**lo liberal** por excelencia es la cultura del espíritu, la nobleza del corazón, la independencia del juicio”.

Es sorprendente y maravillosa la vida de este poeta virgiliano. Canta todas las cosas que le rodean con la más sencilla espontaneidad. Los años no lo llevan a odiar las innovaciones presentes. Es un hombre que vive y progresa con el devenir y acepta sus reformas, muchas veces absurdas.

Hispano siente por la música embeleso y deleite. Afirma su espíritu “flora en la música como el de Baudelaire en los perfumes”. Espíritu refinado, mente sana, corazón de niño, alegría en el amor y tácita emoción ática conjugan la vida sosegada de este hermano de Apolo.

Más de cuarenta años lleva Cornelio Hispano dedicado a las bellas letras. En 1910 publicó “EL JARDIN DE LAS HESPERIDES”. Todo en él evoca los encantadores tiempos idos: sonetos pastorales, églogas tranquilas, héroes de Homero y de Virgilio, dioses del Olimpo y una sabia de paz que incita a vivir en los campos, a la orilla de un río trovador, con una ninfa por compañera, una flauta para hacer coro a las cigarras, un árbol añoso, un rosal y una vid...”.

“EL CENTAURO” es el poema más meritorio de este libro y su valor ha sido destacado por excelsos críticos de América. Los sonetos “La vejez de Sileno” y “Sobre la Muerte de Aminto” se nos hacen magistrales por su corte clásico y por la tremenda alegría última del sátiro cuando la realidad le niega sus mieles “pero las ninfas más bellas le ciñeron de rosas”.

En “ELEGIAS CAUCANAS”, 1912, (París, Paul Ollendorff), reunió páginas y poemas emotivos dedicados a su valle inolvidable. El ensayo dedicado a Rivera Garrido es de honda impresión lírica. Las elegías y demás poemas del “Primer Amor”, son sentidas. “Tierra del Alma” se infiltra en el corazón; en “Noche de Luna” y “Chimbilaco” nos devuelve a la primera edad:

**“La luna era el día; los ágiles niños
llenaban de cantas y risas la calle.
Cerca, hecha unas pascuas, y toda cariños,
la abuelita blanca, como los armiños,
y, lejos, el vasto silencio del Valle.
–Chimbilaco, que te coge el día!
–A que no me cogerá”**

El recuerdo de la escuela, la evocación de los conciertos campestres, son sublimes. Su composición “El sol de los venados” es tan viva que podría

al lienzo trasladarla el artista sin siquiera conocer el paisaje que nos inunda de belleza perennemente. “El Borriquito Blanco” es leyenda sagrada del “Charco del Burro”, “El Laurel Viejo”, es poema filosófico. El “hombre podría ser el laurel envejecido, en cuyas ramas secas cantaba una cigarra”.

“Bajo la Nave de Notre Dame” y de preferencia, “La ciudad de Is” de Ernesto Renán, es composición superior donde las potencias del alma del autor fueron puestas en servicio permanente:

**“Una de las leyendas familiares
en Bretaña es aquella de una antigua
ciudad de Is tragada por los mares**

.....
**Siento que en los abismos insondables
del corazón, yo tengo también una
ciudad de Is, lejana y fabulosa,
cuyos santuarios sepultados luchan
por renovar sus ritos inefables,
y cuyas melancólicas campanas
aún repican llamando a los oficios
a fieles de otra edad que ya no escuchan”.**

En “Gavillas de Oro” se pregunta si cree en Dios. Lo nombra siempre con el respeto debido a los seres que no conocemos, y rubrica su poema con un cuarteto indiferente, propio de un hombre descreído pero bondadoso:

**“Mas que exista o no exista, qué me importa,
si era tan buena la iglesita aldeana,
y tan alegre el son de su campana,
y la vida es tan triste, y es tan corta!”**

La Egloga Fluvial sobre el río Cauca tiene tanta fuerza descriptiva que nos sentimos en el río navegando, en sus canoas pesqueras, aprisionando en los anzuelos de la pupila dilatada mil paisajes de nuestro valle ubérrimo. Y “Tierra Caucana”, el último poema, reúne todas las bellezas, todos los paisajes; hace uno sólo el embrujo y en una sola mujer de perfil

judío y de cabellera partida en dos, muestra la belleza y castidad de todas nuestras mujeres y en el cuenco de la mano temblorosa por el beso del lucero toma el agua pura de nuestros ríos sacros: el Zabaletas, el Amaime, el Guadalajara, el Cauca!

“EN EL PAIS DE LOS DIOSES” Hispano es el hombre apasionado por los viajes a través del mundo. Sus relatos son amenos y “En el País de los Dioses”, Grecia, la brillantez del estilo y la emoción del peregrino, adquieren el éxtasis superior de las cosas inefables. Este libro tiene el sabor ático de las abejas del Himeto y el encanto y majestad de la Acrópolis, deslumbran en la severidad de sus columnas soberbias. El escritor se nos muestra pagano, terriblemente pagano en sus apreciaciones religioso-filosóficas, pero a fe que cuanto escribe es la verdad, dichosa soberana de los hombres libres.

Entre los hombres que en América y fuera de ella han consagrado sus mejores producciones a exaltar la vida maravillosa del máximo campeón de la Libertad, Bolívar, figura, en lugar prominente, Cornelio Hispano. “EL DIARIO DE BUCARAMANGA”, publicado por primera vez, con una introducción y notas, en 1912; “BOLIVAR Y LA POSTERIDAD”, en 1922; “EL LIBRO DE ORO DE BOLIVAR”, en 1924 también, y “LOS CANTORES DE BOLIVAR”, en el centenario de su muerte (1930), nos dicen claramente de su viva devoción por tan notable capitán.

Como historiador, Hispano marca huellas profundas en la vida civil de nuestro país. Como biógrafo de Bolívar, es escritor veraz y si es verdad que nos entrega, con amor patriótico, al dios tonante de las batallas heroicas, a quien todo un continente coronó de frescos y merecidos laureles, no es menos cierto que también nos entrega al hombre con sus flaquezas terrenales en cuadros patéticos de humanidad total. Y esto en nada desdice del hombre superior. Si algo amamos en un hombre es el varonil gesto ante la hembra, la conquista imposible, el goce deleitoso en alcobas perfumadas. Y ningún humano saboreó más intensamente la vida como Bolívar en las lujosas, y principescas recámaras de la Quinta histórica. En ellas el héroe extinguió su potencia física y se extraviaron, para desgracia de América, sus pensamientos de gobernante. En los libros de Hispano, dedicados a Bolívar, aprendí más historia patria que en los textos oficiales. Bolívar, epicuro, como Renán o como Goethe, tuvo en su

vida maravillosa la locura delirante del amor. “EL DIARIO DE BUCARAMANGA” y “LA VIDA SECRETA DEL HEROE”, publicados por Hispano, señalaron caminos ciertos en la procelosa y proteica actividad del mancebo Libertador.

“KERILOS”, la última obra de Cornelio Hispano, representa para mí un templo ateniense donde la belleza, el amor y la alegría, son sus dioses tutelares. Es un libro maduro, escaso en nuestros medios. Su lectura no fatiga y conforta el espíritu la frecuencia de sus páginas diáfanas. En “KERILOS” mi Valle natal está tal cual es, bañado por ríos de clarísimas aguas, en donde nuestras mujeres y hermanas lavan diariamente su corazón; el paisaje emborracha la pupila del viajero y el amor alumbra en los alfileres dorados de las zagalas en flor. Hispano se complace en volver a mostrarnos todo el encanto que la naturaleza volcó en nuestro pedazo de tierra paradisíaca. Nos lleva de la mano a la casa de la Sierra, “edén vivo de la América y del mundo”, y con la dulzura de un pastor tañe su caña eglógica. La imagen de María aparece en alba túnica de inocencia y un sol radiante juguetea con sus cabellos de oro en toda la extensión de la tierra isaacsiana.

Pero es el mismo Cornelio Hispano quien, en la Introducción de “KERILOS”, nos enseña el contenido de sus páginas:

“KERILOS” es un libro madurado al sol matinal del optimismo. Es la obra de un peregrino apasionado de regreso de su largo y encantador viaje por la vida que, sentado al amor de la lumbre, narra maravillosos, pero verídicos cuentos con el candor de quien deshoja los tiernos pétalos de una rosa. Conoció el país del árbol que canta, del pájaro que habla y del agua de oro, y un día sorprendió a las Sirenas bañándose en las ondas azules...”

Libro superior, breviario de alegría, panacea de espíritus radiantes, cántaro vivo de amor, vino deleitoso en manteles áticos, los mortales guardarán sus páginas a las generaciones por venir.

Hispano, es, en síntesis, uno de los más notables escritores colombianos de la época actual, y su obra extensa y orgánica, ha sido elogiada, en cláusulas impecables, por Guillermo Valencia, Baldomero Sanín Cano,

Eduardo Castillo, Víctor M. Londoño, Rufino J. Cuervo, Rubén Darío, José Enrique Rodó y por muchos otros valores de merecida alcurnia. Juana de Ibarbourou, por ejemplo, le escribe: “¿Por qué no se viene usted en avión un día? Lo recibiríamos como a un Rey. Véngase usted a respirar nuestro hermoso estío, usted tan griego, tendría el más fantástico recibimiento de rosas que bien se lo merece su talento...”.

El sol de los venados

Reposa el monte y la campiña, y corre
el río bajo el puente, balbuciendo;
tiñe de rosa el sol lejana torre,
y por el campo el buey pasa mugiendo.

Tardos y silenciosos campesinos
descienden de la sierra; duerme el viento
y los añosos bosques vespertinos
parecen exhalar como un lamento.

Las muchachas del pueblo que en la fuente
hunden sus rojos cántaros, medrosas
miran, bajo los árboles del puente,
temblar la onda en floración de rosas.

Suena en el aire místico tañido...
Y el poeta, en la playa solitaria,
de cara al sol, escucha enternecido,
como un sueño de amor, esta plegaria.

Es la hora en que dejan la espesura
y vienen a pacer a los collados,
y a triscar, como en tibia onda pura,
en el sol de la tarde, los venados.

El atleta

Yo ví con estos ojos mis cabellos
manos patricias coronar de rosas,
y los labios suavísimos en ellos
posar, bajo los pórticos, las diosas,

cuando, del vivo sol a los destellos
hacia Delfos tornaban victoriosas
albas cuadrigas de enarcados cuellos
como las de la aurora, esplendorosas.

Yo ví caer en la sangrienta arena
tras el combate al contendor vencido,
dispersa y polvorosa la melena;

mas hoy, que siento el corazón cobarde,
!que marchite mis sienes el olvido
antes que las tristezas de la tarde!

Campanas de la aldea

Campanas religiosas de la aldea
que despertáis sonoras con el día,
y, desde la espadaña que blanquea
a lo lejos, alzáis la algarabía.

Campanas que gemis como las aves
en la tarde, al buscar sus enramadas,
y desgranáis sobre los campos graves

lentas y clamorosas campanadas.

Campanas que en el alma nos dejaron
ecos de amores cándidos, risueños,
y que, tras breve júbilo, doblaron
sobre tantos dulcísimos ensueños.

Campanas que llamaban al “rosario”
a las tiernas muchachas de la granja,
mientras sobre el ruinoso campanario
vertía el sol su resplandor naranja.

Campanas de las fiestas parroquiales,
de claro timbre en las alegres bodas
y sordas en dolientes funerales;
cantad ahora, alborozadas, todas!

Campanas melancólicas como antes,
suaves, dejad oír vuestros acentos,
más deleitosas hoy y más fragantes,
dad vuestras armonías a los vientos.

Y, como en esas épocas lejanas,
desde la vieja torre que blanquea
en mis sueños, sonad, sonad campanas,
campanas musicales de mi aldea!

Chimilaco

La luna era el día, los ágiles niños
llenaban de cantos y risas la calle;
cerca, hecha unas pascuas y toda cariño,
la abuelita blanca como los armiños,

y, lejos, el vasto silencio del Valle.
 - Chimbilaco, que te coge el día!
 - A que no me cogerá!

En la selva el tosco morrocó, turbando
 la noche, lanzaba su tétrico grito,
 mientras, las manitas juntas sobre el blando
 regazo materno, casi balbuceando,
 el medroso niño rezaba el “Bendito”.
 - Chimbilaco, que te coge el día!
 - A que no me cogerá!

Tormentas lejanas con lumbre de argento,
 las cumbres andinas, de pronto, abrillanta;
 disuelto en el aire se pierde un lamento,
 y sigue la abuela contando su cuento
 del pájaro que habla y el árbol que canta.
 - Chimbilaco, que te coge el día!
 - A que no me cogerá!

Ay! cuán brevemente pasaron las horas
 ceñidas de rosas y ensueños, antaño!
 Diáfanas y frescas y retozadoras,
 como en los jardines las fuentes canoras,
 ay! con qué tristeza recuérdanse hogaño!
 - Chimbilaco, que te coge el día!
 - A que no me cogerá!

Si al menos, como antes, entre enredaderas,
 se alzara el tejado de la vieja casa,
 si el huerto luciera sus plácidas eras,
 sus tapias floridas, sus enredaderas,
 mas todo se acaba, pero todo pasa!
 - Chimbilaco, que te coge el día!
 - A que no me cogerá!

Si pudiera, oh sueños! volver a mi tierra
 y oír las rondallas de són elegiaco

que cantan las hijas del pueblo en la sierra;
sentir el misterio que la pampa encierra
y ver a los niños jugar chimbilaco!
- Chimbilaco, que te coge el día!
- A que no me cogerá!

La casita abandonada

Hay a la vera agreste de la senda,
cuyo cesped jamás viajero viola,
sin árbol que su grata sombra extienda,
una casita derruida y sola.

En otro tiempo allí, a la madrugada,
ladraban al viandante perros bravos,
y era albergue su patio y enramada,
de pintadas gallinas y de pavos.

Frescos naranjos, verdes limoneros
daban a la heredad frutos optimos,
y entre arroyos, corrientes y parleros
bañábanse, flotantes, los racimos.

Aun cuelga de la puerta ennegrecida,
con resplandor de oro, sacra rama;
quedan flores aun, mas no convida
a descansar allí la muelle grama.

Sólo un triste aldeano, por la tarde,
detiene el paso y la casita mira,
y al ver que el fuego del hogar no arde,
vierte una ardiente lágrima, y suspira.

Mirando los cuadros de millet

Porque amaste la Biblia y a Virgilio,
lo rústico, lo cándido, lo tierno,
tu obra es un sueño, es un idilio,
y eres grande, oh Millet! y eres eterno.

La iglesia de los campos en la tarde
sueña, bajo la paz del cielo puro,
tranquila llama en su recinto arde,
y hay misterio en su huerto, tras su muro.

Como cuello de cisne, el campanario
se alza, y los valles rústicos domina,
y es un cántico, un himno, el solitario
clamor de su plegaria vespertina.

En derredor las mismas viejas cosas:
las siegas, las carretas, los rebaños,
la hiedra amarillenta entre las lozas,
el buey mugiente, el pozo, los castaños.

En medio de los campos, la capilla
del villorrio levanta su risueño
albergue para el alma que se humilla:
allí la paz está, allí está el sueño.

Por esta soledad que el hombre ansía,
por la blanca quietud de las aldeas,
por la dulce y fatal melancolía:
Angelus de Millet, bendito seas!

Bendita aldea de Gréville que un día
al calor de tu hogar nacer le viste;
tu prado, tu iglesita y tu alquería,
lo hicieron bueno, virgiliano y triste.

Dichosa Barbizón donde reposa
cerca de la floresta legendaria;
los ocasos, que tanto amó, una rosa
dejan siempre en su tumba solitaria.

Agrestes campanarios, granjas, viñas,
claro de luna, bosques, aldeano,
corderitos, vernáculos campiñas,
segadoras, Millet fue vuestro hermano!

En el mismo paisaje de mi tierra,
el mismo cielo azul, el mismo ambiente;
he aquí los campesinos que en la sierra
caucana entonan un cantar doliente.

Porque amaste la Biblia y a Virgilio,
lo rústico, lo cándido, lo tierno,
tu obra es un ensueño, es un idilio,
y eres grande, oh Millet! y eres eterno.

MARIO CARVAJAL

Escritor, orador y poeta. Cali, Valle del Cauca 1896-1972. De él dijo Antonio Llanos que su obra poética es “una de las más puras modalidades estéticas”.

Nos dice el mismo Llanos que el misticismo de Mario Carvajal no está reñido con el mundo; “..detrás de las palabras, velos al fin del espíritu, hay una temblorosa pasión de amor, una profunda turbación ante lo arcano”.

Una de las voces más autorizadas para hablar del poeta Mario Carvajal es la del poeta y filósofo Oscar Gerardo Ramos. En la introducción a su libro anota que “estas líneas son un homenaje sincero al amado maestro, al seguro amigo, al luminoso patriarca, al excelso poeta...”. Así nos lo presenta Ramos: “Este es un libro excepcional. Quizás se le anunció en 1935, con el título **Los caminos del viento** en la edición de **La Escala de Jacob**. Entonces en el colofón de ese primer poemario de Mario Carvajal se hablaba de una próxima edición de poesías varias que nunca aparecieron y que talvez corresponden al presente volumen, todo integrado por poemas inéditos que vienen hoy manuscritos, mediante fotocopia, como valiosa contribución, no sólo al análisis de la poesía de Mario Carvaja, sino a la historiografía de la literatura colombiana.

A la Escala de Jacob, construída en sonetos de verso alejandrino, siguió en 1938 **El Romancero de Santiago de Cali**, plasmado en romance octosílabo, conmemoración a la fundación de la ciudad en la que nació Mario Carvajal en 1896, en la que murió en 1972, y a cuyo engrandecimiento tanto contribuyó. En 1966 alzó su **Torre de clamor y alabanza**, colección también de sonetos, pautados por el ritmo endecasilábico.

Poesía, pues, cierra una parábola poética y es último, siendo primero, como la semilla que ha vivido oculta y luego se reencuentra en la fecundidad de sus retoños. Aquí germinan páginas de la juventud de Mario Carvajal. Pertenecen a las horas en que asistía al claustro

memorioso del Colegio de Nuestra Señora del Rosario o pasaba vacaciones –entre sueños de amor- por los senderos de la llanura de su Valle del Cauca.

Mario Carvajal nunca publicó estas **poesías**, pero las consignó –con el esmero con que la vid resguarda sus racimos- en un cuaderno donde ya manchas sepias han decantado los aromas del arcón doméstico. Es que la perspicacia del artista le sugería que, como conjunto, bien podían conformar un poemario, pero que ni la variedad de métrica, ni la diversidad de temas, lograban la unidad que sí poseerían los otros tres libros que fueron apareciendo con el transcurso de los calendarios. Quizás, también por un exceso de recato que en él se convertía en escudo, decidió ir postergando la edición, sin que nunca sonara el instante de revelar esas vivencias que ya mostraban asimismo al artífice. Sin embargo hay otra razón que sólo las perspectiva del tiempo permite avizorar. Es que en **La Escala de Jacob** y en **Torre de Clamor y Alabanza**, el yo más que un yo concreto es el yo del hombre en su dimensión cósmica, enfrentado a la presencia de Dios, incandescente farallón entre la noche del universo. Contrastaban, pues, el yo individualizado y el yo universalizado.

En **Poesía** palpitan una música subjetiva, un recogimiento hacia la intimidad, una elación hacia la confianza que –a pesar de la certeza poética- tiene en su propia fuerza de conversación, la virtualidad del ritmo fácil, las palabras coloquiales y la llaneza de imágenes. La añoranza del hogar, la soledad que se enrosca en memoranza o se vierte en comunión con el alma, el zarpazo del sufrir, el temor al futuro son temas que dominan, aunque a veces **La voz de la pampa** con sus praderas ilímites, sus caballos ariscos, sus resolanas, ríos, brisas, rompa la reconcentración mediante. La metáfora de la **selva oscura** aparece con alguna intermitencia, no quizás como una rememoración del Dante, sino como una concreción de vida. Quienes conocieron a Mario Carvajal en la culminación de su magisterio, como Rector de la Universidad del Valle, y admiraron el indeclinable equilibrio de su existencia, podrán desconcertarse o maravillarse al leer estos poemas en los que mana, es cierto, un arroyo diáfano, pero con sedimentos de inquietud, zozobra, anhelos, ensoñación, nostalgia, “a veces por la audacia poseído y dominado a veces por el miedo”.

Por una nunca bien agradecida dádiva, me correspondió trabajar junto a Mario Carvajal, muy de cerca, durante doce años y vi realizado en él al hombre que pudieron diseñar los filósofos griegos o los pensadores cristianos. Él era un hombre a cabalidad, trepidando entre la hoguera de Dios, pero también, en su tránsito terrenal, amando a una mujer con la plenitud de su sangre, dándose a su familia en el más puro quilate de la paternidad y luchando por su terruño como un paladín de los mejores.

Poesía, es el gran testimonio de lo que puede labrar el hombre en grandeza a partir de la fragilidad de su carne. Ellas muestran el comienzo de un camino estético y sobre todo, definen ya al hombre que empieza a escalar la montaña, siempre hacia la cima –que él conquistó de altozano en altozano- y desde la que pudo mirar, todo con un sentido de eternidad.

Es necesario precisar que Mario Carvajal percibió desde sus poemas juveniles todo lo que implica la contingencia humana como sufrimiento, desorientación, congoja, limitación, fatuidad. Allí en **Poesías** lo cristaliza a partir de su yo más personal, pero en **La Escala de Jacob** también quedará dicho, con imágenes de greda que muere en sed por lo divino hasta hacerse brasa irradiante. Mario Carvajal como todo hombre sintió la angustia de pesadumbres, la tortura de la muerte, la incerteza que se arremolina sobre los rumbos del hombre. Todo eso es lo original de la naturaleza y todo gran poeta lo intuye con lucidez. Sólo que Mario Carvajal sabía que de todo eso no se redime el hombre sino enraizándose, elevándose y fructificándose en Dios.

Sólo en El, cifra y clave, fulge el signo profundo
que en el límite arcano de los días dolientes
define el laberinto misterioso del mundo.

En **Torre de Clamor y Alabanza**, libro en el que su ascenso espiritual ha tocado altas cumbres, la calma circula como viento sin fronteras. Cada soneto es de una honda y rara perfección. Entre ellos hay uno en el que se cifró la evolución interior iniciada en **Poesías**:

Tú que el misterio descrifrar no sabes
de la noche, ni el cántico del día;

tú que en la luz no adviertes todavía
sino la luz, ciego a sus hondas claves

tú que escuchas el trino de las aves
sin oír más que el trino, y la armonía
disminuyes del orbe a melodía
hecha de ritmos leves y suaves;

tú que no ves el ángel alto y fuerte
que erige y guía el signo de los hombres
y no mides la vida ni la muerte;

tú para quien las rosas son las rosas,
¿qué haces en ti con estos graves nombres:
Dios, el cosmos, las almas y las cosas?

Mario Carvajal era un gran hombre, una de esas figuras que muy raramente producen los pueblos y que son como un promontorio, referencia ineludible en la peregrinación de las generaciones.

Era un varón sabio y era un varón justo. Por ello los incrédulos lo respetaban, los rebeldes lo acataban y sus amigos lo amaban. Todas sus palabras eran ecuánimes, todos sus gestos pacificadores, todas sus acciones creadoras. Todo en él era armonía, bondad, comprensión. Nadie pudo atreverse a conjeturar que en él podría haber siquiera un guiño desmesurado o una brizna de inequidad. Con el acento ponderado de su voz avasallaba aún a los poderosos.

Cuando se le veía ser caudillo en medio de las más señeras inteligencias, sin ofuscar y sin alienar, antes liberando energías, se comprendía la gigantesca dimensión de su personalidad. Sabía oír, sabía consultar, sabía comprender para reunir todas las capacidades de sus colaboradores y enrutarlas hacia altos propósitos comunitarios. Era, pues, uno de esos guías que se imponen por la sapiencia de su raciocinio y por el ejemplo de la existencia, siempre macerada en la más exacta justicia.

Es, entonces, lógico que todos los que camináramos junto a él tengamos que pensar en el maestro, con todo lo que de noble tiene ese título,

cuando se encarna y resplandece, como aconteció en este gran hombre, gloria de su país y orgullo de su raza. Y es que el magisterio se realizó en él naturalmente, como si todas sus vivencias desde el albor de su juventud hasta su fecundo otoño se hubiesen ido conjugando para esculpir la efigie del conductor espiritual, pero sin la distancia de los adalides que regentan muchedumbres, antes con el perfil del humanísimo compañero, en cuya voz familiar llameaba el oráculo.

Atemperó su parábola existencial a los postulados evangélicos y lo realizó con sencillez, logrando una perfecta integración entre pensar y vivir. Era idéntico a sí mismo, sin la más leve grieta, sin el más mínimo doblez, sin la más recóndita contradicción. Era diáfano como una lámina de aire entre el brillo del sol. Y avanzó con pacífica humildad, por entre los honores que lo asediaban, sin que lo embrujara la vanagloria o lo sedujera el poderío. Darse a los demás fue su vocación y aunque podía disfrutar de un holgado atardecer, aceptó jubiloso las responsabilidades de servir y hasta en los momentos de su vejez, pensó siempre que había una tarea por cumplir en beneficio de las gentes de su comarca y sobre todo de la juventud de su pueblo. Amó a su tierra vallecaucana entregándole su íntegra vida de educador; vocación que bebió en su niñez cuando asistía, de la mano de su padre, a esos claustros de Santa Librada, derruidos en mala hora por la barbarie. Cantó las bellezas de su paisaje nativo, en la égloga y en el apólogo, estudió los anales de las gentes proceras y de ellas quedan el romance y la estampa; analizó las páginas idílicas de la novela regional por excelencia y la interpretó entrañablemente como nadie lo ha hecho todavía; y construyó su torre poética que como escala bíblica asciende hasta la cercanía de Dios, con el que siempre dialogó en súplica estremecida o a través de las criaturas del cosmos. Su poesía y su prosa son de las más bellas del idioma, palabra hecha hermosura, cláusula convertida en himno, oración trasladada a cántico. Cualquier tema –aún el trivial o cotidiano– se transformaba bajo su estilo en rútila arcilla, mensajera alada y faro indeficiente.

Mario Carvajal ha muerto. Conturbadora verdad para la mirada terrenal. Ya no está con nosotros en el diario diapasón de las horas, pero su presencia se crece en el horizonte de las realidades imperecederas.

Cuando su envoltura corpórea –en esa alborada de dolor- retornaba al surco de sus antepasados y la tierra húmeda cubría el féretro sencillo, los que le amamos de cerca y siempre le vimos en su varonía superior, salimos con un sollozo apretado sobre el corazón pero también con una nueva aurora en los ojos: adelante se extendía la mañana de luz: él nos alentaba, y nos alienta y nos alentará al combate de la sabiduría; porque su voz mantiene la modulación de un versículo secular.

Estas líneas son un homenaje sincero al amado maestro, al seguro amigo, al luminoso patriarca, al excelso poeta, al auténtico cristiano...

Que sobre su tumba –túmulo de paz- resplandezca el epitafio de su propia melodía ante Dios:

“Extintas ya las fútiles quimeras,
sé que al fin de mi trémula agonía
en ignorado límite me esperas.

Todo cayó con el cansado día
mas en pos de las vanas primaveras
se anuncia tu cercana epifanía”.”.

Comunión del hombre y la naturaleza

Al encuentro del ángel que venía
a asistir en su vuelo a la campana,
subió a los aires mi ansiedad humana
a herir de humano amor el nuevo día.

La luz, maternalmente, se expandía
para dar nacimiento a la mañana,
y trayendo su ausente caravana
regresaba la honda lejanía.

Yo eché a rodar mi sueño sobre el mundo,
como río que, al sol, copia y abarca,
urna invertida, el ámbito profundo.

Y así podré, cuando la noche venga,
darle luz y canción a la comarca
para que la ilumine y la sostenga.

Alabanza de la luz

En los brazos del aire suspendida
tiembla la luz, melódica y ufana,
como al dar su regazo, en la mañana
del Génesis, al soplo de la vida.

Primera entre las cosas, su medida
ella les da a las cosas, y en arcana
música de silencios, leve, mana
de Dios hasta la tierra estremecida.

Imagen de la gracia, su profundo
río de amor lustral renueva el mundo
en el prístino ser de su inocencia.

Todo en sus urnas incorpóreas cabe:
hasta la sombra de la noche grave,
herida de luceros por su ausencia.

Soplo y lumbre de eternidad

Cuando la absorta estrella peregrina
baja y la lumbre de mi sueño prende,
la claridad del ámbito suspende
su arco sobre mi trémula colina.

Ansia de eternidad mi sér empina
al hondo azul que en el confín esplende,
y en la cima del éxtasis sorprende
la inmóvil luz de la verdad divina.

Suman su voz callada las criaturas
a la armonía del silencio arcana
que desvela las místicas alturas.

Y al fuego de tu ojo soberano
quémanse en viva flor de llamas puras
el tiempo, detenido entre mi mano.

La escala de Jacob

El ritmo pitagórico de las constelaciones
desciende a mí en la escala temblorosa del viento.
El cabezal de piedra se ablanda a mi ardimiento
y me hunde en un círculo de encantadas visiones.

Honda caja de música inefables, de sonos
misteriosos, el orbe vierte en mí su conuento
de ritmo y luz, y el beso de ardua suma siento
florecer el milagro de mil y una canciones.

Al fondo erige un ángel antorcha indeficiente.
Cada sol me da, rútilo, su parábola ardiente
para ascender al centro radiante del arcano.

Después, ni oígo, ni veo... Incendiado en mí mismo,
mi ser es una estrella mecida por la mano
de Dios, sobre la sima profunda del abismo.

Treno de la angustia interior

Dame, Señor, el sueño del niño entre la cuna;
la lengua de cristal y el alma azul del río;
la claridad joyante del cielo en el estío;
el éxtasis cristiano de las noches de luna.

Haz que en mi ser la gracia de tu virtud reúna
los dones primordiales: la gota de rocío
cifra el cosmos disperso, y el paisaje natío
se congrega en el vaso de luz de la laguna.

Tú diste al hombre fuerzas para llevar tu carga
divina. Mas la lumbré que en el ojo inocente
de la bestia, al copiarse, se enfría y aletarga,

deja en el mío llamas de angustia abrasadoras.
¡Me agobia tu belleza como un canto doliente
y en mi alma abren cauces misteriosos las horas;!

ADOLFO VALDES

Cali 25 de Julio de 1840 - Valparaiso; 29 de Octubre de 1873. Vivió en exilio. Fue soldado en los huestes acaudilladas por Julio Arboleda. En Perú fue colaborador constante de los diarios. A consecuencia de sus opiniones fue herido a mansalva y se trasladó a Chile, donde igualmente sobresalió por su pluma, pero a causa del atentado pronto falleció.

Considerado uno de los poetas fundacionales de la poesía en el Valle del Cauca; su biografía más completa y detallada fue escrita por don Eusebio Tafur, de nacionalidad peruana y quien lo acompañó hasta que le vió exhalar el postrer respiro.

En los poemas elegidos el humor deja sentir su manera de enfrentar las dificultades de la vida. En La Campiña expresa su amor por este hermoso Valle del Cauca.

Dolce farniente

Me encanta y me enamora la luz bella
del alba al despuntar en el Oriente;
y ver cuando su brillo refulgente
perdiendo va la matituna estrella.

Pláceme la dulcísima querella
del ave a orillas de la mansa fuente,
cuando el carro del sol desfalleciente
asoma hermoso y su fulgor destella.

Me gusta ver en el lejano aprisco
la pastorcilla cuando sigue ufana
al cabrito que salta por el risco,

de la alborada con la luz temprana;
pero me gusta más - caro Francisco -
dormir hasta las diez de la mañana.

Mi único amor

Do quiera va conmigo: ni un instante
huye de mí la compañera mía;
mi más pequeña acción, ella la espía,
porque me sigue con amor constante.

Más la distingo cuando más brillante
el sol su luz abrasadora envía;
y hasta en las sombras de la noche fría
me sigue sin cesar, o va adelante.

Sin duda me dirás, lector querido:
- “Mujer y consecuente?... Esa es quimera;
a que lo pruebes, impostor, te reto;

Desde Eva para acá, ninguna ha sido...”.
- Oh, nó señor, que desde entonces era
la sombra fiel... y se acabó el soneto.

La campiña

El variado arrebol del sol poniente
tiñe de grana los azules montes
y viste las ligeras nubecillas
con trajes de magníficos colores.

Por el extenso valle se divisan
partidas de vaqueros y peones
alegres dirigirse a sus cabañas,
porque ya terminaron sus labores.

Hacia la casa grande de la hacienda
ariscos potros sin descanso corren !
y desciende el ganado de los cerros
al escuchar la voz de los pastores.

Y todo es vida en el supremo instante
en que se oculta el sol tras de los montes:
alzan las fuentes su mejor murmullo,
y su canto mejor los risueños.

Y los torrentes que en cordón de espuma
salen al prado del oscuro monte,
descansan de rugir y en dulce acento
dicen su amor a las nacientes flores.

Todo es hermoso, y pintoresco, y grande,
lo que la vista en la extensión recoge,
desde el diáfano azul de firmamento
hasta el insecto que la flor esconde.

Porque esos prados y esa azul montaña,
y aquellos infinitos horizontes,
y las fuentes parleras, y los campos
do la belleza prodigó sus dones,

son del Valle del Cauca, de ese valle
do todo es luz, y animación, y amores,
donde tiene su imperio la hermosura,
y es su vasallo principal el hombre.

ISAIAS GAMBOA

Nació en Cali, el 12 de Diciembre de 1872, y murió, de regreso a Colombia, en el puerto El Callao, el 23 de Julio de 1904. “Altísimo Poeta”, lo llama Guillermo E. Martínez en su libro “La Poesía en el Valle del Cauca”. En “El Correo del Valle”, pública sus primeros versos; allí publicó La Sonrisa del Retrato.

En El Salvador publicó sus poesía bajo el título “Flores de Otoño”. Después de la Guerra de los Mil días fue a Costa Rica y de allí siguió para Chile, donde dio a conocer sus poemas: Fantasía, Primavera y Ante el Mar. Allí ejerció el magisterio y escribió en la prensa. Como Isaacs, fué un romántico.

De él dijo Martínez: “.. Su poesía es de un lirismo rico. Es una poesía que se siente y se palpa y quien la lee se impregna de la misma tristeza que laceró el espíritu del poeta. Poesía suave, amorosa, fluida, rica en imágenes y facil”.

Traductor, cultivó el género del cuento corto y escribió la novela “Tierra Nativa” (1903).

En el Valle del Cántico, anotó Lino Gil Jaramillo: “Gamboa fue un poeta desgarrador por la angustia interior, por la nostalgia de la patria perdida, por la incertidumbre de su equívoco destino. Dejó un poema trascendental “Ante el Mar”, que habrá de salvar su nombre para la posteridad. Es un poema de alta entonación lírica y de profundo acento desolado en el que el autor plantea la incognita de su alma, la amargura de su sino y las inquietudes de su corazón, con la misma fuerza incontrastable con que lo han hecho los grandes cantores que se han atrevido a retar a la Esfinge. Un poema que puede figurar entre las obras cimeras de la poesía colombiana...”.

Veamos la coincidencia de tres poetas caleños en Chile, según publicación de Julio Molina Nuñez (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1929).

“He aquí tres poetas colombianos, cuyos nombres merecen perpetuarse en un solo haz, en un solo esfuerzo recordativo.

Ellos son: Isaías Gamboa, Jorge Isaacs y Adolfo Valdés.

Los tres son caleños; esto es, nacieron en Cali, vieja y simpática ciudad que se extiende a orillas de río, en el Valle del Cauca, dicho sea en una de las regiones más verdegueantes y espléndidas del trópico americano.

Y los tres estuvieron providencialmente en Chile. Isaacs, el romántico autor de “María”, fue cónsul de Colombia en Santiago durante los años 1872 y 1887. Valdés arribó a Valparaíso en Mayo de 1873 y murió allí, en Octubre de ese mismo año, dejando en muchos corazones chilenos una impresión de congoja tan profunda como inolvidada. Gamboa llegó a Santiago a fines de 1901 y se alejó de nosotros en Junio de 1904.

De todos ellos, el que dejó en nuestro país una huella artística y emotiva más honda fue, sin duda, Gamboa”.

Ante el mar

A mis ojos vacilantes, vagos, húmedos y tristes,
que reflejan tus destellos áureos, lívidos y rojos,
a mis ojos, bajo el cielo, contra el cual furioso insistes
con tu rabia de Satán,
otra vez en mi camino, cual te he visto tantas veces,
apareces en mi ruta de cansado peregrino,
turbio mar!

Sobre el muelle tembloroso do tus olas incesantes
se retuercen, gimen, gritan
y se agitan, anhelantes de catástrofe fatal,

te contemplo, mar brumoso,
 mar rugiente y espantoso, mar hirviente,
 ronco mar!

No has cambiado: siempre el mismo!
 siempre el móvil y profundo vago abismo
 que en tus vórtices quisiera lo existente sepultar;
 no has cambiado no has cambiado, mas mi vida sí,
 la mía, que es distinta, muy distinta de cual era en aquel día
 que te vi por vez primera;
 muy distinta de cual era,
 fúlgeo mar!

Bien recuerdo! En los anhelos de mis locas esperanzas
 escrutaron mis pupilas tus azules lontananzas
 más allá de lo visible, más allá!
 Yo era el pájaro atrevido que escapábase del nido,
 y al mirar de las gaviotas el constante y ágil vuelo
 bajo el cielo, yo quería
 ir como ellas y con ellas do tu imperio acabaría,
 raudo mar!

Y partí... Fue una mañana: fajas grises
 extendían sus cortinas y tapices
 sobre fúlgidos umbrales,
 sobre muros de palacios celestiales
 en el límite ilusorio de la azul inmensidad;
 y el acaso
 iba abriendo en tus oleajes los senderos a mi paso,
 los senderos que la suerte ha trazado en mi existencia
 conduciéndome a la muerte,
 negro mar!

Y riberas
 extranjeras
 me esperaban; diferentes
 tierras, pueblos, lenguas, gentes
 con que no soñé jamás;

y contrastes de alegrías
del amor, melancolías
del dolor; acerbas penas
insondables, cual tus aguas de amarguras siempre
/llenas,
torvo mar!

Y otra vez ante mi vista
te presentas! Y mi pecho se contrista,
se estremece, languidece
cuando veo con pesar
que no tengo aún rendida y acabada
la jornada, la espantosa gran jornada de la vida,
luengo mar!

En mi alma
y en tu alma que conozco yo, la calma
nunca ha sido, nunca!... Siento
que algo tuyo en mí se agita: tus tormentas, tu tormento,
tu inconstancia, tu amargura,
tus protestas a la altura con tu voz de tempestad;
y cual tú, también he ido, viajador de polo a polo,
siempre adusto, siempre grave, siempre triste, siempre/ solo,
vasto mar!

Hoy, a dónde? Ya la nave
que me espera tiene un rumbo.
Y mañana? Quién lo sabe?
Es mi suerte como un tumbo que de playa en playa
sin que nadie decir pueda
de don viene, a dónde va!
Triste, mísero despojo del naufragio de la vida,
mi existencia, como un ave cuyas alas están rotas,
a regiones siempre ignotas
por tus ondas va impelida, va impelida.
lento mar!

Yo, el errante peregrino
 a quien dio fatal destino varia senda,
 dónde plantaré mi tienda?
 A qué golfo de ventura mi barquilla arribará?
 En el frío desamparo de la ausencia, sobre un atrio,
 he soñado en los vergeles de mi hermoso suelo patrio..
 Mas su imagen no me alegra:
 en sus cielos se ha extendido una torva nube negra...
 Profanado el sacro Monte,
 yo me acojo bajo el ancho pabellón de tu horizonte,
 libre mar!

Léve el barco! Si está escrito
 que perezca lejos, solo y olvidado, oh infinito!,
 recíbeme y sepúltame en el fondo
 de tus lóbregas entrañas, lo más hondo, lo más hondo,
 tal que nadie pueda hallarme ni turbarme
 nunca más!
 Y al arrullo de tus olas, candencioso como un canto,
 duerma yo mi último sueño misterioso, bajo el manto
 de tus cálidas espumas,
 de tus iris, de tus brumas,
 verde mar!

La vida

¿Quién nos envió a este mundo? Cómo hubiera
 podido el hombre adivinar cuán llenos
 de espinas y de sombras y de cienos
 los rumbos son de la existencia entera!

¿Por qué no hubo libertad primera
 para elegir, desde los hondos senos
 de la nada anterior? -Yo habría al menos
 no emprendido tan lúgubre carrera!

Y estoy aquí, por do el humano avanza,
con su fe engañadora que perece,
borrada la divina lontananza!

Lo sombrío

Cuando el alma, ya sola, es un desierto,
y hay en la mente tristes reflexiones,
y hay en el corazón vacilaciones
que anuncian el supremo desconcierto;

y todo en derredor mírase incierto,
y tienen amargura las canciones,
y sombras de perdidas ilusiones
rondan en torno del ideal ya muerto;

y por la herida del dolor se lanza
vuélvese el alma a Aquel que no responde,
y en la duda suprema lo escarnece.

Nihel

!Oh cuánta lucha con la suerte en guerra,
para hallar, cuando todo ha concluído,
una mísera tumba que se cierra con un poco de
tierra y otro poco de olvido!...

Acerba dicha

La hermosa noche inolvidable, aquella
aquella noche de adoración en que creíste
ver un signo feliz en cada estrella,
fue una noche muy bella,
pero también muy triste.
Para ti fue quizás una alegría
de imborrable memoria;
para mi fue una alegría
y una melancolía:
porque mi amante corazón sabía
que allí estaba el final de nuestra historia.
Esa dicha angustiada, la primera
dicha alcanzada en nuestros sueños, era
la última también... Pasó un momento
y ví desaparecer su forma vaga,
como una luz hermosa que se apaga...
quedé bajo el callado firmamento,
solo, inmóvil, sombrío;
y, sin voz, te gritó mi pensamiento:
- Nunca más nos veremos, amor mío,
!no nos veremos nunca más!...

Aquella
noche de adoración en que creíste
ver un signo feliz en cada estrella,
fue una noche muy bella,
!pero también muy triste!

Noche de invierno

Allá fuera se escucha
 la caída monótona del agua;
 natura yace triste
 y el viento duerme, recogida el ala.
 !Oh las chozas sin lumbre!
 !Oh los hijos que adopta la desgracia
 y que se acogen al portal oscuro,
 público hogar en donde toda falta!
 Yo al menos aquí tengo
 abrigo y luz, aunque en humilde estancia;
 pero otro invierno, el del dolor impío,
 !ha hallado sola y sin amparo a mi alma!

María

!Paisajes de mi patria, gratísimos aromas
 de desconocidas flores, arrullos de palomas
 que oí en las selvas vírgenes de mi país natal;
 recuerdos de la infancia, primer amor, estrellas de noches encantadas...!
 !Estas páginas bellas
 guardan tu magia celestial!

Y pasa por las hojas del último poema
 el estremecimiento de una angustia suprema.
 La agonía de un ángel, la muerte de una luz.
 Después... el cierzo helado que en los naranjos zumba,
 la luna melancólica sobre una humilde tumba
 !Y un ave negra en una cruz!...

Angustia

Nos separan ¿qué abismos,
qué lagos y montañas?
¿Qué impenetrables muros
la tienen enclaustrada?

Ni impenetrables muros,
ni lagos ni montañas...
¡Y sin embargo, cuando verla quiero,
sólo en mi corazón puedo encontrarla!

LA POÉTICA EN LA CREACIÓN LITERARIA DE ISAÍAS GAMBOA

Los exalumnos de la Escuela “Isaías Gamboa”, me invitaron a realizar una aproximación a “la poética en la creación literaria”, de nuestro ilustre coterráneo, con ocasión de la reedición de las obras de este querido vate fundacional del Valle.

Atraídos por la figura romántica de nuestro aeda del Mameyal, cuyo nombre se le diera a su querida escuela, en cuyos bancos de madera cursaron sus primeros años de estudiantes, han querido contribuir a preservar su obra y su memoria, y constituyeron, para ello, La Asociación de Exalumnos de la Escuela Isaías Gamboa, al tiempo que con nobleza de corazón, y agradecidos, devolverle a la comunidad mediante la Asociación, fructificadas las semillas recibidas.

Gracias a su gestión, la Gobernación del Valle ha editado la “Obra Poética”, y la novela del autor, “Tierra Nativa”, en sendas ediciones muy bien logradas, que nos permiten reencontrarnos con una de las figuras más queridas y fundacionales de la literatura comarcana.

La nación honró la memoria de este eminente literato e institutor mediante la ley 182 del 30 de noviembre de 1936, considerando que su profundo amor por Colombia debía servir de ejemplo a las generaciones; El Congreso de la República dispuso que un retrato, al óleo, del excelso cantor fuese colocado en el salón de lecturas de la Biblioteca del Centenario; que el Ministerio de Educación Nacional hiciese editar las producciones literarias de Gamboa, para difundirlas en el interior, como en el exterior, enviándole copia de esta ley a la distinguida familia del escritor.

Esta ley fue sancionada por el Presidente Alfonso López Pumarejo y el Ministro de Educación Nacional, Dr. Darío Echandía; y como por todos es sabido, la creación literaria de Isaías Gamboa ha merecido numerosos reconocimientos nacionales e internacionales, tanto en vida como luego de ocurrida su temprana muerte, a la edad de 33 años.

El nombre de este querido poeta me fue familiar desde los primeros años de mi vida, y me acerqué a su obra con el respeto que nos enseñara nuestro padre; luego, con el paso de los días, tuve la suerte de tratar a Colombia y a Octavio, a Hugo y a María Teresa Gamboa; a Hugo Cuevas, a Miguel Fernando Caro Gamboa, y a muchos representantes más de esta generosa estirpe de vates, tan caleños como los mameyes, los chiminangos, los samanes, o los carboneros, que crecen por el Cerro de los Cristales.

Me dispuse a leer con interés la vida y obra de este caleño errante, deseando responder a la invitación de los amigos Octavio Montalvo y Gustavo Wiesner, y con el propósito de mencionar algunas de sus claves literarias, particularmente sus giros, tropos y figuras, pero no más abrir el cálido y detallado estudio de Julio Molina Muñoz, sobre él, quedé prendado del capítulo dedicado a “Gamboa en el Amor”.

Bien sabemos que Isaías Gamboa expresamente mencionaba su gusto por escritores como Dante, Petrarca, Shakespeare, Goethe, Heine, Shelley, Byron, Arnold, John Allan, Edgar Allan Poe; Rostand, Víctor Hugo, Isaacs, Diego Uribe, Ricardo Nieto, Mendes, Desbordes, Arvers.

Gamboa compartió los valores de ese romanticismo europeo, alemán, inglés, y francés. En sus obras se respira la misma atmósfera, o como dirían los alemanes, el espíritu de la época.

La nostalgia, la tristeza, la infancia como edén perdido, la mujer idealizada; las comparaciones, las sinécdoques, las metáforas, las deprecaciones, elisiones, etc., son tomadas de un mismo gusto que, igualmente, se resuelve en el fatalismo insalvable de la vida, y su signo más patético, la tumba y las cenizas; pero hay, en todo ello, una voz personal y única, que es el auténtico sello del poeta; su tono hablando al universo.

La poesía como construcción, en el sentido original de la poiesis, es la elaboración de una cosmovisión; y el estudio de la vida y obra del poeta nos permite señalar los elementos constitutivos de esa mirada del mundo, y de sí mismo, que tenía Isaías Gamboa.

Lo primero, y tal vez lo esencial, sea esa gran sensibilidad del poeta para percibir el mundo, en cuanto a captar, en la naturaleza, alma de las cosas; ello se concreta, por ejemplo, en su compenetración con el paisaje del Valle del Cauca, que tan hermosamente describe en su novela Tierra Nativa, y en numerosos poemas; y se observa, también, en la permanencia de valores propios del romanticismo, que juzga superiores y que identifica con la razón misma de vivir; la madre, la familia, el suelo nativo, la amada idealizada, la patria, su destino literario.

La felicidad consiste en su proximidad; la pena viene de su separación o pérdida.

En este sentido la vida viajera de Gamboa exacerbó estos sentimientos, a los cuales recurría con dolor. Sus viajes a San Salvador y a Costa Rica, a Venezuela y a Trinidad, y luego a Chile, motivaron muchos poemas en los cuales expresaba sus nostalgias y vivencias.

Cultivó su sensibilidad en el estudio de los mejores autores de la literatura universal, y eligió la docencia como actividad laboral para ganarse el sustento.

La descripción que nos hace Julio Molina Muñoz de él, nos lo presenta como personaje de un cuento de Balzac o de Víctor Hugo.

Y es que, en Santiago, el poeta vivía en una buhardilla rodeado de libros, escribiendo versos, artículos, preparando sus clases de castellano y literatura, las cuales dictaba en “La Ilustración”- liceo de señoritas-, y en el Colegio Alemán, de varones, del profesor Guillermo Hansler, en cuyos altos estaba la habitación del poeta, la cual daba sobre la Alameda de las Delicias, frente a donde estuvo la fuente Neptuno.

Dicen sus biógrafos que su vivir era metódico; igualmente era preceptor privado o maestro particular, a la usanza de la época, como también él, en su juventud, había recibido lecciones de don Alcides Isaacs, hermano del autor de María.

En esta aproximación a la poética de Gamboa no me detendré en señalar su periplo de viajero, su participación en la “Guerra de los Mil Días”, ni a indagar por las causas que lo llevaron a Chile; no obstante es necesario mencionar la observación de Molina, con relación a su llegada al país austral: “...acababa de actuar en una campaña revolucionaria. Junto con recorrer los vastos llanos de su país, había sufrido los relentes de las interperies campales y las zozobras angustiosas de las luchas fratricidas.

Y a esto agréguese el quebranto y el desastre de su partido, y de una causa que él estimaba justa. El poeta, en cuanto hombre, recibió un rudo golpe moral. Aquellos relentes habían picado sus pulmones, y de allí el germen de la enfermedad que debía ser acentuada por el halo de tristeza de sus ensueños de poesía y la amargura de sus nostalgias de Colombia”.

Hector Fabio Varela nos anota: “El misterio, la amarga y decepcionante filosofía de su inspiración, el éxtasis ante la inmovilidad del tiempo, la falta de respuesta a las esenciales interrogaciones del hombre, obsedieron siempre a Gamboa y fueron como un leiv motiv de su musa”.

No obstante que acogió la nueva métrica del modernismo, y deja entrever la influencia de Rubén Darío, como lo señala Varela, Gamboa es esencialmente un romántico.

Es al alma de este romántico a la que yo quiero llegar en esta aproximación a Gamboa y, para ello, he elegido dos cartas de su sentido epistolario, dirigidas a su Princesa, y su íntimo verso, la oración final.

“Abril 28

Mi Sonia

Hoy me he levantado un momento en mi pieza y te escribo aunque sean pocas líneas.

El día que me llegó tú última carta era el de mi mayor gravedad; sólo después pude darme cuenta de su hermoso sentido y de todas las esperanzas que encierran.

Escribiéndote me olvido de mi mal. ¡Qué enfermo he estado! Pero ya estoy mejor. Vacilé mucho en hacerte saber esa noticia; pero preferí la verdad para que no estuvieras en la incertidumbre de por qué no te escribía. Ay! y también hubo un poco de egoísmo: para que me acompañara tu pensamiento en estas horas en que la soledad es más triste.

Nuestro amigo Z, ha venido a verme diariamente. Hoy me ha traído una carta que tú le escribes. ¿Por qué fui a inquietarte con la noticia de mi enfermedad? Nó! A los seres queridos no se les debe anunciar nada malo. Perdóname.

Con Z, hablo de tí; esto es como un bálsamo de nardos en mi alma. Y cuando estoy solo, pienso en tí. Ah! tú, la Vida, lejos de donde yo desfallezco! A veces se me figura que vas a llegar...

¡Locura! ¡Delirio!

El médico me ha prohibido escribir. Los médicos no saben nada. Yo he querido escribirte y estoy bien por ello. Pocas líneas, te dije al principio. ¡Qué te parece?

Escríbeme. ¡Qué venga pronto tú carta! —Remember”.

A más de querer su poesía, son estas vivencias de Isaías las que me hermanan con su penas. Un hombre sufriendo, resistiendo, creyendo salvarse, perdido en su propia ensoñación, por el amor y la poesía, porque en él, eso de vivir, sufrir y soñar, era lo mismo.

Siguiendo el consejo de ese ilustre caleño que fue don Blas Scarpetta, es preciso estudiar a los personajes históricos en su aspecto íntimo, “como lo han hecho en sus celebres biografías Emil Ludwig, y Estefan Sweig”; pero incluso, algo más que estudiarlo, debemos tratar de ver esa vida ardiendo, como una vela, como un cirio, como una luciérnaga que se consume a sí misma, alumbrando con su poesía su mal, su propia agonía existencial.

De él dijo el padre José J. Ortega Torres, en su Historia de la Literatura Colombiana (Editorial “Cronos”, Bogotá, 1935) que Isaías Gamboa “...fue un gran poeta, y sus mejores notas son las inspiradas en sus dolores”.

Un día conversando con el poeta Horacio Benavides le decía yo, “¡cuánto dolor hay en una obra de arte!”. Pensaba fraternalmente en Antonio Llanos, Silva, Van Gogh, en Gómez Jattin.

Hay quienes se burlan o descreen de esa melancolía, de esa náusea, de ese spleen, y creen que son posturas artificiales, poses, ademanes, snobismos, cuando es el ADN que termina en enfermedad, locura y versos.

“El médico me ha prohibido escribir”, le dice a su Princesa en esta carta; y en la de mayo 8 es más patético, aún: “...apenas puedo escribirte, muy despacio, me han prohibido leer, escribir, hablar, pensar. El menor esfuerzo me fatiga. Los amigos viene a verme sin hablarme casi. Los médicos me recomiendan absoluto reposo, perfecto descanso ¿De qué estaré cansado? ¿De vivir? ¿De trabajar? ¿De pensar, cómo es posible esto, si soy joven todavía? No sé ni he querido saber qué es lo que tengo. Los médicos me ven, conversan entre ellos, escriben, me dejan recetas, y me dicen que tenga paciencia y que descanse. ¡Ah! ¿en qué consiste el cansancio de esta pobre máquina humana?...”.

Estas angustiadas letras que revelan el estremecimiento de su ser, su apego a la vida que se extingue.

¿Quién, que haya vivido momentos extremos como éstos, no se conmueve ante semejante situación?

Veamos cómo prosigue el epistolario, y cómo concluye con un hermoso poema, que en realidad es elegía sobre sí mismo, inmolado en el altar de una ilusión inalcanzada...

“Sonia mía!

No he podido escribirte; no lo he podido moralmente. Pero ahora ya no es posible demorar esta carta más. Nada se debe ocultar a una alma digna de recibir la verdad. Es preciso que te diga lo que ha sobrevenido de ocho días a esta parte.

Mi enfermedad ha tomado caracteres funestos. Los médicos han acordado que yo debo salir cuanto antes de aquí; que si me quedo, cada día que pase me será fatal; que el único remedio probable es alejarme de esta zona. Ante esta decisión médica, yo me pregunto: “¿a dónde ir?, imposibilitado ya para la lucha, ¿a dónde sino a mi casa? Esta idea y la idea de nuestro amor han producido el desconcierto en mi espíritu. El corazón me dice que me quede, por ti. La razón me dice: “¿para qué? si tenemos que forzosamente renunciar a la felicidad? ¿Para qué, si el quedarme no ha de juntarnos, pues habremos de ir por distintos caminos, tú a la vida, yo “a otra parte?” —Y al fin, tú tendrías que lamentar algo más triste que la ausencia.

Reflexiona, Princesa mía, en la gravedad de esta situación. Comprendo que si me has querido, si me quieres, esta carta te será dolorosa, como es para mí.

Una vez me escribía mi hermana que si no tenía yo en Chile algún amor; y yo le contesté: “No amor, para que en mi regreso a la patria no haya sino alegrías”. ¡Ah! poco tiempo después no habría podido decir lo mismo; no pude dominarme: yo te amaba, te amo y el amor tenía que triunfar. Y hé aquí que hoy este amor es dolor para los dos.

—Vamos a separarnos ¡oh mi amada! —¿Te acuerdas? Nunca tuvo ese poema mayor significación que ahora.

¿Pero, del fondo de este pesar inmenso, no ha de brotar “la flor de las grandes consolaciones?” Sólo existe una conformación: nos hemos amado desde que nos vimos, nos amamos ahora, nos amaremos siempre...

¿No es cierto? Una vez me dijiste —que habiendo creído que yo me iba, sólo habías deseado saber una cosa-, si yo te quería. Tú no lo ignorabas, pero era necesario que yo te lo dijera; y te lo he expresado, no tanto con palabras y con cartas, sino más aún, con el corazón. Te he querido, te quiero y te querré mientras viva. ¿Qué, ni quién podrá arrancar de mi memoria tu recuerdo amado? ¡Tu recuerdo amado que coincide con lo más culminante de mi vida! —¡con lo más acendrado de mi sentimiento para quererte, con lo más excelso de mi poesía para cantarte, con la cima de mi juventud para que seas inolvidable! Tú marcas en la evolución de mi existencia el punto altísimo y luminoso del cenit. De ti para adelante sigue el descenso hacia el ocaso; empieza a declinar mi vida, veo oscuro el porvenir, están frustradas mis ilusiones. Durante este descenso, volveré siempre mis miradas hacia la altura en que tú quedas ¡oh estrella esplendorosa!!

Y tú, amada mía, ¿me olvidarás? ¿podrás olvidarme? Yo he sido, me lo has dicho, el primer ensueño de tu corazón. En este caso, tu alma de mujer, tu alma delicada y poética como ninguna, no podrá olvidar tampoco cuando, por primera vez, se sintió inquieta por este sentimiento dulce y triste que se llama el amor. Un amor que tú y yo hemos elevado a una región a donde la vulgaridad no llega; amor que en tí y en mí no podrá parecerse a ninguno otro.

¡Tu escucharás por siempre los ecos de mis cantos, yo evocaré en mis años este inmortal delirio!

Ya vez, Princesa, cómo el olvido es imposible entre los dos. ¿Sobre qué está sostenido este amor inextinguible? Sobre el ideal, como una nubecilla rosada sostiene a un querube. ¡El ideal! cuando se quiere saber lo que es... se desvanece.

Tú me preguntabas: “¿Llegaremos a la dicha que soñamos?” Yo te pregunto: ¿Qué es la dicha?...

Si tú y yo, como somos, nos hubiéramos casado, tú y yo que nos inclinamos a idealizarlo todo, ¿en qué roca de desengaños, de desilusiones, habríamos tropezado? ¿No habríamos echado de menos el tiempo de muchos versos y de nuestras cartas?... El Dante nunca amó a su mujer; ella era la realidad. Amó siempre a Beatriz, más allá de la

muerte, porque fue para él lo poético, lo inaccesible... ¡Sólo el amor irrealizado es inmortal: primero como esperanza, después como recuerdo y siempre como misterio!

He aquí, pues, que nosotros hemos sido dichosos y seguiremos siéndolo, sin peligro ya de que nuestra dicha se despedace. Lo que ahora parece desgracia no es sino la supervivencia de nuestra pasión.

¡Feliz quien ha tenido un grande amor que ilumine toda su vida!
 ¡El que ha amado hasta la sublimidad, ya puede vivir... y ya puede morir!
 ¡Tú, ya puedes vivir; yo, ya puedo morir!

¡Sin volverte a ver! ¡Ay, nó! No quiero que desborde la infinita tristeza en que se está ahogando mi corazón. Adiós, mi Princesa encantadora, ¡Sonia mía, bello resumen de todo lo bello de mi juventud!

Quisiera terminar esta aproximación, con Ocaso, su bellísimo poema al amor y al dolor, dedicado a “ella”, y precedido de estos epígrafes:

El que ha amado, ya puede morir. —Víctor Hugo.

...Consonance d' une desolation incomparable. Maurice Barrés.

Llegó por fin la tarde de este día,
 de este día de amor que el alma ha visto
 resplandecer con vívidos fulgores!

Su ardiente brillo
 ya en el ocaso
 va a ser extinto

y avánzase la noche de la mortal ausencia
 tan llena de tinieblas, tan llena de martirios!

Del sol de la ventura el vago curso
 del placer al dolor, ¡cuán corto ha sido!
 Nació, brilló, y ahora va a extinguirse.

¡Oh sol divino
 que vida nueva,
 diste a mi espíritu!

¿Por qué me despertaste de mi profundo sueño,

si vuelven ya las sombras al horizonte mío?

¡Amada! Tú llamaste en el silencio
de mi dolor, con blando arrullo tímido,
Escuché... Yo te amaba, lo sabías...
Y de improviso
arrebatado
en un delirio,
rompí el cerrado pórtico del alma... y tu presencia
fue realidad hermosa de celestial prodigio.

Volcán era mi pecho, ya apagado,
más de su centro tenebroso y frío
voló una chispa, se elevó una llama:
fue incendio altísimo,
Y en mi cerebro,
de pronto vivo
sentí el sagrado numen de tierna poesía
para cantar la gracias de tu adorable hechizo.

Nos coronó de rosas la esperanza,
nos dio el amor su floreciente mirto,
y la ilusión mostrónos a lo lejos
un paraíso,
A contemplarlo
nos detuvimos,
y luego a él marchamos cantando alegremente
y, sin pensar, llegamos de pronto a dos caminos.

Nos hemos detenido silenciosos,
sabiendo de la suerte los designios...
Vamos a separarnos; oh mi amada,
¡caro bien mío!
¡Ay! cuando apenas
nos hemos visto;
cuando aún nuestros labios no han estallado juntos
ni todas las palabras de la pasión se han dicho!

Somos como dos aves que en la fronda,
cantando a la esperanza de su nido,
las sorprende, imprevista, la tormenta:
el torbellino
da a una y otra
rumbos distintos...
¿Volverán a juntarse las aves en la fronda
y a continuar alegres el amoroso trino?...

Nos hemos adorado tiernamente,
mas, dichosos... dichosos no hemos sido!
¿Cuándo fue nuestra cita deseada?
¡Nunca, bien mío!
Luchando siempre,
siempre intranquilos,
tan sólo nos dio aliento la convicción profunda
de nuestro amor inmenso; la fe en nosotros mismos.

En el fondo amoroso de la música
con que hemos celebrado nuestro idilio,
yo he escuchado una nota melancólica,
un leve ritmo,
como una queja,
como un suspiro;
como un sollozo triste, o alguno de esos ayes
que escapan entre sueños, del pecho dolorido!...

Era la queja del que ama, y siente
dentro del corazón algún vacío;
una dicha incompleta, un hondo anhelo
¡jamás cumplido!
Cuando al acaso
nos hemos visto,
la súbita alegría de nuestros ojos, tórnase
en una confianza de sufrimientos íntimos.

Mas nos hemos amado con ternura...
El verdadero amor se hace divino

cuando lo purifica el sufrimiento.
 El placer íntimo
 en los pesares
 es infinito,
 porque el dolor lo acendra... Tal en la oscura noche
 nos colma de esperanzas el más lejano brillo.

Sí, yo he sido feliz... ingrato, ingrato
 y cruel sería el corazón contigo,
 si en un instante negara mi ventura;
 tu amor es mío:
 él ha radiado
 sobre mi abismo
 con todas sus estrellas de goces y esperanzas
 que en mi profunda noche fueron celestes cirios.

Por ti volvió la vida a serme grata,
 volvió a tener objeto mi destino,
 resucitaron muertos ideales;
 un rayo tibio
 de Primavera
 bajó a mi espíritu;
 y juveniles aves cantaron la alegría
 en los ramajes nuevos de mi laurel florido.

Por eso yo te quiero, yo te amo
 ¡con el más hondo y sin igual cariño!
 ¡Amor y gratitud en este efecto!
 Tan buena has sido:
 has perdonado
 mis extravíos,
 y respetando el fondo de mi silencio triste;
 discreta y cariñosa me has dado siempre alivio.

¡Quien sabe si enlutaron mis tristezas
 de tu mañana el horizonte límpido,
 y mi amargura saturó tus mieles!

Tu ser virgíneo
 merece palmas,
 triunfales himnos;
 sonrisas de las hadas, perfumes y armonías,
 para tu frente estrellas, para tus plantas lirios.

Te apareciste a mí como un querube,
 e ignoro aún por qué te ví conmigo,
 más nos hemos amado tiernamente.

Juntos vimos
 hasta este punto
 donde improviso
 con un secreto espanto la marcha detenemos
 mirando ante nosotros abrirse dos caminos.

Nos hemos detenido silenciosos,
 sabiendo de la vida los designios...
 Vamos a separarnos ¡oh mi amada!
 Y al paraíso
 cuyas palmeras
 de lejos vimos,
 no llegaremos juntos; tú llegarás acaso;
 tú vas a la esperanza, yo a lo desconocido...

¿Me olvidarás? ¡Quién sabe!... De la ausencia
 y de la muerte, es símbolo el olvido...
 Pero hay recuerdos que jamás perecen:
 yo de tu espíritu
 bebí la esencia
 y tú... ¡del mío!
 ¡Tú escucharás por siempre lo ecos de mis cantos
 yo evocaré en mis años este inmortal delirio!

Las rosas del Lahor dejan su aroma
 impregnado en el vaso alabastrino;
 rómpese y los fragmentos son perfume;
 es reducido

el vaso al polvo,
 y un exquisito
 aroma incomprensible los átomos difunden...
 ¡Así será en mi alma tu dulce amor, bien mío!

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Quién sabe si en la vida
 volveremos a vernos! Un capricho
 fue tal vez del azar que nos juntara.

Ruego al destino
 proteja siempre
 tu sér querido...

¡Y jamás me olvides!... ¡Ay! yo por siempre solo
 me perderé en la tierra, por donde voy proscrito!”.

Hay tanto sufrimiento en este poema, que uno tiene la duda poder decir,
 ¡que bello!, por temor a irrespetarlo.

Muchos lectores contemporáneos se incomodan con el lenguaje de los románticos, pero es porque, descontextualizados, no se detienen a examinar los referentes históricos a los cuales nos remiten las figuras literarias que empleaban.

Cada época expresa sus gustos y sus preferencias, sus valores, pero el verdadero poeta, lo sabemos, canta los temas permanentes del ser humano, con su ritmo, su melodía, su armonía, con su tono personal y único; inmerso dentro del universo romántico y modernista, la obra de Isaías Gamboa, vista en el ámbito y el ambiente en que se creó, se nos presenta de una gran factura y merecedora del reconocimiento que siempre se le ha dado.

Los caleños debemos sentirnos orgullosos de este poeta fundacional, a quien justamente hemos venido a ofrecerle este homenaje, por su obra; y hoy, como si fuera en su día, sumamos nuestra voz respetuosa y condolidada al dolor de su agonía.

(Los anteriores son apartes de la conferencia “Isaías Gamboa – poeta fundacional de Cali”-, que el suscrito dictó en la Cámara de Comercio de Cali, Sede San Antonio, el 26 de Septiembre de 2002).

MATEO GAMBOA

Pertenece este ilustre poeta, como sabemos, a una familia de aedas vallecaucanos. Nació en Cali, el día 12 de Enero de 1880. Murió en Cali, el día 15 de Julio de 1948.

No coleccionó sus versos; los dio a conocer en publicaciones fugaces.

Periodista. Poeta romántico de forma clásica y temas costumbristas y patrios. De él se dice en el Atlas Poético de Colombia - Homenaje al Valle del Cauca - que era “Cantor de la nostalgia y la pesadumbre y la tristeza”.

Esta obra exalta su soneto Las Dos Cordilleras y el Himno a la Bandera.

Sus biógrafos, citados por Guillermo E. Martínez, dicen que releendo sus versos “observamos claramente la poderosa influencia del paisaje del Valle del Cauca”; anotan que en pocas poesías se encuentra nuestro país, como en sus versos.

Sus primeras creaciones literarias aparecieron en el Correo del Valle, revista que fundara el periodista Don Blas Scarpetta.

Ante el mar

Héme ante el mar. En mis febriles horas
de inefables ensueños me forjaba
la ilusión de surcar sus ondas pérfidas,
oír su estruendo, contemplar sus playas;
ver la indecisa vaguedad del cielo
temblar sobre la línea de sus aguas,
y ver cómo sus olas gigantescas
sobre rocas inmóviles estallan.

Mirar allá con el azul del éter
confundirse el azul de las montañas,
inmensos muros de prisión olímpica
donde el monstruo sus iras extravasa.
Seguir, con la tristeza del ausente
que ha dejado a la madre y a la amada,
el libre revolar de las gaviotas
que al agitar las impolutas alas
semejan al batir de los pañuelos
que agitan los amigos en la playa...

Ver la puesta del sol. Ver cómo lucha
cual en un vasto campo de batalla,
contra la turbamulta de las olas
que surgen por doquier...

Su frente sangra
vertiendo en la paleta del crepúsculo
el oro y el azul y el escarlata,
los tres colores de mi amor resumen,
los tres colores de mi enseña patria...!

Después, la noche.
Con su negro manto,
como doliente virgen africana,
va llenando de sombras el espacio
y de tristeza y de pavor las almas;
y por entre los torvos nubarrones
que simulan terríficos fantasmas,
la luna asoma dolorosamente
su alba faz cadavérica y nostálgica.
Ella es la novia de las almas tristes,
el ángel protector de los que se aman,
el numen de los pálidos poetas,
himno hecho luz que el mar al cielo canta,
mariposa estival que va regando
el polvo luminoso de sus alas.

!Oh, mar ! Ya te conozco. Al fin mis ojos
escrutan el azul de tus entrañas,
y sorprende mi oído en tus rumores,
arrullos de ave y truenos de borrasca.
Sé que bajo tus ondas, tentadoras
como turgencias de mujer, recatas
un caudal infinito de amargura
y una insaciable sed de malandanzas.
Y al ver cómo tus olas desfallecen
en su ardiente caricia con las playas,
y al mirarlas saltar sobre las rocas,
como leones de melenas áureas,
pienso que en tus espasmos de precito
tienes, como Satán, risas y lágrimas...
!Ay, del que al antro de tus fauces rueda!
!Ay, del que fíe en tus mentidas calmas!

!Oh, mar ! Si eres altivo y poderoso,
si eres augusto vengador de infamias,
si en tu seno germinan las tormentas
que demolieron la soberbia Atlántida;
tú que por sino venturoso encierras
los límites sagrados de mi Patria;
tú que la arrullas en sus horas tristes,
tu que sus glorias con amor le cantas,
defiéndela también de los traidores,
protégela en sus horas de desgracia,
dále el aliento que tus olas tienen,
dále el coraje que en tu seno guardas:
no dejes que en su suelo los tiranos
estampen el oprobio de sus plantas;
no dejes que el chacal de las naciones
torne a clavar el diente en sus entrañas!

Pero si es imposible, si a tu amparo
han de embestirla el crimen y la audacia;
si con toda la sangre de sus hijos
su noble herencia a redimir no alcanza,

rómpe entonces el linde que te estrecha,
la inmensa mole de los Andes sálva;
cúbre los valles, truéna en los abismos
y refluye al nivel de las montañas;
que sólo quede en el confín flotando,
un girón de la tierra colombiana;
el ápice inviolado de una cumbre,
donde - cóndor de gigantescas alas -
tremole al viento de los siglos, libre,
el tricolor glorioso de mi Patria.

El colibrí

Por el jardín, en ronda romántica y alada
ante un cáliz, suspenso, se agita y se estremece,
y su pico la punta de una espada parece,
y sus alas abiertas, el puño de la espada.

Hunde el pico en el alma de las flores, y cada
flor que le da su néctar, por su amor se entristece,
y esperando el retorno del galán, desfallece
cuando llega la tarde, de arboles tatuada.

En la rama voluble, con artística urdimbre,
borda el nido formado con estambres de mimbre,
que recogió en el bosque tras de amante querella;

es un bello palacio de feliz estructura.
diminuto y tan firme, como si de la altura
sostuviera sus hilos el imán de una estrella.

El nevado del Huila

Entre azules cojines que la mente dilata
la gozas en el colmo de tu grandioso anhelo
de ver eternamente la majestad del cielo
formar gentil diadema para tu sien de plata.

La tempestad furiosa que a tus pies se desata
y el huracán que azota tus flanco en su vuelo,
conmoverán acaso tu corazón de hielo
como dolientes notas de tierna serenata.

Absorto he contemplado tu fúlgida silueta
que semeja albo seno surgido castamente
de entre el ropaje cándido de una beldad dormida...

Mirándote se encienden mis ansias de poeta.
Y, como tú, quisiera librarme eternamente
del fango y las profundas tristezas de la vida.

La torre de San Francisco

Erguida sobre muros que se hunden en la entraña
fecunda de la tierra, se pierde en el espacio.
Y funden sus perfiles, bajo el azul palacio,
los sueños de la América y el corazón de España.

La cruz signa su cúpula. El sol en luz la baña.
La noche viene a ella sonámbula. Y, despacio,
en medio de su pompa de oro y de topacio,

la envuelve en su silencio con majestad extraña.

Y graves o dolientes o alegres y cantoras,
anuncian sus campanas al paso de las horas.
Sobre la cruz la diáfana concavidad se enreda;

y cuando el sueño cierra sus párpados, entonces,
cual eco dolorido, de sus sonoros bronces,
se pierden en el ámbito los toques de la queda.

A una desconocida

Fue en el Jardín Zoológico donde por vez primera
miré sus negros ojos y ví su boca en flor.
Era el segundo día de Mayo. Primavera
reía con sus cantos, cantaba con su sol.

Su gracia, sus veinte años, su luenga cabellera
hicieron que mis versos volaran en su honor.
Me hirió con sus mortales ojazos de hechicera
y desde entonces siento nostalgia de su amor.

¿Quién era? Nunca supe. Por diferente vía
huyó, mientras la tarde tranquila se moría.
Ella irá hacia la vida, yo hacia la muerte voy.

En esta extraña y triste divagación me pierdo
y en tanto que me besa la luz de su recuerdo,
ni yo sabré quién era ni ella sabrá quién soy.

El final de María

Las adustas siluetas de los cerros distantes
a la luz temblorosa del postrer arrebol,
fueron manchas enormes, fueron sombras errantes,
que cayeron al valle como lento dolor.

Un viajero visita los lugares que enantes
recorrió con su novia a la puesta del sol;
va buscando una tumba que los brazos amantes
de una cruz, le señalen que allí duerme su amor.

De repente, al impulso de su aciago tormento,
atraviesa la pampa como en alas del viento
al tendido galope de su brioso corcel;

Quiere ahogar la tristeza que a su espíritu agobia,
quiere huir de esos sitios que le niegan su novia
y sumarse en las sombras de la noche cruel.

* * *

He allí el último cuadro. La lectura de cierra.
Sigue un grave silencio. Sólo se oye el rodar
de las últimas lágrimas sobre el libro que encierra
ese raro resumen de alegría y pesar.

Repercuten las almas y dilata la sierra
de fatídico búho la canción funeral,
el tropel del jinete que estremece la tierra,
los aullidos de un perro que se sienta a llorar.

¡Alma mía! ¡sollozas! Se comprime tu llanto.
¿Tan tiránica angustia, tan acerbo quebranto
te dejó la leyenda? ¿Por qué sufres así?

¿Es que sientes, acaso, que tu propia agonía

se refleja en las páginas de ese libro, alma mía?
¿Es que sufres por ellos? ¿Es que lloras por ti?

POETAS CALEÑOS POR DECISION

Gilberto Garrido

Helcías Martán

Eduardo Carranza

Reunimos en este aparte a estos poetas acogidos por el Valle. Así lo dice la comunicación de la Alcaldía de Santiago de Cali, interpretando buena parte del sentir histórico de los poetas comarcanos. Gilberto Garrido, según Lino Gil Jaramillo, pertenece al Valle del Cántico; Helcías Martán - autor del Himno a Cali-, justo título para obtener Carta de Adopción Literaria; y el maestro Eduardo Carranza, cantor de nuestra ciudad.

GILBERTO GARRIDO

Supía 1887 - Cali 1978.

Como él lo dice de sí mismo: “Soy un poeta de mi predio”.

Destaca en él la naturaleza y el solar.

En la Antología del padre José Joaquín Ortega Torres S. J., se le reconoce un puesto especial en nuestra lírica.

“Corazón de Azucena
bendido, macerado, suspirado,
de Ti fluye la vena
de este bien acordado
amor, y este dolor mejor amado”.

Así comienza el poema llamado “Azul del hijo muerto”, uno de los más bellos de Garrido, que se encontrará en esta antología”. De él dice Silvio Villegas: “...Era un espectáculo humano, un gigante fuera de serie, alto, blanco, de ojos intensamente azules. Su inteligencia produce a veces el corto circuito del genio” dijo de él este escritor. Quien esto escribe no ha conocido, en ningún lugar de la tierra, un hombre que diera, como él, la sensación desquiciadora de la inteligencia, la brillantez enceguedora, el súbito reflejo de la comprensión total del mundo. Murió después de los noventa años, teniendo a su lado, como nuevo Booz, a Ruth moabita...

Ningún oído tan fino como el de Gilberto Garrido para reconocer, como si lo tocara, el cuerpo de la poesía, su esquiada forma, su huída misteriosa entre palabras embaidoras. Parecía que seguía su música leyendo la partitura, cuando en verdad su atención estaba en otro lugar del aire. De allí la perfección de su obra poética, llena de sorpresas, de aciertos inesperados, de asociaciones fulgurantes. Entendió la mística en un sentido cósmico; y se asombraba, como Pascal, del silencio del infinito. Pero era de allá de donde le venían las respuestas, que no eran otra cosa

que el eco de su poderosa voz. Inclinado ante la tumba de su hijo decía estrofas como esta:

Quién si no Dios, hijo mío,
el llanto, escala del cielo,
pudo dar.
Quién si no su poderío
pudo darme este consuelo
de llorar.

O esta otra:

Entrega tu sangre en flor.
Hazte ceniza en la mano
de la Cruz.
Y aprenderás que el dolor
es el idioma arcano
de la luz.

Obligado es recordar nuevamente a don Jorge Manrique. No por la forma estrófica, dominada intuitivamente por Gilberto Garrido, sino por el tono elegíaco y doloroso, donde se oye el gotear cristalino de las lágrimas de un hombre inmenso, que sus amigos creímos interminable...”.

Azul del hijo muerto

Corazón de azucena,
hendido, macerado, suspirado:
!de tí fluye la vena
deste bien acordado
amor y este dolor mejor amado!

Bien hallo vivir duelos,
yo que en flores he sido y fallecido,
y he rasgado los velos
del tesoro dolido

sobre mi propio ser desaparecido.

La voz que más resume
es la del niño, apenas escuchada,
de la que se presume
que trae compasada
la música de Dios, maravillada.

Por esa escala vino
mi fe, dolida de mi oscuro extremo.
!Bien eligió camino
el resplandor supremo
para darme esta luz en que me quemo!

Mi hijo se fue cuando
una brasa de mí le estaba ardiendo.
!El se iba apagando,
y en mí se iba encendiendo
esta agonía de seguir viviendo!

Sube el dolor y es palma
de todo sér que mereció su herida:
su estrella viene al alma
en la propia medida
en que la tiene el alma merecida.

No hay más dura amargura
que vivir una vida que se fuera
!y el milagro procura
de conservar entera
el ánimo que a escombros redujera!

Este soplo que pudo,
con menos luz, ser foco desolado,
hizo fanal su escudo,
!y tiene ya logrado
vivir en el dolor eternizado!

Llorar es ver el fondo
en donde Dios alumbra nuestra pena.
No hay un lugar más hondo
ni hay una luz más buena
que la que lo ilumina y lo serena

Por eso cuando lloro,
en tí, pues vivo en tí, me elevo tanto,
que el trémulo tesoro
deja de ser quebranto
!para ser claridad fundida en llanto!

La gema fiel

Volaron todas las cenizas.
La llama loca se extinguió.
Solo la fuente de los ojos
queda temblando entre el carbón.

Orfebre mudo, el sufrimiento,
que del incendio se salvó,
la enorme lágrima quemante
pule y repule con amor.

Todo aquél llanto derramado,
que la amargura congeló,
tallado al filo de la pena
es el diamante del dolor.

Sabiduría

Entierra tu sangre en flor;
hazte ceniza en la Mano
de la Cruz,
y aprenderás que el dolor
es el idioma arcano
¡de la Luz!

Integración

Tanto el dolor de tu cruel partida
es ya sustancia de mi vida entera,
que si de mí se fuera
no hubiese forma de quedar con vida.

HELCIAS MARTAN GONGORA

Guapi, 1920. Poeta del mar y del amor; cantor de la raza negra y del litoral.

A Martán Góngora se le considera uno de los grandes valores de la lírica colombiana. Tuve el honor de representarlo en el Congreso Mundial sobre la Vida y Obra del poeta César Vallejo, celebrado en la ciudad de Trujillo, en el Perú, y cuando regresaba, portando los cálidos saludos que le enviaban sus amigos, falleció en esta ciudad de Cali, el día 16 de abril de 1984.

Considero de interés para los lectores de su obra, incluir en esta breve antología el texto de su sobrino Alfonso Martán Bonilla, profesor de la Universidad Santiago de Cali, titulado “La Poesía de Martán Góngora”, el cual aparece en el libro “Helcias Martán Góngora –Poeta del mar- Antología temática”, publicado por el Centro Editorial de la Universidad del Valle, de la Colección de Autores Vallecaucanos:

“Helcias Martán Góngora, conocido en el mundo de las letras como el Poeta del Mar, fue hijo de uno de los pueblos del “Litoral Recóndito”, como llamara al Pacífico Colombiano Sofonías Yacup en su libro de 1934.

Gran parte de la vida del poeta, desde su tierra natal, Guapi, pasando por Pasto, Popayán, Medellín, Bogotá, Buenaventura, Norteamérica, las Antillas y Europa, hasta su último refugio en el Bosque Norte de Cali, transcurrió en una continua recreación de la realidad, hasta el punto, en que él mismo, en una de sus creaciones líricas se considera *Encadenado a las palabras*.

Helcias irrumpe en el panorama de las letras, entre 1935 y 1940, con publicaciones en Vanguardia, en periódicos y revistas de Pasto y Medellín, y Mazorca de Ensueños, 1939, su primer poemario.

En el ámbito continental ha hecho su irrupción *El Indigenismo*, escuela de narradores que inicia la peruana Clorinda Matto de Turner, y que continúan: Alcides Arguedas, César Vallejo, Ciro Alegría y Jorge Icaza, y cuyos antecedentes hay que rastrearlos desde la Colonia, con los dominicos Fray Bartolomé de las Casas y Antonio Montesinos en las colonias españolas, y los jesuitas José de Anchieta y Antonio de Vieira en las posesiones de Portugal.

Por esta época (1935-1940), la vanguardia nacional en la poesía la tiene el movimiento *Piedra y Cielo*, encabezado por los poetas Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Tomás Vargas Osorio, Arturo Camacho Ramírez, Darío Samper, Gerardo Valencia y Carlos Martín. Pero Helcías no tuvo ninguna relación con Piedra y Cielo distinta a la contemporaneidad y amistad que lo unía con los poetas de este grupo (...).

A los poetas que irrumpen en el decenio del 40, después del grupo *Piedra y Cielo*, se les ha denominado Post-piedracielistas. Estos poetas se caracterizan porque cada cual trata de buscar su rumbo estilístico, no obstante haber unidad en torno a la temática del mar y el desamparo del hombre, especialmente del hombre negro, “emancipado y marginado”, como dice Manuel Zapata Olivella.

Algunos de estos poetas contemporáneos en el Pacífico son: Guillermo Payán Archer, Hugo Salazar Valdés, Faustino Arias Reinol y Manuel Benítez Duclerc.

A nivel nacional, aunque con motivos diferentes, el maestro Andrés Holguín, en su *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, los denomina como el grupo “Cántico”, o “Generación Cuadernícola”, y censa a: Fernando Charry Lara, Alvaro Mutis, Eduardo Mendoza Varela, Daniel Arango, Meira del Mar y Martán Góngora.

Pero si de grupo se pudiera hablar, el de Martán Góngora habría que buscarlo en torno a la revista *Vanguardia*, la que él fundó y dirigió en la Costa Pacífica, entre 1938 y 1940, con la cual colaboraron permanentemente Samuel Arbeláez Lema, Guillermo Payán Archer, Ramírez Gutiérrez, Alberto Mosquera, Arcelio Ramírez, Faustino Arias

Reinel, Joaquín Vanín Tello, Alfredo Márquez y Guillermo Portocarrero, entre otros.

En concepto del maestro Rafael Maya, en el prólogo a *Suma Poética*, Helcías es “un poeta auténtico y polifacético”. Oigamos al maestro Maya al respecto:

“...usted canta al mar, con voz inconfundible, canta al amor con inflexión personalísima, canta a la noche, al cielo, a los bosques, a las playas, a las nubes, a los pájaros, y canta a los seres humildes, y en ocasiones, acondiciona el lenguaje al balbuceo de las gentes rústicas, en un ensayo de poesía folclórica, muy plausible. Usted es el intérprete del sentimiento popular, en lo que éste tiene de más auténtico, y es también el poeta de la raza y de las memorias épicas. Usted celebra los hechos de la historia nacional y es el cronista lírico de los campesinos, y como contrastes, pondera usted en estrofas resonantes, los adelantos de la técnica y los nuevos inventos humanos. En fin, como ya lo dije, su inspiración es tan variada como la naturaleza y tan diversa como la historia. No es usted prosaico, ni frío, ni enumerativo, ni describe porque sí, sino para darnos síntesis de emociones, en estrofas apretadas de significación. Hay en todos sus poemas fervor, hay fe en el poder de la expresión como vínculo de los afectos interiores, hay fuerza lírica, y hay, por encima de todo, un fondo humano que trasluce la mentalidad y el carácter de un hombre situado en medio del mundo como testigo de la belleza y como intérprete de la armonía”.

Helcías es un poeta polifacético, no sólo en la elaboración del verso, sino en la variedad de la temática que encierra su poesía, y en la relación íntima que ella guarda con el acontecer, al estilo de la poesía de Neruda.

“...una poesía donde se narran los hechos mismos que constituyen nuestra urdimbre vital, los acontecimientos que hemos vivido... esto es: una poesía con argumento, una poesía total, que asuma en su expresión los contenidos propios de la expresión lírica y narrativa”.

Una detenida incursión por los vericuetos de los 77 libros escritos por el poeta, nos permite señalar que Helcías le cantó al mar, al amor y al

erotismo; al dolor, la muerte y la soledad; al negro, a la infancia, a la religión, a los problemas sociales, a la patria y al paisaje.

El tema del mar, que es en mi concepto el pilar de la poesía de Helcías - pues no hay un poema suyo, por distante que parezca estar de este tema, en donde el lector no se moje-, se puede historiar en la lírica colombiana, a partir de: *En alta mar*, de José Eusebio Caro (1817-1853), siguiendo con Isaías Gamboa (1872-1904), con: *Ante el mar*.

Luego viene un largo vacío en el tema del mar, hasta la *Balada al mar no visto*, del maestro León de Greiff, y la *Invitación a navegar*, de Rafael Maya.

Sobre el advenimiento de Helcías al mundo de la poesía marina decía el maestro Luis Vidales en 1946:

“Gregorio Castañeda Aragón y Jorge Artel, a pesar de ser costeños, son poetas de barcos y balandras, cuya poesía no se ha mojado los pies, sin embargo..., Martán Góngora ha traído un fresco aire marino y una gran acento de mar que antes de él no se conocía (...) Colombia dio el grito de agua, y éste fue Helcías Martán Góngora. Y tras él han llegado otros, que merodean el tema, lo buscan, lo alientan o se les va de las manos, así como en días lejanos se buscaban las carabelas y América”.

En los poetas citados, el tema del mar aparece en forma esporádica, para madurar y sistematizarse en Martán Góngora, desde *Océano* (1950), pasando por *Casa de Caracol* (1958), del cual dijo Gerardo Diego: “Es uno de los mejores y más sabrosos libros a olor y color de mar que conozco”, hasta *Epitafio Marino*, el mar aparece como una constante, así hable de otras cosas. Por esto, el Presbítero Manuel Briceño, de la Academia Colombiana de la Lengua, ha visto el mar en Helcías, como su “esencia lírica”, “...como una esponja que respira el océano en cada verso...”; y el crítico freudiano, Fedro Arias de la Canal, como “el poeta de la sed”.

El tema del amor aparece fundamentalmente en: *Océano* (1950), *Canciones y Jardines* (1950), *Las bocas fieles* (1953), *Siesta del*

Ruiseñor (1964), hasta desembocar en el erotismo de: *El libro del buen amor*, *La piel* y *Testamento Goliardo*.

El dolor, la muerte y la soledad, tiene su fuerte en: *Nocturno y Elegías* (1951), *Exodo*, y en el *Diván del minusválido*, libro en gran parte autobiográfico, y en cuyo contenido semántico se vislumbra la presencia de la parca que lo sorprende el 16 de abril de 1984, despidiéndose de todo y de todo el mundo, hasta de su *Catedral Sumergida*.

La poesía sobre el negro va de: *Humano Litoral* (1954), *Socavón*, relato escrito en 1964, *Mester de Negrería* y *Fabla Negra* (1966), *Música de Percusión* (1974), *Retablo de Navidad* (1976), *Breviario Negro* (1978), *Índice poético de Buenaventura* (1979), *Oratorio de San Pedro Claver* (1980), *Los Coloquios en la Universidad* (1980), hasta *Concierto en Sol Mayor*, *Pastoral Negra* y *El Diván del Minusválido*.

La poesía de tema infantil se concentra en *Las nanas de Martín Martán* (1977), *Esopo 2.000* (1979) y *Martán Pescador*.

El tema religioso se inicia con *Retablo de Navidad* (1976); se continúa con *Color de Dios* (1979), hasta los libros: *Año bisiesto y otros años*, *Hechos de los Apóstoles*, *La Catedral Sumergida* y *Pastoral Negra*.

La poesía social, en donde mejor se observa el compromiso del poeta con las angustias del pueblo, se puede rastrear desde *Exilio* (1967), y otros textos incluidos en *Suma Poética* (1969), hasta *Auto de Fe* (1975).

Sus cantos a la patria arrancan con: *Escritos en el Mapa* (1964), *Escritos en el Valle* (1977), y adquieren mayor entonación épica que geográfica en *Tiempo de Gesta* (1980) y en la *Cantata a Galán el Comunero* (1981), poema no incluido en libro alguno.

En la poesía inédita de Helcías no sólo hay cantidad –27 libros–, sino calidad. Ahí están: *Martín Pescador*, en la poesía infantil; *La Piel*, en la línea de lo erótico amoroso; *Sonetos al garete*, género en el cual Helcías descolló, constituyéndose en uno de los mejores sonetistas en lengua castellana; los sonetos de Helcías son poemas acabados en forma y

contenido, rozando el umbral de la perfección. Finalmente, *Epitafio Marino*, como libro unitario del mar.

Miremos un poema de *Epitafio Marino*:

...QUE NACE MAR, A MORIR NUBE

Calderón.

Nace raíz de tierra y árbol muere.
Nace fuego la llama y es ceniza.
Nace huracán el viento y muere brisa.
Nace la espina flor y así nos hiera.

El río nace nieve y muere a prisa.
La mujer nace amor y de amor muere,
así la mar de innúmera sonrisa
que con sus labios de agua nos requiere.

Nada muere en la patria de los hombres.
Se borran solamente fechas, nombres
El cuerpo se transforma, el ama sube.

Calderón de la Barca lo sabía
y conminó la voz de la elegía
El mar, que nace mar, a morir nube.

A propósito de *Epitafio Marino*, en carta que el poeta me escribiera el 9 de junio de 1982, me decía:

“...Cordialísimo Alfonso:/ Te remito los originales de mi *Epitafio Marino*, después de una larga batalla con la palabra superflua. Los textos datan de 1976, o sea la época del *Redescubrimiento de la Playa de los Mulatos* y del bautismo, por inmersión en el mar, de Martín Helcías Martán.

Que en vuestras aulas de cristal
y en vuestra líquida academia
aprenda este juego de azar

y muerte de la existencia.
 Con el agua del mar
 yo te bautizo: Martín Helcías
 Martán. (*Las Nanas de Martín Martán*.
Caracas, 1977).

El soneto que glosa el verso de Calderón de la Barca: “el mar que nace mar a morir nube”, sirve de epígrafe y tal vez sea la clave de este libro unitario del mar. El cual pongo en tus manos y ante tus ojos, a manera de un líquido testamento abierto.

Creo que en la *Admonición y plegaria del Redescubrimiento de la Playa de Mulatos* me acerco mucho a una definición total del mar sin apellidos ni gentilicios. Ya no imprecó solamente al Océano Pacífico –el mare nostrum-, sino que trato de hablar al mar universal, acallado la algarabía de las olas. Tú lo dirás y cuantos lean este libro, que forma parte del volumen LA MANO DERECHA, si culminé mi empeño, rodeado como estoy aún, por

Toros de agua, líquidas panteras,
 toda la zoología de la espuma
 en el circo sin fin de las mareas.

Voz del agua, 12 inscripciones en la arena, Playas del mar del Sur, Tiempo de fuga, Nocturno puerto, Las nubes, y Las olas, son títulos principales del libro. Antes de responder a la pregunta:

Viajero: -Dí, a quién amas
 sobre todas las cosas?

-A la mujer que nunca
 fue mía y a las olas...
 -Respóndeme: -¿A quién amas
 sobre la faz del mundo?
 -A las olas que vienen
 y van por el crepúsculo,

escribí en la arena movediza, este

Epitafio de nubes marineras
para la tumba del poeta
que pasó por el sueño
como las nubes por la tierra.

Que así sea. Fraternalmente,/ Helcías...”.

Helcías Martán Góngora nació en Guapi (Cauca), el 27 de febrero de 1920, en el hogar formado por don Helcías Martán Arroyo y doña Enriqueta Góngora de Martán. La influencia de Písis, signo bajo el cual nace el poeta, es decisiva en toda su creación lírica y en el título de Poeta del Mar, con el cual muere materialmente en Cali, el 16 de abril de 1984, pero con el cual también vivirá al lado de los clásicos que han hecho del mar la columna vertebral de su inspiración poética.

Después de un largo periplo y fuga por pueblos y ciudades de Colombia y del exterior, el poeta, “Pescador sin red ni barco”, elige a Cali, en las colinas del Bosque Norte, como su patria adoptiva, al lado de su compañera inseparable, doña Adelaida Hurtado de Martán Góngora y de sus hijos Aleida y Martín Helcías, cuya presencia en este “Valle de lágrimas” fueron motivo de muchas de sus creaciones poéticas.

Martán Góngora fue miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, Caballero de la Orden de Alfonso X el Sabio, Grand’Croix d’Honneur de la Orden Imperial Bizantina de Constantino el Grande, Profesor Honorario de la Cátedra Guillermo Valencia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca, Miembro de la Academia de Historia de Popayán y de la Sociedad Bolivariana de Colombia, miembro del Grupo Esparavel, cofundador de la Revista *Vanguardia* de Guapi, director y fundador de *Esparavel*, revista internacional de poesía; colaborador en periódicos y revistas nacionales e internacionales; desempeñó cargos públicos como: Personero de Popayán, Alcalde de Buenaventura, Diputado a la Asamblea del Cauca, Secretario de Educación del Cauca, Director del Teatro Colón de Bogotá y Representante a la Cámara por la Circunscripción del Cauca.

En 1980, el Frente de Afirmación Hispanista de México le otorgó el Premio Vasconcelos; en este mismo año fue condecorado con la Cruz al Mérito Cívico de Santiago de Cali, por ser el autor de la letra del himno a la ciudad; en 1982, con la Medalla Cívica Pascual de Andagoya del Municipio de Buenaventura, y el 3 de julio de 1984, en homenaje póstumo, rendido a su memoria, el Concejo Municipal de Cali, con ocasión del Segundo Congreso de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca, le confiere la Orden de la Independencia de Santiago de Cali, en el Grado de Caballero.

Sus poemas han sido traducidos a gran número de lenguas contemporáneas; muchos compositores le han puesto música a sus estrofas y académicos de todas las latitudes se han ocupado de su obra, tanto en la elaboración de antologías, como en las tesis de grados y en el ensayo crítico. Entre ellos: Mosses Harris, de la Universidad de Washington, escribe su tesis doctoral bajo el título de *Image Structure in the Poetry of Helcías Martán Góngora*; Guido Enríquez, de la Universidad del Cauca, se doctora con: *Magia del agua y rito del silencio en la poesía de Martán Góngora*; Manuel Briceño (S.J.), de la Academia Colombiana de la Lengua, titula su ensayo sobre la poesía de Helcías, *El mar: Esencia lírica de Martán Góngora*; el crítico freudiano, Fedro Arias de la Canal: *El Poeta de la Sed*; José Sánchez-Boudy, de la Universidad de Carolina del Norte: *La poesía negra de Helcías Martán Góngora*; y Alfonso Martán Bonilla, de la Universidad Santiago de Cali: *La poesía de Martán Góngora y El negro en la poesía de Martán Góngora*, entre otros trabajos, sobre “...el más grande, el más sereno, el más vibrante poeta marino de Hispanoamérica, en los últimos 40 años...”, según dijera Hugo Salazar Valdés, la tarde del 17 de abril de 1984, ante los despojos del Poeta del Mar”.

Martán Góngora se graduó como abogado en la Universidad Externado de Colombia. Fué miembro de la Academia de la Lengua y Caballero de la Orden Alfonso X, El Sabio. Obtuvo numerosos premios y recibió importantes distinciones, entre ellos el premio “Vasconcelos”, otorgado en 1980, por el gobierno de México; y la “Cruz al Mérito Cívico”, por parte de la Alcaldía de Santiago de Cali.

En 1964, obtuvo el segundo premio Esso, con su novela “Socavón”. Fue además miembro de la Academia de Historia del Cauca, y profesor Honorario de la Facultad de Humanidades, de la Universidad del Cauca.

Por su obra “Encadenado a las palabras”, recibió mención especial del premio Boscan, de Barcelona.

Algunas de sus obras líricas más conocidas son: “De Océano”, “A la Rosa de Papel”, “La Casa del Caracol”; “Saga del Extranjero”; “Breviario Negro”; “Color de Dios”; “Esopo 2000”; “Oratorio de San Pedro Claver”; “Coloquios en la Universidad” y “Tiempo de Gesta”. Su último libro editado en Barcelona, “Retablo Español” (1981).

Incursionó en la política por algún tiempo, siendo representante a la Cámara por el Departamento del Cauca; fue Personero de Popayán y Alcalde de Buenaventura, donde se le recuerda por ser el creador del “Festival Folclórico del Pacífico” (El País); igualmente fué Secretario de Educación del Departamento del Cauca, y Director de la Revista Sparavel.

Tuve el honor de representarlo en Trujillo (Perú), en el Homenaje Internacional al Poeta César Vallejo, en el año de 1994.

Suyo es el honor de ser el autor de la letra del Himno a Santiago de Cali. Santiago Velasco Llanos compuso la música.

Himno a Santiago de Cali

Gloria siempre a Santiago de Cali,
flor y fruto de nuestro país,
mundo y patria que es cuna y es aula,
es taller, templo, estadio y jardín.

Precursora de la independencia,
fiel heraldo de la libertad.
Nuestros padres ganaron la guerra
y nosotros ganamos la paz.

Tierra madre, feraz tierra buena
que a la pena ancestral pones fin,
donde nadie es extraño ni esclavo
y es hermoso nacer y vivir.

Canta el río canciones de cuna
y alza el viento el humano pregón;
te llevamos tatuada en el pecho
con estrellas sobre el corazón.

Domadora que selva y pantano
transformaste el fabril colmenar,
abres rutas y cumples la cita
con las cumbres andinas y el mar.

La legión de tus hijos mayores
que juraron vencer o morir,
te esculpieron en piedra de siglos
y fundaron sobre el porvenir.

El paisaje se tiende a tus plantas
y te rinde sus armas el sol,
monta guardia la caña de azúcar
y es el Valle lección de verdor.

Sobre el ara del Valle del Cauca
prometemos tu hazaña exaltar
y grabar en la cima tu nombre
y acrecer el legado inmortal.

Declaración de amor

Las algas marineras y los peces
testigos son de que escribí en la arena
tu bienamado nombre muchas veces.

Testigos, las palmeras litorales,
porque en sus verdes troncos melodiosos
grabó mi amor tus claras iniciales.

Testigos son la luna y los luceros
que me enseñaron a escribir tu nombre
sobre la proa azul de los veleros.

Sabe mi amor la página de altura
de la gaviota en cuyas grises alas
definí con suspiros tu hermosura.

Y los cielos del sur que fueron míos
y la isla del sur donde a buscarte
arribaba mi voz en los navíos.

Y la diestra fatal del vendaval
y todas las criaturas del Océano
y el paisaje total del litoral.

Tú, sola entre la mar, niña a quien llamo:
ola para el naufragio de mis besos,
puerto de amor, no sabes que te amo.

Para que tú lo sepas yo lo digo
y pongo al mar inmenso por testigo.

Mar de siempre

En todo el mar de siempre con su verdad de peces
navegando en la propia sangre de los desvelos.
El mar de los instantes, sediento de dulzura,
reclamando a mi voz la forma de sus ecos.

De pie sobre el silencio, desde mis litorales
humanos, oigo el fuerte batir de las mareas,
lo mismo que al principio de la sangre y contemplo
caer en esta noche al mar claras estrellas.

El mar me está llamando con su encantado abismo,
sirena enamorada, su voz mueve la brisa.
En vano las gaviotas, las velas, los pañuelos
vendrán a recordarme los puertos y las islas.

Hablo del mar de siempre, distante en la memoria
porque lo vió la sangre con ojos que eran míos.
Mi sangre entonces era un puerto del crepúsculo
donde el amor llegaba del canto en los navíos.

(Volvían pescadores con ostras y corales
y había una muchacha cautiva entre la redes.
Aquellas gentes mías amaban los naufragios
y se morían de mar azul como los peces).

Después el mar fue el trópico y fueron las palmeras
igual que las doncellas, al viento suspirando.
Yo se que eran las islas lejanas como novias
porque mi padre mozo fue capitán de un barco.

Y el mar de siempre. Mío. Sitiándome el silencio,
poniéndome en los besos sabor de algas y sal,
nombrándome la muerte con labios de naufragio
y al fondo de mi sangre, eternamente el mar.

Desvelo
(Fragmento)

Que te perdí lo sabe
la propia sombra donde estoy perdido.
¿No sabe acaso el ave
en dónde estuvo el nido
y el corazón el pulso del latido?

En vano me circunda
la castísima lumbre de la estrella.
En la noche profunda
la voz de la querella
sólo quiere la luz que viene della.

Luz que por ella es llama
en cuyo vivo incendio se consume
mi sueño, y se derrama
lo mismo que un perfume
la soledad que todo lo resume.

Y para que responda
sólo mi soledad como testigo,
bajo la noche honda
porque no estoy contigo,
que te perdí con torpe labio digo.

Que me perdí al perderte,
ajena tú, !oh, cielo de agonía
que no fué el de la muerte,
sino el de tu alegría!
Cielo del gozo y la melancolía!

En vano la estrellada
marea de la noche se apresura
a llenar la mirada,
si tengo en mi clausura

el duro resplandor de la amargura...

Y estos labios resecos
de golpear como ángeles malditos
la puerta de los ecos
con las manos del grito
para que me responda el infinito.

Mujer negra

El agua te hizo a imagen y semejanza suya.
Puso en tu acento ríos y en tu silencio estrellas.
Te dio ese andar de nube descalza por los cielos
y ese cuerpo que nombra, sin voz, a las palmeras.

Eres el paraíso que comienza en la fruta.
Paisaje con tus ojos que hacen el mediodía.
La música navega por todas tus arterias
y hasta cuando te callas el sueño es melodía.

Eres la primavera que se muere de aromas.
Constelación de luto, mariposa de llamas.
La rosa del poema sostiene tu hermosura
porque en tu vientre azul principian las crisálidas.

Yo escribiré, en la página de tu piel de obsidiana,
baladas con el pulso de luz de las fogatas,
canciones de la sangre. Mi ser, como una tea,
señalará encendido los límites del alba.

Mujer, mayor que todas las islas: Continente!
El mar y los deseos te circundan callados.
Con mi voz te descubro. Sobre esta tierra virgen,

amor, tú sembrarías caricias como árboles!

Medusa

La noche quiere ser la estrella.
Húmeda flor bajo el guijarro
quiere ser oro inmarchitable.
El niño quiere ser un río.
Agua quisiera ser la madre.
El río quiere ser la orilla
que permanece mientras pasa...
La rosa quiere tener alas
y las canciones como los pájaros.
Quiere la piedra ser la espiga
y darse en fruto, muerte y carne.
Silencio mío, nadie sepa
lo que quisiera en esta tarde
cuando ante mí surge Medusa,
desde el fondo de otras edades
y su cabellera antigua
dispersa el viento de la fábula.
El arcangel trueca la lumbre
por los abismos inmortales.
En esta hora soy el árbol
que deja caer su alma
como una hoja solitaria
que no ha de recoger nadie.

HAIKUS

Como lo considera el escritor y poeta Humberto Senegal, Helcías Martán Góngora es uno de los pioneros del haikú* en Colombia y en América Latina. Este ensayista considera entre las fuentes de Martán Góngora al mexicano Juan José Tablada y al ecuatoriano Jorge Carrera Andrade.

En el haikú Helcías canta a la mujer, al amor, a la naturaleza y condensa elevadas preocupaciones filosóficas y metafísicas.

Veamos algunos de ellos:

* El Haikú es el verso breve de origen japonés; es rápido como el relámpago y como la vida misma. En su breve estructura tiene cabida todo el universo; lo aparentemente insignificante y humilde, lo grande, lo sublime –lo eterno transitorio-, humor y dolor, todo integrado a la naturaleza que esboza.

La poesía en Japón ha tenido preferencia, desde sus comienzos, por el metro de 5 y 7 sílabas. Inicialmente fue el chooka –poema largo de 5 y 7 sílabas alternadas, terminando en un par de 7 y 7. De sus cinco últimos versos, desprendidos, surge la tanka.

Una serie de tankas compuestos con la participación de distintos autores, una de estrofa de 5-7-5, y el siguiente otra de –7-7, y así sucesivamente, dio lugar a la renga. Pronto se vio la importancia de la estrofa inicial de estas series, el Hokku, y se comenzaron a hacer colecciones de estos inicios.

En la actualidad se mantiene este metro de 5-7-5, como forma clásica o paradigma, aunque no siempre se cumple. El haikú es uno de mis géneros preferidos y a él le he dedicado buena parte de mi vida (El Haikú, o el Arte de Guardar el Momento Sublime. J. Tafur: 1993. Ediciones La Sílabla, Colección Ocarina, Cali); igualmente “Para el Corazón que no duda” – Antología del Haikú Japonés-, elaborada con el poeta Rodrigo Escobar Holguín.

Entre los escritores colombianos más destacados en este género debe mencionarse a Helcías Martán Góngora y Humberto Senegal.

Fue Shiki quien le dio, al verso inicial del haikai, heredero del Tanka y del Renga, el nombre de Haikú.

HAIKUS

Humo,
epitafio del bosque
moribuno.

Un ruiseñor
se ha posado en mi flauta.
Oigo tu voz.

Dormida o despierta
su pijama luce
la cebra.

Medrépora: claustro de nácar
donde habita la perla.
Cuando abre sus puertas
al cielo de la estrella,
un pescador suspira
por las sirenas.

El lucero
naufrega entre la noche
de tus cabellos.

En tu balcón
crece la enredadera
de mi canción.

Besé tu sueño.
La noche fue en mis labios
como el lucero.

En tu mirada
el valle se hace niño,
doncella el agua.

Zarpa un navío.
En la playa un pañuelo
flota al olvido.

Para la mar
el pez aguja borda
líquido ajuar.

Junto a la sombra
del árbol me esperaste.
Besé amapolas.

Luz del encuentro
con la mínima sombra
que hace tu cuerpo!

Sobre los valles
se fugarán las noches
como las aves.

Una mariposa azul
sobre el río navegaba
y era envidia de la luz.

La palmera, que es mujer,
ofrece el pezón del coco,
para calmar tanta sed.

En Chuare el cielo es azul
y hasta las piedras y el agua
participan en la luz.

A cada instante
Dios me ordena que imite
el agua errante.

Quien ardió en sed
sabe que el agua tiene
voz de mujer.

El mar y yo
somos viejos vecinos
del caracol.

La voz no muere.
Quizás un día retornen
estas palabras.

Y a la penumbra
de los cuerpos amantes
vendrá la luna.

Juntas las bocas
olvidarán las copas
y las corolas.

Gimen gaviotas
por el viento encallado
sobre las olas.

El calamar:
tintorero de algas,
pintor del mar.

Entre los cantares
el agua esclava añora
la luz del campo.

El pez - espada
dicta clase de esgrima
a las mojarras.

Embozado en su negra capa
el murciélago
sale de su casa.

La primavera
se detuvo en tu boca
y espigo en tus cabellos.

El verano
ardió en la misma llama
de tus labios.

El otoño
sembrador de violetas
para tus ojos.

No hay invierno
en el humano paraíso
de tu cuerpo.

La alondra casta
sueña que ha concebido
una campana.

El Colibrí :
suma de esmeralda y zafiro,
de topacio y rubí.

Sé como el árbol que calla
y aunque esté lleno de pájaros
sólo canta con el viento.

Dios es el verbo
la palabra infinita
frente al silencio.

EDUARDO CARRANZA

Apiay de los Llanos, 23 de Julio de 1913. De él dijo Jorge Gaitán Durán, que era uno de los pocos poetas que posee estilo propio “..manera poética inconfundible, ese “algo” o vida secreta que anima a la totalidad de una obra, diferenciándola y colocándola sólidamente en el conjunto cultural”.

Dando cuenta de su estilo decía el Gaitán Durán: “sentimentalismo fino y depurado, a veces aéreo, como en los incomparables sonetos de hace algunos años: “Soneto insistente”, “Soneto con una salvedad”, “Soneto a la Rosa”, a veces profundo como en “El Olvido”. Romanticismo muy de nuestro tiempo y contenido por la perfecta forma clásica; gracia siempre renovada que se cumple en novedosas metáforas y en hermosura temblorosa, tal la luz apenas insinuada; armónica unión invisible de la mejor tradición castellana con el imperativo llamamiento del dulce barro americano (...); honda humanidad; puro amor nimbado de adolescencia y melancolía; dorado clima y aroma de secretos jardines; medido color y dichoso ambiente, forman el mundo lírico de Eduardo Carranza, la peculiar orquestación donde recoge la sensación creativa, aquella heridosa vida de la intención”.

Algunos de sus libros, son: “Canciones para iniciar una Fiesta”; “Seis Elegías y un Himno”, “Ellas los días y las nubes”; “Diciembre Azul”; “El olvidado”; “Hablar soñando”.

Su obra refleja dentro de su espontaneidad un severo trabajo poético... “y una constante atención hacia el problema humano vigente, cualidades que lo sitúan en el más firme terreno de la poesía de nuestro tiempo”.

Carranza siguió la carrera normalista en la Escuela Superior de Bogotá, ejerciéndola por varios años.

Como autodidacta, y pese a las dificultades iniciales que le tocó vivir, logró acopiar una vasta cultura literaria y bibliográfica, fruto de su disciplina y constantes esfuerzos.

Se consagró al periodismo; dirigió el suplemento literario del periódico El Tiempo y por esos años, en compañía de Jorge Rojas y otros poetas, fundó el grupo que llamaron “Piedra y Cielo”, de tendencias juanramonianas.

Ocupó importantes cargos culturales y diplomáticos. Llevaba a España en el corazón. Su refinado estilo de composición, de pulidísimo orfebre, le ha otorgado un lugar especial entre los más reconocidos compositores colombianos, padre de la igualmente reconocida poeta, María Mercedes Carranza, por años directora de la Casa Silva de Poesía en Santafé de Bogotá.

Soneto a Teresa

Teresa en cuya frente el cielo empieza
como el aroma en la sien de la flor;
Teresa la del suave desamor
y el arroyuelo azul en la cabeza.

Teresa en espiral de ligereza
y uva y rosa y trigo surtidor:
tu cuerpo es todo el río del amor
que nunca acaba de pasar, Teresa.

Niña por quien el día se levanta,
por quien la noche se levanta y canta,
en pie sobre los sueños, su canción;

Teresa, en fin, por quien ausente vivo,
por quien con mano enamorada escribo,
por quien de nuevo existe el corazón.

Soneto con una salvedad

Todo esta bien: el verde en la pradera,
el aire con un silbo de diamante
y en el aire la rama dibujante
y por la luz arriba la palmera.

Todo está bien: la frente que me espera,
el agua con su cielo caminante,
el rojo húmedo en la boca amante
y el viento de la patria en la bandera.

Bien que sea entre sueños el infante,
que sea enero azul y que yo cante.
Bien la rosa en su claro palafrén.

Bien está que se viva y que se muera.
El Sol, la Luna, la creación entera,
salvo mi corazón, todo está bien.

Hablo de días lejanos

Mientras sueño estos versos, paseo, miro
por la ventana del hotel. Absorto
el pensamiento sigue una canción
antigua. Y va juntando los ayeres
de oro, recogiendo sueños de oro
como espigas después de que han segado.
Ah, la vida fulgía como un ebrio
racimo y era un sábado perpetuo.
Este río cruzaba nuestros sueños

y el amor este río humedecía.
A la piel de mi alma siento aún
adherida la atmósfera de entonces
hecha de alma y de aroma de jazmín
en donde palpitaban las luciérnagas.
El día como un rojo gavián
volaba entre palmeras y cruzaba
una venada blanca con su cinta
azul. La juventud con una brasa
o un lucero en la mano atravesaba
entre doncellas como una floresta
o una isla de árboles frutales.
!Lo que una vez ha sido será siempre!
Somos memoria solamente, tiempo
con pisadas de música, de lluvia,
como una poesía, maestro mío.
A veces en las playas del insomnio
vuelvo a encontrar los ángeles de entonces,
las voces por el tiempo sepultadas,
los besos por el tiempo apenumbados,
los pasos que llevaban al amor
cubiertos de silencio y de nostalgia,
y oigo latir el corazón del tiempo
y el rumor submarino del pasado.
Oigo los sueños que suspiran y oigo
la luna andando entre palmeras, sola.

Tema de sueño y vida

Suéñame, suéñame, entreabiertos labios.
Boca dormida, que sonrías, suéñame.
Sueño abajo, agua bella, miembros puros,
bajo la luna, delgadina, suéñame.

Despierta, sueñame como respiras,
sin saberlo, olvidada, piel morena;
sueñame amor, amor, con el invierno
como una flor morada sobre el hombro.

Oh delgado jardín, cuya cintura
delgada yo he ceñido largamente;
oh llama de ojos negros, amor mío;
oh transcurso de agua entre los sueños.

Y sé que existo porque tú me sueñas.
Moriré de repente si me olvidas.
Tal vez me vean vivir en apariencia,
como la luz de las estrellas muertas.

Tema de fuego y mar

Sólo el fuego y el mar pueden mirarse
sin fin. Ni aun el cielo con sus nubes.
Sólo tu rostro, sólo el mar y el fuego.
Las llamas, y las olas, y tus ojos.

Serías de fuego y mar, ojos oscuros.
De ola y llama serás, negros cabellos.
Sabrás el desenlace de la hoguera.
Y sabrás el secreto de la espuma.

Coronada de azul como la ola.
Aguda y sideral como la llama.
Sólo tu rostro interminablemente.
Como el fuego y el mar. Como la muerte.

Soneto sediento

Mi tú. Mi sed. Mi víspera. Mi te-amo.
 El puñal y la herida que lo encierra.
 La respuesta que espero cuando llamo.
 Mi manzana del cielo y de la tierra.

Mi por-siempre-jamás. Mi agua delgada,
 gemidora y azul. Mi amor y seña.
 La piel sin fin. La rosa enajenada.
 El jardín ojeroso que me sueña.

El insomnio estelar. Lo que me queda.
 La manzana otra vez. La sed. La sed.
 Mi corazón sin uso de razón:

me faltas tanto en esta lejanía,
 en la tarde, a la noche, por el día,
 como me faltaría el corazón.

Arieta

Estoy tan enajenado,
 ¡ay de mí!,
 que aún teniéndote presente
 siento nostalgia de ti.

El insomne

A Alberto Warnier

A alguien oí subir por la escalera
Eran - altas - las tres de la mañana.
Callaban el rocío y la campana.
... Sólo un tenue crujir de la madera.

No eran mis hijos. Mi hija no era.
Ni el son del tiempo en mi cabeza cana.
(Deliraba de estrellas la ventana).
Tampoco el paso que mi sangre espera ...

Sonó un reloj en la desierta casa.
Alguien dijo mi nombre y apellido.
Nombrado me sentí por vez primera.

No es de ángel o amigo lo que pasa
en esa voz de acento conocido...
... A alguien sentí subir por la escalera ...

Hai-kai

Quédate así, quieta un instante:
para no espantar
la poesía que llevas
como un nimbo de pájaros.

BIBLIOGRAFIA

ARBELÁEZ, Fernando. “Panorama de la Nueva Poesía Colombiana”. Ediciones del Ministerio de Educación. Imprenta Nacional. Bogotá, Colombia, 1964.

ARIAS, Aníbal; TERAN, Phanor; TAFUR GONZÁLEZ, Javier. “Poetas escogidos”. Prólogo de Marco Fidel Chávez. Editorial Altazor. Cali, Colombia, Junio, 1982.

AYALA POVEDA, Fernando. “Manual de Literatura Colombiana”. Educar Editores. Cali, Valle, Colombia, 1984.

CAMPO LONDOÑO, Alfonso. “Debemos homenaje a Isaías Gamboa”. Diario el País, Santiago de Cali, Octubre 2001.

CARO GRAU, Francisco. “Parnaso Colombiano”. Barcelona, España, 1920.

CARRANZA, Eduardo. “Los Mejores Versos”. Cuadernillos de poesía, dirigidos por Simón Latino, No.16, Bogotá, Colombia, Julio de 1956.

-“Hablar Soñando”. Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid, 1978.

CARVAJAL, Alberto. “Isaías Gamboa”. Discurso pronunciado con ocasión de la repatriación de sus restos. Santiago de Cali, Colombia, 1944.

CHÁVEZ, Marco Fidel. “Antonio Llanos, el consultor de estrellas” (Capítulo del libro sobre la vida y obra de Antonio Llanos, publicado por la Universidad Santiago de Cali). Centro Cultura Antonio Llanos. Bando Editorial, impresión Arte Color, Cali, Colombia, 1996.

CHÁVEZ, Marco Fidel; TAFUR GONZÁLEZ, Javier. “Antología”. Centro Cultural Antonio Llanos. Universidad Santiago de Cali. El Bando Editorial. Cali, Colombia, 1986.

GAMBOA, Isaías. “Tierra Nativa”. Editorial T. J. Martínez y Cia S.A. Cali-Bogotá, 1944.

-“Obra Poética”, Edición y diagramación Imprenta Departamental del Valle del Cauca, Santiago de Cali, Diciembre 2001.

GAMBOA, Octavio. “Regreso al Valle del Cauca y poemas de viajes”. Editora Londer. Cali, Colombia, 1981.

-“La Luz del Mediodía”. Carvajal S. A. Cali, Colombia, 1982.

-“Poesía en el Valle del Cauca”. - Antología - Editorial Pacífico. Cali, Colombia, 1986.

-“Palabra en el Tiempo”. Editorial Pacífico. Cali, Colombia, 1989.

GARCIA MAFFLA, Jaime. Gaceta Dominical “El País”. “¿Cómo vive la Poesía?”

GIL JARAMILLO, Lino. “El Valle del Cántico”. - Escrutinio de la Poesía Vallecaucana. Imprenta Departamental, Cali, Valle, Colombia, 1973.

LOZANO, Orietta; ZIBARA, Antonio. “Poesía del silencio”. Antología, selección y prólogo. Cali, Colombia, 1990.

MALATESTA, Julián. “Poéticas del desastre”. Aproximación crítica a la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX. Con la investigadora: Maritza Donado Escobar. Fondo Mixto para la Promoción de las Artes y la Cultura del Departamento del Valle del Cauca, Cali, Colombia, 2000.

MARTAN BONILLA, Alfonso. “Helcias Martán Góngora, Poeta del Mar”, Antología Temática, Colección Autores Vallecaucanos, Ediciones Universidad del Valle, 1993.

MARTAN GONGORA, Helcias. “Antología personal” (en la voz del poeta), obsequio de Helcias Martán al autor de este libro, Cali, 1994.

MARTINEZ M. Guillermo E. "La Poesía en el Valle del Cauca". Imprenta Departamental. Cali, Colombia, 1954.

MOLINA NÚÑEZ, Julio. "Gamboa Isaías". Obra Poética. Selección y estudio. Edición producida por la Asociación Antiguos Alumnos de la Escuela Isaías Gamboa, con la colaboración de la Secretaría de Educación de la Gobernación del Valle, Santiago de Cali, Colombia 2001.

NIETO, Ricardo. "Obra Poética". Carvajal y Cía. Ltda. Cali, Colombia, 1955.

ORTEGA TORRES, José J., "Historia de la Literatura Colombiana", Editorial Cronos, Bogotá 1935.

OSPINA, Joaquín. "Diccionario Biográfico y bibliográfico de Colombia", Tomo II, pág 51, Edición de 1937.

RESTREPO MEJIA, Martín. "Tierra Nativa". In memoriam. Artículo tomado del periódico "El Correo del Valle", No. 197 de Enero 5 de 1905.

RIVAS MORENO, Gerardo. "Atlas poético de Colombia".- Selección, introducción y notas. Ediciones Prensa Colombiana. Cali, Colombia, 1994.

ROMERO LOZANO, Armando. "Jorge Isaacs". Poesías (La Luna en la Velada, Saulo y Traducciones). Edición clasificada y anotada. Conmemorativa del centenario de la publicación de María. Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia 1967.

- "Obra poética de Ricardo Nieto". Carvajal & Cia. Ltda, Cali, Colombia, 1955.

SCARPETTA, Blas S. y GERS José. "Diálogos de Blas S. Scarpetta con José Gers". Publicación patrocinada por la Dirección de Educación Pública del Valle del Cauca. Imprenta Departamental. Santiago de Cali, Colombia 1994.

-“En el cuadragésimo aniversario de la muerte de Isaías Gamboa”.

-“Una sentida carta de don Blas S. Scarpetta”, Santiago de Cali, Colombia 1994.

SCARPETTA, Oswaldo. “Isaías Gamboa”. Artículo Tomado del Periódico “El Correo del Valle”, No. 184, de 18 de Agosto de 1904.

SENEGAL, Umberto. “Helcías Martán Góngora: Pionero del Haikú Colombiano”. Prensa Nueva, Ibagué, 1993/1994. Revista Japónica, México, D. F., 1990.

SILVA HOLGUIN, Raúl. “Carlos Villafañe –Sus poemas”. Editorial Feriva, Cali, Colombia, 1975.

TAFUR, Eusebio. “Los últimos días del poeta Colombiano Adolfo Valdéz”. Valparaíso. Imprenta del Mercurio, de Tornero y Letelier Chile, 1874.

TAFUR GONZÁLEZ, Javier. “Haiku - O el Arte de Guardar el Momento Sublime”. Ediciones La Sílabla. Cali, Colombia, 1993.

-“Isaías Gamboa – Poeta fundacional de Cali”. Sembrar Cultura Ediciones, Cali, 2003.

-“Temas Vallecaucanos”. Editorial La Sílabla, Colección Ensayos. Cali, Colombia, 1994.

-“El Parque de los Poetas”. Ediciones La Sílabla, Colecciones Ocarina, Santiago de Cali, 1995.

-“Los Poetas del Parque”. Ediciones La Sílabla, Colecciones Ocarina, Santiago de Cali, 2007.

VARELA, Héctor Fabio. “El poeta Isaías Gamboa”. Prologo a su obra poética, editada por la Asociación de antiguos alumnos de la Escuela Isaías Gamboa, Cali, Noviembre 15 de 2001.

VASQUEZ ZAWADSKI, Carlos. “Trabajos poéticos”. Selección y prólogo. Editorial XYZ, Cali, Colombia.

WARNIER, Alberto. “Antonio Llanos, vida, pasión y muerte” (Despertar Vallecaucano No. 76 de noviembre de 1984).

ILUSTRACIONES

Interesante antología de los Poetas del Parque. La selección de los poemas y las notas biográficas convierten este trabajo en una valiosa guía para recorrer la geografía espiritual de la comarca.